

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

ESCUELA DE VERANO

Análisis de la Obra de Angel de Campo



TESIS

QUE PARA GRADUARSE DE MAESTRO EN ARTES

PRESENTA

ROBERTO DENSMORE



MEXICO

1943



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE INGENIERIA
PARA EXTRANJEROS



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

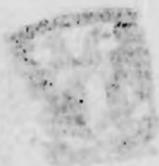
El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

XN43

D4

Analisis de la Opra
de Manuel de Campo

TESIS



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA DE LA HISTORIA Y GEOGRAFIA
CARRERA DE HISTORIA Y GEOGRAFIA

INTRODUCCION

Ángel de Campo a pesar de unos rasgos de carácter bohemio, llevó una existencia monótona de oficinista. La sociedad en que se desenvolvió nos es conocida en varios de sus aspectos, a través de la obra del propio autor. Pertenece a "Micros" a lo que se ha denominado la "era porfiriana". Fué durante ese período de la historia de México que Ángel de Campo dió íntegramente su producción literaria. ¿Cuáles fueron los caracteres de aquella época tan peculiar de la historia mexicana? He aquí lo que Carlos Pereyra escribe en su "Breve Historia de América" sobre aquel entonces:

"El juicio histórico sobre la obra de D. Porfirio Díaz tiene que ser extremadamente difícil. Se extiende a un largo período de transformaciones materiales y morales. Las actividades, y, por lo tanto, las responsabilidades, no pueden ser las mismas en 1876 que en 1890, en 1890 que en 1900, y en 1900 que en 1910. Desde luego es necesario suprimir el falso concepto histórico de una dictadura creada entre dos períodos constitucionales. Antes y después de D. Porfirio Díaz, el poder personal del individuo que desempeña las funciones presidenciales tiene un carácter decisivo en la vida nacional. No hay elecciones. Ya lo vimos. El gobierno las hace para el hombre fuerte. Quitando, pues, de la cuenta de D. Porfirio Díaz, el imaginario crimen de haber introducido la novedad política del voto ficticio, queda el cargo de su larga permanencia en el puesto. La nación sentía ansia de paz. Al dársele este bien por un hombre ponderado y fuerte, que administraba con probidad, automáticamente quedaron eliminadas las ambiciones de posibles rivales, todos inferiores. Con la cimentación de la paz, el gobierno pudo organizar una hacienda saneada. Por primera vez en su historia, México tuvo un presupuesto equilibrado. El ministro D. José I. Limantour sistematizó el orden, la economía, la previsión y la

publicidad en el régimen hacendario. Por los informes ministeriales se sabía que estaban hipotecadas las aduanas, los palacios, los cuarteles, las escuelas, los establecimientos de beneficencia y hasta los observatorios astronómicos. De esta situación llena de embarazos se pasó al desahogo y al auge de las rentas públicas."

Pero es posible que no sea exclusivo al período de Don Porfirio ese principio de autoridad, sino que ello forma parte del modo esencial de interpretar la política y la organización del estado, en todo tiempo y en todos los países de Hispano-América. Según el ilustre estadista, licenciado Ezequiel Pareda, en su obra "El hombre libre de América":

"Es rasgo típico del juego institucional latinoamericano que el Presidente lo es todo; él es el país, es la soberanía. A diferencia de los países parlamentarios, sus ministros sólo son un pálido reflejo de su fuerza; él gobierna, las Cámaras obedecen. Esta situación se fortalece sobre todo por el hecho de que el pueblo que vive estas etapas de la evolución democrática, se desentiende por completo de la elección de sus representantes populares.

"Sistemas viciosos de todas las especies hacen de la elección de Diputados y Senadores fórmulas vanas, mecanismos de falsificación que, restándole autenticidad a esas representaciones, las privan de iniciativa y autoridad. En cambio, la elección presidencial se caracteriza, y ésto es un rasgo casi general a todos los países latinoamericanos, por el genuino interés del pueblo en esa designación. En ella se concentra toda la fuerza de la opinión pública acumulada durante los años de gobierno en que el pueblo ha carecido de acción directa en el nombramiento de funcionarios y en la realización de los programas políticos; la lucha presidencial se torna violenta, apasionada, desbordante del genuino interés del pueblo; así se explica que es en estas ocasiones cuando estos países latinoamericanos se han visto arrollados por trastornos del orden público, por cuartelazos y por verdaderas revoluciones."

Sabemos que se caracterizó también la "era porfiriana" por los gustos literarios y de modas en gran parte de importación europea. Había en ello una reacción enérgica aunque

no siempre ventajosa, contra el poderoso vecino norteamericano. No es este lugar adecuado para tratar dicho tema, pero debemos reconocer que había causas que explicaban y hasta justificaban la actitud adversa de los Mexicanos. Sin embargo, la vida y los intereses de los pueblos no pueden estar regidos por impulsos pasionales. Celebremos que aquel encono hacía que se odiaran dos países a los que el destino hizo vecinos, haya desaparecido merced a la sabia orientación política de hombres generosos y sabios.

Es posible también que en aquel esnobismo europeizante influyeran las fuentes originarias de la cultura mexicana, de España en cuanto a la lengua, religión y costumbres traídas con la sangre; y en cuanto a Francia por el influjo que sus principios de derecho y de humanidad ejercieron en todos los pueblos nuevos de Latino América.

También debemos mencionar la muy acertada opinión de José C. Valadés en su estudio histórico intitulado "El Porfirismo" y particularmente en el capítulo "El espíritu de lo Cicolópeo". Según Valadés, los hombres de la época de D. Porfirio, y sobre todo los políticos del régimen, quienes se llamaron a sí mismos "los científicos", no supieron durante la evolución de la influencia española a la francesa, forjar ni consolidar el espíritu de lo que debía seguir siendo esencialmente mexicano. El mismo nos dice:

"La vieja cultura hispánica se extingue en el porfirismo. Los hombres comienzan a entregarse al dinero; confían más en el progreso económico que en el cultural; y como ya no tienen tiempo ni valor de meditar, importan pensamientos extranjeros; se dan al sentir y al pensar de Francia, principalmente.

"En la apariencia es un signo de creación de nacionalidad, cuando el nuevo régimen borra lo español. Mas el proceso cultural hace ver cómo la impotencia de un Estado en formación obliga hacia las fuentes del saber europeo, que no sean las españolas.

"Justo Sierra, intentando justificar el europeísmo cultural del régimen porfirista, afirmaba que esto se debía a que "nos inclinamos más del lado de los europeos que de los americanos". No era, sin embargo, una simple inclinación a lo euro-

peo, sino un ostentoso afrancesamiento cultural, el que estaba en las puertas del país.

"El pasado era lo español —lo español condenado por el liberalismo—; y para sustituir a lo español, el naciente régimen no logró crear una cultura mexicana, ni una conciencia mexicana y se entregó a lo más afín de su pensamiento político, y este fué el origen de su afrancesamiento.

"Lo único que pudo dar vida cultural a México era el espíritu ciclópeo de la transformación de lo español en americano. Pero el porfirismo no comprendía los problemas culturales; la visión de una nacionalidad, no alcanzaba a tal superioridad. El nuevo régimen sólo quería entender de problemas "científicos": burocracia organizada, rentas públicas, sistemas tributarios, obediencia de gobernadores, ensayos de ciencia universitaria, liberalidad hacia las religiones, función de fuentes económicas, exportación de materias primas, complacencias a los Estados Unidos.

"Cada día, México se fué alejando más y más de lo español, y sin crear lo mexicano —lo mexicano que habría sido parte principal de conciencia americana—, llegó a lo francés. Ya no tuvo el país ni siquiera generales —generales del siglo XIX, que era lo único mexicano que existía donde no había ni teólogos, ni historiadores, ni universidades, ni escuelas, ni costumbres, ni leyes propias. Por eso del porfirismo, que ahogaba todo lo español, el país no pudo tener como suma de cosas y pensamientos en el orden cultural, más que un grupo de intelectuales, sin la arrogancia de una cultura propia y sí con el sentimiento del sometido a lo francés."

El valor de Angel de Campo se acrecenta por su actitud entre esta oleada de fuerzas extrañas, pues él sabe adoptar una posición que ignora en cierto modo el mundo exterior a México.

No es que se niegue a aceptar la influencia benéfica de lo que él pudiera llamar "la buena intervención francesa", ni mucho menos que se desentienda del espíritu hispano que alienta en toda su obra. Lo que nuestro autor se propone y lo logra de un modo maravilloso, es arrancar todas las esencias literarias que encierra el alma mexicana. Y al buscar esas esencias con el deseo de hallarlas lo más puras posibles,

se ve obligado a desdeñar a las esíeras elevadas y a la clase media de su país y va directamente al pueblo laborioso, misero, desgraciado, que hasta entonces había vivido olvidado de todos para reunir en él los valores perennes del alma mexicana.

Mejor que otro mexicano ha sabido nuestro autor penetrar en el seno de su pueblo, y podría decirse de él que fué el intérprete fiel del sentir de los pobres, él supo descubrir lo que Maeterlink llamó "El tesoro de los humildes".

En nuestro afán de familiarizarnos con lo que es México de verdad, nos hemos sentido atraídos por las obras de "Micos" en que se encuentra el reflejo de su pueblo. No pretendemos haber hecho una crítica definitiva del autor, nos limitamos a hacer una modesta interpretación del mismo.

DATOS BIOGRAFICOS SOBRE ANGEL DE CAMPO

Se dice que la vida de los dichosos no tiene historia. Si el dicho se revelara verídico, Angel de Campo hubiera tenido mucha felicidad puesto que en su vida hay muy poco de notar.

Nació A. de Campo en la ciudad de México el 9 de julio de 1868 y pasó toda su vida en la capital. Después, de sus estudios en las primarias y preparatorias que dejaron honda huella en él, como lo veremos por los numerosos cuentos que mencionan al maestro "Quiroz" de sus primeras letras, Angel de Campo quiso seguir sus estudios en la Facultad de Medicina. Pero en verdad le faltaba la vocación y muy joven se consagró a las letras y al periodismo. Al mismo tiempo ocupó un empleo en el Ministerio de Hacienda; no cabe duda que a su talento y temperamento de escritor muy conocedor de la vida real poco le convenía las monótonas tareas buro-

cráticas, pero a fin de completar sus recursos económicos tuvo que seguir desempeñando su ingrata labor. Sin embargo ya pesar de los años que estuvo "Micros" en las oficinas del gobierno, hoy día nadie se acuerda de él y medio siglo fué suficiente para borrar en Hacienda la memoria de tan distinguido empleado del ramo.

Ángel de Campo fué periodista y escritor muy distinguido. En el "Imparcial" y en el "Nacional" de fines de siglo pasado se encuentran muchos artículos y cuentos, los de carácter humorístico bajo el seudónimo de "Tic-Tac" y los cuentos costumbristas firmados con el seudónimo de "Micros" que se puede atribuir a su estatura reducida. Pues si la corpulencia no da valor en ninguna literatura, en México, patria de J. Ruiz de Alarcón parece que la naturaleza ha querido compensar la fealdad del cuerpo por una sublimación del espíritu.

Es muy probable que si Ángel de Campo hubiera vivido unos años más, la literatura mexicana tendría hoy preciosas novelas como "La Rumba" o "La Sombra de Medrano"; pero al morir a los cuarenta años "Micros" no pudo completar su obra. Ángel de Campo tuvo muchas amistades con destacadas personalidades de su tiempo. Entre ellas era amigo íntimo de Federico Gamboa con el cual había entrado en la carrera de las letras. En "Mi Diario" de Federico Gamboa vemos que en la fecha del 18 de enero de 1895, Ángel de Campo tenía menos de 27 años de edad y ganaba muy poco, él mismo nos dice: "Ángel de Campo, 'Micros', es uno de nuestros hombres de letras de más poderoso intelecto, consiguió hace algún tiempo 20 pesos semanarios en un periódico de modas por unos artículos que alternativamente escribíamos él y yo, suscribiéndolos ora "Bouvard" ora "Pecuchet", suma modesta que por igual compartíamos y por separado ganábamos".

Otro apunte de "Mi Diario" de Federico Gamboa nos dice, en la fecha del 27 de mayo 1895 cuales eran las amistades de nuestro autor: "Improvisóse para esta noche una doble lectura literaria en la casa de "Ángel de Campo", "Micros", pocos fuimos, Manuel Flores, J. Valenzuela, Luis Ur-

bina, E. Pérez Rubio, A. de la Peña y Reyes, Amado Nervo un joven poeta de Colima, y yo".

Los cuentos de Angel de Campo fueron reunidos y se publicaron en tres volúmenes antes del fin del siglo, estos son:

"Ocios y Apuntes", en 1890.

"Cosas Vistas", en 1894.

"Cartones", en 1897.

Escribió también "La Rumba" hacia 1890 en el folletín de "El Nacional" y la "Sombra de Medrano" en 1906.

Cuando el genio llega a su completo desarrollo, cuando el hombre de letras alcanza la madurez en su edad y en su intelecto, la Parca arrebató a México y a las letras españolas a uno de sus escritores más sensitivos y muy sagaz observador. Nuestro malogrado autor falleció el día 8 de febrero del año 1908 antes de haber cumplido los cuarenta de su existencia.

VALOR DE LA OBRA

No cometeremos la osadía de pretender revelar nada nuevo al enjuiciar la obra literaria de Angel de Campo. Eminentemente críticos han situado a nuestro autor en el lugar que le corresponde dentro del área del Parnaso Mexicano.

Aunque nosotros hemos estudiado las opiniones de estos críticos, y ante ellas nos inclinamos, no hemos querido sin embargo dejarnos sugerir por ninguna de ellas. Sin renunciar a nuestra modestia de estudiante, hemos considerado más útil hacer un trabajo que recoja unos puntos de vista. Estos puntos de vista no pretenden ser generales ni compartidos por otros, simplemente se limitan a una interpretación de la obra de Angel de Campo.

Ha luchado nuestro autor con una adversidad siempre difícil de vencer: el gusto de la época. Este gusto literario estaba dominado por un sentimiento de afectación a las cosas pulidas y relamidas: Era el reino del rococo, los últimos balbuceos del neo-romanticismo, tan brillantemente representados por Gutiérrez Nájera y sus contemporáneos. Frente a esta literatura rebuscada que fácilmente era aceptada por la sociedad de buen tono y los asiduos del "Jockey Club", se levantó la pluma impregnada de savia popular de Angel de Campo, quien desdeñando todo ademán altisonante, toda expresión preciosista, recoge del ambiente callejero y de arrabal una belleza bruta que hasta entonces nadie había estimado. Es el Pérez Galdós de la literatura mexicana, pero no el Pérez Galdós de "Los Episodios Nacionales" sino el de las novelas "Marianela", "Misericordia", "Fortunata y Jacinta", etc. Es el Balzac francés de que son descendencia directa Maupassant y Alphonse Daudet.

Los gustos literarios, como todos los demás gustos, cambian en el curso del tiempo y sólo las grandes obras del hombre permanecen perennes a través de los siglos. La "Illiada" siempre responde a un gusto constante. La "Divina Comedia", "El Quijote" son obras para todo tiempo y lugar. Por eso vemos que autores que gozaron del favor público en tiempo fueron más tarde relegados al olvido, en contraste con aquellos otros que fueron ignorados por sus contemporáneos, o poco menos, y que una revisión de valores al unísono de los nuevos gustos les han dado nueva valoración creando jerarquías distintas en la estimativa literaria. Angel de Campo fué autor que no llegó a gozar de la merecida apreciación de los lectores de su tiempo, y que a medida que han transcurrido los años se ha ido afianzando cada vez más como legítimo exponente de un género literario que habrá de persistir, ya que es la síntesis emotiva del alma de un pueblo.

Podemos desinteresarnos por lo que pensaron determinadas clases sociales, pero nadie que se preocupe del estudio de una nación podrá dejar la realidad hermosa o fea de lo que constituyó la idiosincracia de las masas, que forman la misma nacionalidad.

La Universidad Nacional Autónoma al publicar de nue-

vo en recopilación algunos de los cuentos diseminados de Angel de Campo, ha realizado una misión certera entre la multiplicidad de funciones que está llamada a desempeñar. Merced a esta iniciativa, el cuentista mexicano fué arrancado del olvido. Sin embargo, el gesto ha quedado un poco incompleto, ya que hasta la fecha no han sido editados sus cuentos como obra en conjunto.

Poco afortunado fué nuestro autor por no haber visto la publicación en volúmenes de las más de sus obras. ¿Quién sabe si en el ritmo que presidió su producción literaria, dando la preferencia por el cuento de reducidas proporciones, pudo haber influido un problema precario de economía doméstica? En todo tiempo el poeta y el escritor han tenido una dependencia humillante de los poderosos. "Micros", como funcionario mal retribuido, tenía que recurrir a la literatura en demanda de auxilio. Si es verdad que sí el autor se hubiese encontrado libre de toda preocupación económica, no sabemos si habría consagrado tantas horas a la escritura.

Como hemos visto en el análisis de numerosos cuentos, el lenguaje de Angel de Campo es extremadamente variado, — tanto por su riqueza cuanto por la heterogeneidad. Siendo como es un cuentista popular, brotan de su pluma gran profusión de vocablos de estirpe también popular. Entre los cuales ocupan lugar preeminente los términos aborígenes, sobre todo en nombres de cosas y vegetales. También nos da un número elevado de mexicanismos, o sean palabras no de origen indio, sino derivadas del español naturalizado en México. Y por último lo que le da carácter de escritor con dominio de la lengua, es la espontaneidad con que utiliza vocablos de uso poco corriente, no siendo voces cultas, sino expresiones que han perdido la frecuencia ordinaria y sólo se leen en los grandes autores.

También veremos la sencillez con que elabora la frase. La construcción gramatical fluye libre de su pluma y que sea la expresión corriente o vulgar o sea la expresión poética y exquisita, siempre encontramos la naturalidad. No sería difícil señalar un párrafo artificialmente construido; tal vez al corregir un original haya sustituido una palabra por otra más elegante o precisa, pero seguramente pocas veces se había

visto en la necesidad de enmendar toda una frase. Si decimos que la frase es correcta y natural, no queremos dar a entender que siempre sea literariamente hermosa. A menudo de Campo busca expresar fielmente una idea sin conceder mayor importancia al estilo. Por tanto es un escritor más dado al realismo que al estilismo.

ANGEL DE CAMPO CUENTISTA POPULAR

El cuento es un género literario de gran historia dentro de la literatura española. Desde "El Conde Lucanor" del Infante Don Manuel hasta nuestros días han sido numerosos los autores que le han cultivado. Las propias "Novelas Ejemplares" de Cervantes aunque llevan el título italiano de novela no son más que cuentos. Se caracteriza este género literario por dos notas esenciales: la reducción de dimensiones y el relato de un hecho episódico. Se presta el cuento para verter en él el más variado contenido y sin embargo pudiéramos decir que los temas se prestan a una clasificación limitada. Hemos citado al "Conde Lucanor", otro tipo de cuento es el licencioso de Bocaccio y de La Fontaine, los de la Sherazada de las Mil y Una Noches, los de hadas, los de carácter infantil y los imaginativos de Gulliver. Hay además los cuentos costumbristas cuyo maestro es en la literatura francesa Guy de Maupassant, y probablemente en México Angel de Campo.

Dentro de los cuentos costumbristas, los de Angel de Campo limitan también su área a los de la vida de las clases populares. En los numerosos cuentos examinados por nosotros, no hay ninguno que no tenga como centro esencial para su desarrollo el ambiente cotidiano de la vida usual. Aún en aquellos en que se toma como centro de la acción un ani-

mal o un objeto, éstos se encuentran siempre adheridos a personajes del vivir popular. El cuento de la princesa, el cuento mundano, el cuento de gran aventura, no se encuentra en la obra de "Micros". Y cuando de modo fortuito sale uno de estos elevados personajes, vemos como el autor lo relega a un segundo término. Tal sucede por ejemplo en "Los dos besos" y el "Chato Barrios". Son personajes que seducen a nuestro autor aquellos que por lo común carecen de historia escrita. Así nos encontramos con el hijo del carbonero que es el "Chato Barrios" el estudiante pobre que oye romanzas, el escritor sin blanca, que nos habla de su musa, el escribiente chupatintas que se enamora de la señorita de buena posición. Los chicos de dudosa crianza que comen en la mesa chica. El empleado que en la penumbra de la noche da un beso furtivo a su novia. Las severas críticas de la servidumbre y los comadros en "Si la niña supiera". La nostalgia ahogada con alcohol del tenor Menocal en "Un Olvidado". Las pasiones buenas y malas que se albergan en el alma de las gentes que no recibieron educación alguna se encuentran en "El Fusilado". La desazón de un enamorado cualquiera en el "Yes". La dura existencia y el fin trágico del delincuente en "Dura Lex". La viuda cargada de hijos que ha de subvenir a las necesidades de su casa metiéndose al teatro siendo vieja y fea en "Una Corista".

El desventurado padre que no hallando solución al problema doméstico, ha de avenirse a casar a su hija con un hombre que no es amado por ella en el "Pobre Cejudo". Pobre y casi olvidado y con la indiferencia de sus alumnos muere el maestro Quiroz.

La alegría y los pesares de las gentes que no tienen a donde ir los encontramos en el "Domingo". Las costumbres más bien malas que buenas de los habitantes de las afueras se encuentran en la "Rumba". La viuda cursi de la clase media es descrita en "Solemne distribución de premios".

Y vienen también siendo el elemento primordial en otros cuentos como "Pascuales", "Los Nacimientos", "La buena intervención francesa" para retornar a biografías de pelados en la "Cobija", "Por los llanos", "El Petate", "El Jarro", "El fierro".

Como hemos visto es el elemento popular el que ocupa de un modo casi completo la obra de "Micros". Cabe preguntarse ¿Se da el humorismo en los cuentos populares? En primer lugar no es el ambiente más adecuado para desarrollar el humorismo. El pueblo, las personas que carecen de ilustración, sienten como los demás mortales penas y alegrías, pero las unas como las otras son sencillas y carecen de un fondo de grandeza. Por este motivo sus emociones suelen ser fugaces. Sobre el dolor del pobre ningún autor que se respete puede ironizar, y Angel de Campo no lo hace. Y sobre la alegría de los de abajo se pueden cimentar episodios de mayor o menor gracia, que lleguen a producir hilaridad, pero es extraordinariamente difícil construir sobre ese contentamiento llano una obra humorística.

HUMORISMO EN ANGEL DE CAMPO

Las críticas que sobre de Campo conocemos coinciden en señalarle como costumbrista, y según Julio Jiménez Rueda posee clara visión que refleja un "cuadro fiel un tanto doloroso de la vida de la clase media y baja de México". (Historia de la literatura mexicana).

Otros críticos como Federico Gamboa, amigo y compañero del autor, nos dicen que "Micros" fué "uno de nuestros hombres de letras de más poderoso intelecto". Nada más nos dice el autor de "Mi diario" sobre la obra de Campo. Más explícito es Ortiz de Montellano en su "Antología de Cuentos Mexicanos", quien considera a nuestro cuentista más refinado que el novelista "Facundo" y agrega que fué gran observador de los dolores del pueblo, aún cuando le censura el ser defectuoso y a veces de mal gusto, sin embargo, concluye: "Habrá en nuestra literatura autores más cultos, de más

perfección técnica, de más profundidad; pero ninguno de tanto amor para lo nuestro." Lo interesante en la crítica de Monclano es el clasificarle como humorista. Opinión parecida sustenta Luis G. Urbina quien nos dice que "lo que él veía quedaba para siempre grabado en su cerebro como una placa fotográfica", señalando esta importante observación "su reproducción no era simple y sin objeto, sino intencionada y simbólica", no le llama humorista pero dice que su obra es "epigramática y zumbona".

Nosotros en nuestro modo de ver nos acercamos más al juicio emitido por Urbina. En el curso de nuestra lectura de los cuentos de Angel de Campo, siempre hemos tenido en suspenso la misma interrogación ¿Hay humorismo en esta obra? Es muy difícil definir propiamente el humorismo, ya que éste sufre profundas modificaciones según la época y según los países, o sea según la cultura peculiar de los pueblos. Es una observación corriente el que un mismo hecho e incluso una misma obra no produzca idéntica impresión en personas de diferente nacionalidad o cultura. Cuando hablamos de la ironía socrática, se entiende algo muy distinto a lo que expresamos por la sátira de Marcial. Y es también diferente el sarcasmo de Cervantes, el ridículo de Moliere, y el humorismo de Oscar Wilde. Sin embargo, todos ellos tienen la nota común de crear situaciones de contraste que provocan en el lector un estado de hilaridad más o menos acentuada.

Concretemos nuestro pensamiento recurriendo a un caso concreto. Cogemos el Quijote, obra maestra de la literatura española. Cuando Cervantes nos dice en la Aventura de los Rebaños de Ovejas que los pastores maltratan al Hidalgo Manchego, a pedradas a hacerle saltar los dientes, los lectores coetáneos reían el hecho como una gracia; hoy día cualquier lector se aflige por el mismo relato. Del mismo modo, en la aventura del Vizcaíno, la señora marquesa ríe al ver que su doméstico maltrata al viejo loco que era don Quijote.

Dentro de la literatura del género que hace refír, se dan sinnúmero de variedades que nosotros no vamos a estudiar y que en un tratado de estética se podrían examinar: la gracia, la ironía, la burla, el sarcasmo, la astracanada, lo bufo,

lo grotesco, lo cómico, lo risible, lo ridículo, lo cursi, lo chistoso, lo picaresco, la guasa, la sátira, la zumbonería... y hasta la "tomadura de pelo", son formas distintas de provocar la risa. En consecuencia no todo aquello que nos hace reír es humorismo. Generalmente se admite como humorismo el contraste de lo serio con lo alegre; una alegría disimulada con aire serio, una ironía imprevista. Todos los aspectos que Henri Bergson estudia en "La Risa" no son peculiares del humorismo.

Vengamos ahora a nuestro autor. Hemos señalado que tendremos ocasión de ver en el examen particular de cada uno de sus cuentos como "Micros" toma preferentemente los motivos dramáticos populares como tema de sus narraciones. Raro es el cuento que al terminar su lectura no nos deja una tenue congoja en el corazón, son muy pocos los que nos dejen una sonrisa, algunos producen un estado de indiferencia pasional. Cuando en "La Novela Nacional" nos refiere la propensión que tiene el mexicano para crear historias con notorio olvido de la realidad que le circunda, hay seguramente unos chispazos humorísticos que más bien caen dentro del área de lo sarcástico. Además en este caso no es la clase humilde de suburbio la que ocupa la acción del cuento.

Es muy de lamentar que hayamos, pretendido encontrar en las bibliotecas la colección completa de las obras de Campo y de un modo especial las crónicas publicadas bajo el seudónimo de "Tic-Tac", y no pudieron ser servidas. Dícese que, es precisamente en esas crónicas en las que tiene mayor expansión la vena humorística de nuestro autor.

Contrariamente al humorismo se puede considerar que el valor imperecedero de los cuentos de Angel de Campo estriba en la fuerza dramática que ha sabido dar a sucesos de la vida ordinaria. Debía tener nuestro autor un corazón extremadamente sensitivo, en el que repercutían con amplificada vibración los dolores del pueblo mísero de los arrabales de México. Leída la obra de Angel de Campo, nadie podrá ver con indiferencia a los indigentes que pululan en las barriadas de la gran ciudad. Si antes pasábamos dejando deslizar nuestra vista sobre hechos tristes y patéticos, ahora nos es imposible recorrer los mismos lugares sin ver aquél

dolor que Angel de Campo nos enseñó a descubrir. Sin duda acierta Luis G. Urbina al decirnos que la obra de nuestro autor no tiene una finalidad "intencionada y simbólica". No sabemos como reaccionaría la sociedad pudiente de aquel entonces, ni tampoco las medidas que tomaran las autoridades e instituciones filantrópicas, pero creemos que se ha hecho demasiado poco para remediar los sufrimientos morales que Angel de Campo señaló. Pues hoy, cuarenta años después, se siguen viendo los mismos cuadros que nos son descritos en algunos cuentos de "Ocios y apuntes", "Cosas Vistas", "Semanas Alegres", etc.

Han sido examinados en el curso de la crítica particular dedicada a cada cuento, otros de los múltiples aspectos que ofrece nuestro autor, como por ejemplo el papel importantísimo que en la obra ocupan los niños y también los animales. Hemos preferido que el estudio de cada una de estas consideraciones quedase situado dentro del marco donde se expresan y no desgajarles para hacer con ellos capítulos separados.

Gc

UN OLVIDADO

Es la historia tantas veces repetidas en la vida y no menos veces llevada a la literatura en verso y en prosa, el cantor de ópera que después de haber conocido días de gloria, un destino producto de la imprevisión le hace descender a la más humilde condición social.

Es un verdadero cuadro a lo "Téniers". Se describe el interior de la Contaduría de un teatro, el actor que no trabaja, los revendedores, todo dormita en aquella hora. Un individuo que por vigésima vez lee el reparto de la ópera, mientras otro contempla los retratos de la "troupe" expuestos. Coches a la puerta con caballos impacientes que piafan. En la cantina un viejo americano lee un periódico y bebe cerveza Pilsner. En contraste en un rincón hay una escena de "tres individuos medio iluminados, con sombrero mal puesto, desvelados, vaga la mirada, torpe el ademán y pastosa la palabra". En otro rincón se divisan dos nuevos borrachines, uno de ellos el mismísimo Menocal.

¿Quién es Menocal? El héroe del relato. Con su indumentaria, sombrero de pintor italiano, anteojos de oro, patillas grises, descuidado aseo, camisa blanda, ojales rotos, y levita "de amplios faldones, chorreada de grasa". Efectivamente en este harapo de la bohemia capitalina era punto menos que imposible poder reconocer al "hombre fino, aquel el gentleman correctísimo, el héroe de galantes aventuras en sus buenos tiempos, en aquellos tiempos en que desde la escena hacía conmover los corazones de pudibundas doncellas, y mujeres formales".

Hacía años con su voz sublime de tenor había sugestionado las salas repletas de la ópera. Pero el tiempo que igual marchita las rosas que las laringes de los tenores, el exceso de alcohol, la edad, y otros factores le hicieron descender hasta el más triste acaso de artista. No había sabido

morir a tiempo (por lo visto los artistas deben morir, cuando así convenga a la crítica). Y después de una peregrinación por establecimientos sin prestigio acabó de maestro de solfeo, y director de coros escolares. Todo, todo había pasado. Nadie recordaba al eximio artista.

Cierta noche en la ópera acababa de debutar un joven tenor... "un tenor bonito: hermosos ojos, barba nazarena blonda y sedosa, muy blanco y con unas magníficas panto-rillas; no tenía mala voz y sí poseía un buen registro agudo; dicen que era distinguido en sus maneras, no carecía de vis cómica, y, sobre todo, cerraba los ojos de un modo romántico, casi arrobador, en los dulces".

En el entreacto se discute en la cantina el hermoso canto del tenor. Para él son todos los elogios. Su voz se compara con los acentos de ángeles y serafines.

"Jamás hemos oído cosa igual"... exclamó uno,

—No, es sencillamente sublime, replica otro.

—¡Y qué ovación!

—Mucho he oído, murmuró un viejo, pero como este...

—Sí amigo, hubo uno mejor...

—¡Ah, ese sí que era cosa buena; todavía me acuerdo, Menocall".

El elogio dicho con ostentación llegó a los oídos del propio artista envejecido, quien precipitadamente siente renacer en su alma una vergonzosa amargura a la vez que alta gratitud por su admirador anónimo. Quiso disimular ¿Mas para qué? "Ninguno de aquellos lo hubiera reconocido: eran de otra generación".

Lenguaje

Siempre que Angel de Campo deja a su pluma correr tras los impulsos de su inspiración, rehuyendo a lo artificioso, brotan frases como facetas esculpidas de un diamante.

En las breves páginas de este cuento, encontramos: "el dardo fino de una lluvia tenaz" "la nota filada delicadamente" "una amargura que se pintaba en el pliegue de su boca amoratada".

Tiene también frases de un realismo feroz, como el "borrachín que gorreaba copas", "las solapas que chorreaban grasa", "el duchazo de los sifones" y unas expresiones populares como el ya citado gorrear, por a costa ajena, "Favor de que' por Hágame el favor, etc.

Costumbres

No puede definirse este cuento como un cuadro de vida peculiar a México. Lo mismo se podría decir situando la acción en Buenos-Aires, en Madrid, y hasta Nueva-York o París. El ambiente teatral, como el de los grandes hoteles, playas de moda, o balnearios salutíferos, es cosmopolita. Interesa en este cuento el descubrir que también en la capital mexicana suceden los hechos anexos a la vida teatral.

Relación con Daudet

El buen y desventurado de Menocal nos trae a la memoria un personaje adjacente de una de las novelas más características del autor francés. El gran héroe de Tarascón acaba de llegar a los Alpes donde se propone escalar las más altas cumbres. Se hospeda en uno de aquellos grandes hoteles situados entre montañas en los que se dan cita, no sólo los deportistas de todo el mundo sino también los especímenes más raros del género humano. En la gran mesa redonda del hotel, especie de caravanseraíl según Daudet, Tartarín se expande. "El vecino de la derecha no tenía nada de alentador, era el tenor italiano, muy gallardo con bigote de matamoro que él afilaba con dedo furibundo, desde que lo habían separado de su bella vecina".

Pero el buen alpinista teniendo la costumbre de hablar comiendo, lo que le era necesario para la conservación de su salud exclamó: "Vé ¡qué gemelos más bonitos! escudriñando los puños del Italiano... "Esas notas de música incrustadas en el jaspe, son de un efecto encantador. Sin duda el señor es un cantante, ¿No? "Non capisco" refunfuñó el Italiano para sus bigotes".

...Más adelante Tartarín vuelve a encontrar al tenor

italiano "El tercer compañero se divertía mucho traduciendo los relatos que les hacía el falso cantante, sus éxitos en la ópera de Petersburgo, sus éxitos femeninos, los botones de los puños eran regalo de las damas abonadas que se los habían ofrecido al despedirse, eran gemelos extraordinarios, con tres notas grabadas, la, do, ré, o l'adoré, el adorado. El tenor se regodeaba, retorció su mostacho con un alarde tan necio y vencedor que Tartarín empezaba a preguntarse si no se encontraría efectivamente ante un tenor de verdad".

Triste contraste con el tenor de Angel de Campo, pues mientras que el Italiano con su ambiciosa vanidad no despreció los lucrativos beneficios, el artista radicado en México, desinteresado y entregado al placer de vivir, olvidó en sus años de esplendor que una vejez había de llegar más tarde.

Hay que observar también que Angel de Campo no siente por los divos italianos un respeto mucho mayor del de Daudet, por este tenor alpinista, ya que al nuevo artista de la ópera mexicana, le da un nombre tan ridículo como "Cochini" que revela una etimología porcuna.

UN TROZO

Este cuento puede entroncarse con otro ya examinado, "Oyendo Romanzas". Como se ve, el autor enamorado de algunos temas insiste sobre ellos, y como si dijéramos, les extrae todo el jugo posible. Y es que Campo, como suele acontecer con los autores realistas, prefiere ejercer su observación que lanzarse en aras de la imaginación. Pudiera decirse que como una cámara fotográfica capta las imágenes externas y analiza los estados de alma, pero renuncia a toda función creadora.

Asunto

El autor recuerda que en una convalecencia oyó un trozo de música que se le quedó grabada en el alma. Como quiera que el estado anímico de cuando escuchó aquel fragmento musical, era de pesadumbre y dolor, nuestro escritor identifica la música y su estado de consciencia. Propiamente es la proyección de la propia personalidad sobre el mundo exterior como dicen los estetas.

Ha transcurrido tiempo, el mismo trozo musical es oído en un circo donde trabajan unos saltimbanquis en un número equino. En este caso el autor tiene curiosidad por conocer el título de la pieza. No lo logra, pero se entera de que aquella música que a él le parecía tan triste, a su vecino de localidad le está pareciendo muy alegre. Nueva observación estética que en viejo castellano se formulaba diciendo: "Todo es según el cristal con que se mira".

El autor, dominado por la primera impresión, todo lo ve triste, incluso la fiesta del circo.

Por tercera vez oye la misma música, es en ocasión de un entierro militar. Nos describe el entierro, la curiosidad del público y como es natural la música en cuestión le vuelve a parecer muy triste.

Afortunadamente la tal música, que el autor silencia, título y compositor, acaba por ser un aire risueño y alegre. Es al oírla interpretar al piano por una linda damita que no sabemos si será la propia señorita Selena Padilla a quien va dedicado el cuento.

Lenguaje

Está este cuento salpicado de expresiones acertadas y entre ellas algunas de verdadera belleza, otras triviales y las más corrientes. Reproduzcamos algunas de las unas y las otras: "Una vela de estearina frente a una pila de libros, que hacía las veces de velador, alumbraba débilmente la pieza". "Una sombrilla sobre la cándida colcha". "el melancólico aletear de un mechero de gas". "Sombras estremecidas que simulaban la inquietud de un ave de gran-

des alas de crespón". En esta frase se debe notar en el texto la ortografía "una ave" en vez de un ave.

"La onda glauca arrojaba sus espumas, sus blondas de coqueta". La memoria de los padres que han muerto llama a las puertas del alma".

El recuerdo "dejó en mis labios la quemadura eterna de un beso y en mi corazón la imborrable cicatriz de todo lo que se arranca pedazo por pedazo". "La frialdad que se parece al prólogo de las enfermedades". "Una raya amarilla de tarde muerta destacaba su penacho de árbol". "Las notas salían, se desparramaban como una bandada de pájaros cautivos a los que se abre toda la reja de la jaula". "La nota final, muy queda, se perdió en el silencio dejándome una sensación de vacío". "Cruzaba por vuestros labios una sonrisa tan dulce".

Para A. de Campo los relatos tienen colores son: "relatos azules". Nos habla también del "oro de la mañana", y de la "atmósfera blanda de un abril alegre".

Y por fin nos dice el autor que "la música tiene color".

Vocablos

fuate ... por látigo
plúmbagos ... por una planta
voltear ... "...dar volteritas
rebozo ... "...bufanda, chal
hembra ... "...mujer
kepis ... "...gorra

Realismo

Se siente aquí muy bien la pluma de Micros. Todo el primer párrafo es la descripción de la habitación donde se encuentra en convaleciente, hecha con minuciosidad sin omitir detalles de interés.

Colocado en este ambiente su espíritu se pone al unísono con el aposento, nos dice "como respondía a mi estado moral aquella pieza casi tenebrosa".

Establece él entonces un parangón entre su estado psíquico y la atmósfera que le rodea. Evoca distintas etapas

de su pasado que puedan identificarse con su situación presente. Cada una de estas facetas pretéritas son objeto de descripción somera.

La música que sirve de motivo para su reflexión, procede de una vivienda vecina, cuyo aspecto exterior hace recordar al cuento "Oyendo Romanzas". La descripción que nos hace del circo se reduce a la de un niño de carita extenuada, tal vez tísico, con "miembros débiles tras la media de seda y la camiseta constelada de lentejuelas". Es el saltimbanqui que hace piruetas sobre las ancas de un caballo.

La descripción del entierro, es el entierro típico en estos cuentos, perros que ladran, niños que miran curiosos y vecinas y vecinos que contemplan el fúnebre cortejo, que en este caso es militar. Una novedad "el coche de los dolientes: con sus impenetrables visillos y sus cortinas negras".

Y por último la descripción de la joven de ojos azules que trastorna con su música y tal vez con su belleza el juicio que sobre el repetido trozo de música tenía el autor. Se describe un amor profundo sereno de relatos azules y paisajes lejanos que le impulsan al deseo de preguntar ¿Me quieres?

Y termine con un interrogante rico de contenido estético y psicológico: ¿y si la música tiene color?

Costumbres

El enfermo solitario nos habla de su pasado formado de ingenuos sucesos tal vez pueblerinos.

La señorita filarmónica de la primera parte al igual que la otra señorita de la última, son las costumbres que hace cincuenta años prevalecían sobre la educación de las muchachas.

La vida del circo entonces como hoy es un espectáculo para divertír, especialmente a los niños, y que está hecho a base de martirizar a personas y animales. Es la tragedia del circo que en forma sublime nos canta Payaso.

El entierro militar es un espectáculo para todos conocidos. "Siempre me causa una impresión muy honda comparar el silencio de la muerte con el ruido de los honores de Ordenanza". Al leer este entierro nos parece el entierro que diariamente traen las gacetillas de la prensa.

Propensiones a términos galicistas

álbum ... por cuaderno

pieza ... por habitación

blondas de coqueta...

fuete ... por látigo

kepís ... por gorro

LA MESA CHICA

Una familia, que como veremos tiene caracteres mexicanos acentuados, reúne para una comida a sus amistades. Por algunos detalles del cuento reconocemos a una familia de posición acomodada pero de poco refinamiento.

La trama del cuento se reduce al hecho habitual de que existen dos mesas: la de las grandes personas o mesa grande, y la de los niños o mesa chica. El autor que nos refiere un hecho de su infancia, estaba, claro está, en la mesa chica, para la que son todas sus simpatías. No hay parte novelada en el cuento sino minuciosa descripción de los preparativos de esta comilona a la Pantagruel. La comida, como no podía por menos, acaba con una congestión para las personas mayores y una seria indisposición de los niños que tuvieron que recurrir al "vomitorium". La fiesta terminó con el imperio del bicarbonato.

Realismo

En tan breves páginas se nos describen un cuarto de baño transformado en comedor de niños, una vajilla deteriorada, una casa relavada, el tocado de los comensales y todos los pormenores del ajuar. Así por ejemplo nos dice el

autor: "Tengo muy presente el cuadro. Pintado el corredor, arreglado el pasillo de la antesala, que parecía no alfombra, sino canevá bordado a medias, remendado el tapiz de la sala y muy bien ordenado el mobiliario, notábase que el plomero había recorrido desde el marco de los opacos espejos hasta las chucherías de porcelana de la mesa. Muy tendidas de limpio las camas, y vistiendo flamantes trajes los dueños de la casa".

Estas enumeraciones propias de los escritores realistas son comunes a todas las literaturas y de tarde en tarde encontramos en ellas imágenes nuevas o sugestivas. Al describir una ensalada nos habla de "los pálidos ojuelos de oro del aceite". De un pellizco retorcido dice un "pellizco canónico". Los invitados al pasar entre las sillas lo hacen "contrayendo el abdomen y de puntillas". Hay dos nenas que "se aplastan en las sillas con los rubios niños". Las moscas son "buitres en ese campo de batalla que se llama una mesa". El niño enfermo después del atracón está "escupiendo de un hilo".

No podemos decir que todas estas metáforas sean delicadas, pero sí son crudamente realistas.

Lenguaje.

Tal vez el interés primordial de este sucinto relato estribé en la riqueza de términos netamente mexicanos, algunos de ellos no figuran en el diccionario, teniendo en él un sentido diferente. Aquí están algunos de estos términos:

fungían ... por sustituían

canevá ... por cañamazo.

chula ... por guapa, linda.

presta ... por dame

daca ... expresión anticuada por da acá.

no se anden ... por no se vayan

frasca ... por bullicio, tumulto, ruido.

ayate ... por manta, tejido mexicano.

platón ... por fuente

jitomate ... por tomate

rajona ... por habladora, delatora

rajas de pan ... por rebanadas de pan.

Costumbres

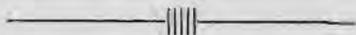
Los niños no solamente son traviosos sino que en algunos pormenores revelan mala crianza, cuando se meten por la cocina y por el comedor de los mayores, sin dejar nada ni a nadie tranquilo. Es natural que estorben a los unos y molesten a los otros.

La servidumbre les amenaza con acusarles a sus mamás: "Si te dan medio, me das cuartillo por el chisme". La escuela no debe ser lugar atractivo para estos niños, pues a uno se le amenaza con "acusarte para que te manden al colegio".

El servicio no era muy ordenado y el más discreto era el peor servido. "A todos faltaba algo: a unos pan, a otros platillo, al de más allá cubierto, y al bien educado de Crispín, por callado, cubierto, plato y pan... y hasta asiento". Por contraste Pedro y Antonio disponían hasta de media botella de coñac.

Si las personas mayores "por circunspección, apenas probaban bocado" por contra los chicos "sin educación, la emprendíamos contra los restos, comiendo más allá de la medida".

La "circunspección" de las personas mayores no se ve muy clara, ya que su mesa estaba transformada en "charco rojo de vino". Las "gentes gordas con una somnolencia producida por los gases, sentían jaqueca, se paraban "las piernas entumecidas y el paso vacilante"; en buen español esto se llama una borrachera.



EL FUSILADO

Con el pretexto de un fusilamiento militar acaecido en las afueras de la ciudad, y sobre cuya causa nada nos dice el autor, Ángel de Campo aprovecha este cuento para desbordarse arrancando belleza de las callejas y habitantes de un suburbio de la ciudad.

En el corto relato, debiendo pasar algo muy grande, como es la ejecución de un hombre, no pasa nada que tenga vibración novelesca. Sólo al final cuando ya el pobre cornete yace inánime en el suelo hay un párrafo auténticamente conmovedor: "una mujer galopaba desesperada, llevando a la espalda un niño que reía tirándola de las trenzas; no sollozaba, lanzaba desesperantes alaridos, sacudida por el dolor, convulsa y bebiéndose dos hilos de gruesas lágrimas".

Todo lo demás no es novela sino un paisaje de los extramuros de la ciudad con sus habitantes sucios y agitados, una concentración de soldados y el lejano eco de la estación ferroviaria.

Realismo.

El tránsito de la noche al día es pintado con delicados matices. "En la banda rosa del amanecer, la nube se teñía como un fantasma ensangrentado, como una túnica de novicio iluminada por un reflejo de incendio, errabundo Proteo que al capricho va del aire, ya pálido encaje, ya vivísimo copo que se disolvía por fin en un lago de blonda claridad".

El despertar de la aldea se siente por leves etapas, "el silbato de la fábrica, el primer repique de un campanario de parroquia y el dilatado clamoreo de los gallos, esos heraldos de la diaria fatiga".

Viene a continuación las primeras labores de aquel

"enjambre de casucas", las "carretas escandalosas que salían de corrales", los obreros que se dirigen al potrero cercano. Empiezan a llegar las primeras tropas a un "trigal herido por el sol"; el puntillo de la luz, sobre las bayonetas de los soldados, la gente del pueblo, las soldaderas y los perros que seguían a la tropa.

Se abren balcones y ventanas por los que asoman "caras descoloridas", hombres "envueltos en una frazada", "niños en camisa y mujeres friolentas". Llegan más tropas que forman la "serpiente, largo cordón oscuro erizado de puntas metálicas".

El panorama es monótono. Se describe con detalles machacones. Resecas espadañas le hacen pensar en "cabelleras de no sé qué muertos mal enterrados".

La multitud acude ansiosa por presenciar el macabro espectáculo, "toda esa abigarrada pléyade que denuncia las ferias, las grandes paradas y los desórdenes. "Entre ellos los más ansiosos son los niños rojos de fatiga. Un señor de edad se sube sobre los hombros a un niño rubio. Ha llegado el reo y "no había en aquel momento más que un sólo latido en la inmensa multitud, una sola respiración, una mirada intensamente fija en aquel montículo donde los pájaros retozaban". Y después de ejecutado, "un perro olía las manchas de sangre".

Lenguaje

Como siempre su vocabulario es llano. Tiene algunos términos de neto estirpe mexicano, por ejemplo:

Jacal ... por choza

Lépero ... por hombre de la ínfima plebe.

Sorbete ... por sombrero de copa.

Paliacate ... por pañuelo grande de colores. Viene quizás de Paliacate, importado de la India Inglesa.

En su lenguaje hay unas imágenes bonitas como: "Los gallos heraldos de la diaria fatiga".

"La alborada creciente que cincela con finísimos detalles el enjambre de casucas". "Las carreteras escandalosas" por su chirriar, el "vellón de nube", y la más bonita de las imágenes la que nos dice: "rielaba la luz en el metal de

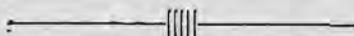
las armas y de los uniformes", y aquella otra al decirnos del jefe militar que hace la señal de descargar: "un oficial que producía un relámpago con la espada".

Caracteres

Angel de Campo se desenvuelve en el medio que le es a él más querido, es decir el bajo pueblo, el populacho. A pesar de que reconoce que aquel barrio es feo, sucio, de vegetación pálida, de aguas hediondas, etc., sin embargo cuando todavía el negro capuz de la noche lo rodea todo, el autor lo ve bajo un poema matinal de luz indecisa; y es que su alma sensitiva propende a proyectar su propia belleza soñada a cuanto él presencia. Es más tarde descubierta la realidad por los rayos de Apolo, cuando su pluma nos va detallando una a una las cosas que aún siendo feas las barniza "al reflejar el cielo de la mañana, se tornaban en brillante galón de un azul delicadísimo".

Le basta dos pinceladas para hacernos sentir el movimiento confuso de la próxima estación de ferrocarriles. El silbato de la locomotora y la campana que nos trae el eco de la vida agobiada de los obreros.

El pueblo necesita de emociones intensas, va a presenciar la ejecución de un soldado cual si se tratara de una romería, y sólo cuando aparece el coche que trae al desventurado se siente la oleada fría que estremece a aquella multitud jadeante chillona y polvorienta. Pero de Campo no se detiene a hacernos ninguna reflexión moral sino que esquemáticamente escribe su cuento cual espejo que refleja las imágenes bellas y feas que ante él se sitúan.



OYENDO ROMANZAS

He aquí el cuento de la pubertad.

El autor se nos presenta a sí mismo bajo el nombre de Samuelillo Peredo, y adulterando un poco su propia biografía, nos dice ser un joven provinciano que reside en la ciudad. Como ya sabemos Ángel de Campo quedó huérfano en su adolescencia, no sabemos si los primeros años de su juventud los vivió en casa de un familiar, en un pensionado, o como nos dice en el cuento en la casa de huéspedes de doña Gertrudis.

En nuestro cuento nos lo encontramos de huésped en la casa de esta señora viuda de un inválido, quien trata atentamente a su pupilo, aunque tal vez no con el suficiente cariño que exige un joven sin madre.

Cuando iba a sus clases de español, como no tenía abrigo, la señora viuda le prestaba una bufanda de su difunto esposo, a la vez que le hacía una discreta recomendación para preservarse de las pulmonías. Atravesaba las calles de la ciudad, recitando el último verbo aprendido, silbando un aire musical o sumido a la nostalgia de su pueblo natal.

Recordaba los consejos dados por su tutor al punto de enviarle a México. Consejo de hombre práctico pero también un poco despiadado, pues hizo llorar al muchacho a quien le agregó: "Haces bien en llorar, hijito, haces bien, porque de que uno pierde a sus padres, todo lo ha perdido en la vida... Conque estudia". Era verdad, todo se había perdido. El contraste entre el ayer de niño querido y el hoy de joven abandonado a sí mismo. Cuando tarde llegaba a su casa de huéspedes, la señora Gertrudis le refería inquieta por la tardanza y refunfuñando. Sobre un grueso mantel se le servía el birrote frío. Con paso acelerado se dirigía en las noches a su casa de huéspedes. "Pero al pasar por el callejón del Chopo, me detenía en la esquina,

aguzaba el oído: ni un rumor... no estaba cantando... y avanzaba hasta llegar cerca de sus ventanas para espiar". ¿Qué retenía allí a nuestro joven? "Detrás de unos visillos se dibujaba la silueta de una niña que empezaba a ser mujer, y que con sus dedos afilados arrancaba notas al teclado de un piano. La estancia era cómoda con "amplios sillones de oro y púrpura", el piso alfombrado y el ambiente perfumado de violetas.

Era el dulce hogar anhelado. ¡Cuánto hubiese dado nuestro amigo por entrar en él! Venían entonces a su mente los recuerdos de un antaño pasado junto a sus padres y la palabra severa de su tutor don Próspero: "¡Todo se ha perdido, haces bien en llorar!".

Una noche, mientras contemplaba tan seductor cuadro sintió un sobresalto. Acababa de entrar en aquel salón un compañero suyo de colegio. Prodújose gran expectación, pero el muchacho que había entrado mostró un boleto de examen que llenó de júbilo a toda la familia. Le abrazaron, "ella" también lo abrazó.

Nuestro estudiante, con gesto taciturno se encaminó a su casa de huéspedes, recordando que cuando él mostró su certificado a doña Gertrudis, ésta le preguntaba: "¿Y ahora esto para que sirve?".

Unos transeuntes que acertaron a pasar junto a él, dijeron en voz baja: "Ahí va el enamorado de Carlotita". Y era verdad, Carlota era el nombre de la niña del piano.

Realismo

Al hablarnos de la bufanda del difunto que él llama "cache-nez" nos dice que "olía a guardado, ese olor heterogéneo de lináloe, alcanfor, ropa limpia y Kananga". Se pinta a sí mismo con la solapa levantada, las manos en el bolsillo, el libro bajo el brazo y el sombrero calado hasta los ojos. Un auténtico retrato de estudiante del barrio latino.

Las calles de la ciudad estaban "inundadas de luna" y envueltas de "claridad pálida y vaga". Como en su otro cuento él del reloj de casa, nos habla con ternura de la madre que le tapaba con las colchas y le daba un beso en la frente antes de dormirse.

El comedor de la casa de huéspedes es evocado en cuatro pinceladas: "Un grasoso mantel, manchado de salsa y de café, estaba tendido, junto al plato los cubiertos de mango negro y al frente el vaso sucio, el birrote frío y la jarra de tocador llena de agua, el todo iluminado por la trémula flama de un velón en candelero de hoja de lata". Por contraste pone toda su ternura nuestro autor al dar a conocer la casa del callejón del Chopo y él mismo exclama: "Yo, figúrense ustedes, un pobre muchacho salido del rincón de un pueblo, no conocía más elegancia que la de las nubes incomparables de su amplio horizonte y la de aquellas blancas y pálidas corolas acuáticas que surgían del pantano

Sentimientos

En tan pequeño cuento se encuentra diversidad de estados emotivos. ¿Qué sentimiento tiene doña Gertrudis por su huésped? Seguramente piedad por el huérfano al que presta la bufanda del esposo y por el que se impacienta en su tar-danza, pero este afecto era algo frío como la cena que le servía, pero no llegaba a comprender la zafia señora lo que para el estudiante prestara su certificado de estudios.

El tutor, don Próspero, más que un nuevo padre, debía ser un administrador. No nos dice cuál era su profesión, pero nos lo presenta pedante como un clérigo. Abusa de pensamientos y aforismos extranjeros, si bien los estropea con su pronunciar macáronico. Su falta de tacto se revela al recordar a su pupilo la triste condición de quien ha perdido a sus padres. Como un relámpago, aparece en breves líneas un recuerdo del amor materno.

En cuanto a la familia de la niña del piano, nos la presenta como unida por un afecto tranquilo emanado de una posición desahogada, "reinaba una calma de hogar honesto". En el padre beatitud, en la madre ternura y en "ella", ¿Vaya usted a saber lo que un joven estudiante veía en ella? Sí, los albores de un amor idealizado.

Lenguaje

No es sólo don Próspero quien gusta de usar términos exóticos, pues el propio autor hace lo mismo. Y así nos

endosa un "paletó" por abrigo, un "cáche-nez" por bufanda, un "sotto voce" por voz bñja, y hasta un "táims is monei" (time is money), si viene este caso, puesto en boca de don Próspero.

Como siempre el lenguaje tiene reminiscencias populares, como cuando el tutor dice: "porque de que uno pierde a sus padres" en vez de desde que. Una imagen bonita es: "las dos velas ardiendo alegremente, arrancando relámpagos al barniz del mueble", y aquella otra: "qué ráfagas de incensario brotarían del jarrón henchido de violetas", y cuando nos dice: "ansiaba una urna, cualquiera que fuese, para derramar en ella el raudal de mis inexplicables afectos".

Señalemos, por último, el rasgo que seguramente más nos ha llamado la atención, de neta estirpe popular: "cenaba con apetito, sin quitarme el sombrero".

Moraleja

El cuento parece demostrar que la familia no es solamente una institución biológica y natural, sino también el estado al que tiende el hombre desde su niñez hasta la ancianidad como situación eufórica de su bienestar. De niño el cariño de la madre, de pñber el idea del amor, de adulto el sosiego del hogar. En la madurez las atenciones satisfechas y en la senectud los cuidados prodigados.

EL CHIQUITTO

Es la historia de un infeliz canario encerrado en su jaula. Pinta el autor los sufrimientos y torturas de quien vive privado de libertad, así como la tentativa de evasión que tan funestas consecuencias tuvo para la avecilla.

Los mimos de la señora, su dueña, los interpreta el autor, cual crueldad y las reacciones del pajarillo más que gratitud son rabia.

Detrás del canario hay que ver la figura humana que le corresponde. Ese afán por gozar de campo, de vastos horizontes, nos hace pensar en lo que debieron ser los sueños del covachuelista que siempre anhela una libertad y deseos nunca realizados. En la humanización del "alma" del canario llega de Campo a hacerle sentir y pensar como a un ser humano. Es así en su amor plebeyo e imposible por una gorriona coqueta y deslenguada, quien luego de ser causa primordial en la calaverada de Chiquitito, al pretender fugarse, la vemos ingrata, revolotear placenteramente con otro pájaro rudo y soez.

La tragedia de la frustrada evasión le sirve al autor para revelarnos la crueldad de algunas personas sobre todo la niña sin corazón que gritaba ¡La regadera pronto!. Esta observación de la crueldad infantil para con los pájaros y otros animalillos ya fué señalada por el gran fabulista La Fontaine ¡Cet age est sans pitié!

No se puede sin embargo acusar de cruel, al menos en sus intenciones, a la dueña del Chiquitito, pues vemos como regaña a su criada por no haber puesto el trazo que protegiera al tierno organismo de la crudeza del sol. Y le vemos también como con cariñosa mano le coge le "esconde en su regazo, le alisa las plumas y le echa vaho". Remedio inútil ya que a pesar de ello el canario lanzó su última boqueada.

Un gesto de dureza por parte de esta señora es haber entregado el cuerpecito inerte del canario a los niños, quienes entre risas y gritos lo enterraron en una maceta.

Lenguaje

El lenguaje en el cuento es rico pero no pulido. Se encuentran algunos pincelazos describiendo la naturaleza. El charco en que se retrata una rosa anémica, el jirón de nube que pasa por el cielo. La vocación del canario en consonancia como la del autor se expresa no por gustos delicados sino por deseos de baja estirpe: "remover las parduzcas ho-

jarascas, esconderse en las macetas rotas, posarse en las cornisas musgosas y bañarse en un charco". Nada tiene por tanto de extraño que dadas estas inclinaciones depravadas de Chiquitito acabase por enamorarse de la más desvergonzada y "marimacho" de las gorrionas.

Encontramos metáforas exquisitas, señalemos: "Reía el sol en los azulejos de la cúpula" "Parecía una ascua amarilla en el espacio". Todo el relato está salpicado de frases semejantes.

Sentido de naturaleza

Angel de Campo es un observador minucioso de las cosas; el cielo, las plantas, los objetos son descritos con verdadero amor, pero siempre manifiesta predilección por aquello que pudiéramos llamar los desechos de la existencia. Para él, el jardín es más hermoso cuando está abandonado, las aguas cuando son turbias, el "peldaño carcomido", la tapia en ruinas de una iglesia.

La vida de los pájaros la relata de un modo sencillo sin alardear de altos conocimientos zoológicos. Habla de la actividad del pájaro en libertad que diligente trajina todo el día. La golondrina le seduce entre los otros pájaros y las ve agruparse en un alambre de un teléfono, haciendo temblar las gotas de lluvia.

Moraleja

No se puede decir que nuestro autor sea un autor de tesis, aunque sí de una naturaleza bondadosa cuya idiosincrasia se refleja tanto en este cuento como en sus demás obras. ¿Qué ha querido demostrar Angel de Campo en su cuento Chiquitito? Tal vez nada en concreto, pero de su lectura se desprende esta verdad: el bien mayor es el de la libertad. Los cuidados que se prodigan a un pájaro o a una persona, si van ligados al cautiverio, más que un bien constituyen un tormento. Otra verdad que se desprende del cuento es el peligro que para la juventud representa una educación extremadamente retrada y tutelar. Nosotros vemos en la des-

venturada empresa galante del pobre canario el reflejo de un hecho del que no es tan libre el joven educado con un exceso de recato. Por último, señalemos la cursilería de la gente noña que se escandalizan al ver al pobre cautivo practicar con la libertina gorriona.

Crítica

Angel de Campo toma excesivamente en serio la biografía de su canario, si nosotros fuéramos románticos y sentimentales como la gente de su época, hubiéramos vertido una lágrima sobre el cadáver de tan desdichado pájaro. El cuentista moderno ha destacado todo lo que tiene de falso y exagerado el romanticismo, poniendo unas notas humorísticas que hacen más grata la vida y nos evitan penas injustificadas.

EL CHATO BARRIOS

Se nos describe el salón de fiestas de una escuela modesta de barrio. Las paredes engalanadas con ramas de ciprés y heno, así como los retratos de Hidalgo, Juárez y el con-sabido Corazón de Jesús.

Es el día del reparto de premios, allí vemos al maestro señor Quiroz, ayudado por su asistente, el simpático Borbolla, haciendo los honores a los familiares de los alumnos que poco a poco acuden a la ceremonia.

Para amenizar la fiesta está allí la señorita Peredo que había de ejecutar al piano algunas partituras de ópera, así como el flautista, Bibiano Armenta. Los niños vienen todos lo mejor arregladitos que los han podido preparar sus mamás.

Hay un sillón presidencial reservado para un eclesiástico, quien ha de presidir la ceremonia. La primera fila de sillas está naturalmente reservada para las grandes familias de la localidad, los demás se sentarán donde quepan. Llega la familia de Isidorito Cañas, el niño rico de la escuela, el señor Quiroz y su ayudante Borbolla les reciben al pie de la escalera con toda pleitesía. Empieza la ceremonia. El primer premio corresponde al niño Isidorito Cañas, quien recita defectuosamente una fábula de La Fontaine, "El Cuervo y el Zorro". Recibe grandes plácemes y va a cobijarse en las faldas de su madre. Viene a continuación la mención honorífica discernida al joven Barrios, el niño pobre de la escuela, hijo del carbonero de la esquina, quien tímidamente se retiró de un salto de la mesa a su asiento.

El autor establece un cotejo entre los dos alumnos, el pudiente a quien todo en la vida había de resultar fácil hasta llegar a ser un ilustre licenciado y el mísero a quien no ha de bastar su talento para salir de su humilde condición.

Realismo.

Con certeras pinceladas nos describe el salón de una escuela pobre. "Paredes manchadas", "Banderas tricolores de papel y águilas empleadas para fiestas cívicas", "Candelabros con velas jamás encendidas" y dos bustos de Minerva. El acicalamiento de los niños se relata según su condición social, "con traje nuevo los unos, cepillado y remendado los otros, sin adorno alguno los más".

Los bancos incómodos y el sillón de reps verde, el piano de alquiler y la corbata del señor Borbolla, todo es analizado y puesto en relieve.

Caracteres.

En menor número de páginas no se pueden dar un mayor número de caracteres. Si es cierto que apenas están esbozados pero todos son definidos.

El maestro Quiroz para quien la fiesta constituye una constante preocupación, se muestra siempre cumplido y re-

verente con la familia del niño Cañas. Ampuloso y pedante en su discurso de rúbrica, su ayudante el paupérrimo y simpático Borbolla, la eminencia gris de la escuela y el zascandil del señor Quiroz, está incomodado por el estrecho jaquet y la corbata refractaria, y es al mismo tiempo maestro de ceremonias y jefe de la claque escolar.

La señorita Peredo, la niña cursi y presumida, ameniza la fiesta con sus habilidades musicales, piano y canto. Isidorito Cañas, niño prodigio e hijo de papá, "su traje nuevo, su cuello enorme y blanquísimo, la corbata de seda, el cinturón de charol brillante con hebilla de metal, las medias restiradas a rayas azules, las botitas hasta media pierna, el pelo rizado ad hoc y los diminutos guantes, hacían de él un héroe de la fiesta".

La mamá rica, nada nos dice de ella el autor, aunque nos la hace presentir llena de ternura pero también de vanidad.

Rito Barrios, el alumno pobre, el "muchacho descalzo, de blusa hecha jirones, mordiéndose un dedo, arrastrando el sombrero de petate y viendo a todos lados con cara de imbécil, cruzaba el salón; las gentes lo miraban con lástima, los niños con desprecio, y el chato Barrios, aquel modelo, en el último grado del desconcierto, olvidando público y lugar, pegaba la carrera de la mesa a su asiento".

La mamá pobre, la esposa del carbonero, que "ocupaba la última fila, perdida en la multitud", presentimos la madre llena de ternura y de humildad.

Moraleja.

Angel de Campo no se propone seguramente excarbar lo que en nuestros días se ha llamado la lucha o antagonismo de clases. Lo más probable es que en su época no se hablase de esta oposición social que tanta tinta ha gastado después. Pero no es menos cierto que en este cuento sucinto nos presenta un ejemplo hiriente de los efectos de la desigualdad económica en la sociedad. Sin proponérselo este cuento pone al desnudo una iniquidad social capaz de hacer clamar al cielo.

Pues es a todas luces inadmisibile que el alumno aplicado e inteligente no pueda alcanzar para su propio bien y además para el bien de la sociedad el puesto preeminente que el otro muchacho consiguió, no por su propia valoración sino por el privilegio de la riqueza y de su clase social.

Comparación con Alphonse Daudet.

Guardadas todas las distancias literarias, sin embargo el "Chato Barrios" nos evoca un eco lejano del "Poca Cosa" del autor francés.

Recordamos sucintamente las características del "Petit Chose", niño pobre y en este caso hasta huérfano. Sus compañeros de escuela, como suele acontecer con todos los niños, son poco propensos a la conmiseración y se moñan de la infeliz criatura porque lleva vestidos pobres, porque tiene un carácter retraído de chico que nunca fué acariciado. Es el hazmerreír de la escuela y sin embargo "Poca Cosa" es alumno aplicado que cumple siempre con los deberes que le imponen sus maestros.

Llega a tal grado el desdén que por él sienten sus compañeros que no se dignan a designarle por su propio nombre de persona, y ni tan siquiera se le otorga la categoría de una "cosa" sino de algo menos, de una "pequeña cosa".

En el héroe de Angel de Campo no se ensañan sus compañeros, no es el niño mártir que nos presenta Daudet, y es que el autor mexicano ha querido presentar un contraste social, mientras que el autor francés nos ofrece una individualidad desgraciada.

Paralelismo entre El Chato Barrios y la "Última Clase" de Alphonse Daudet.

1o.) asunto

Estamos en 1871, Francia acaba de perder su guerra con Prusia. Desde Berlín se han dictado las disposiciones más severas para germanizar las dos provincias francesas de Alsacia y Loreña. Acaba de llegar a una aldea la orden tajante para que a partir del día próximo quede interrumpi-

da la enseñanza francesa en las escuelas. En la aldea el niño Franz asiste a las clases de Monsieur Hamel, un escalofrío de indignación y tristeza ha invadido todas las almas.

El pobre maestro, Monsieur Hamel, tiene que dar su última lección a sus niños. Para esta clase, él ha vestido sus mejores ropas, cual si se tratara de una ceremonia de duelo. En la pequeña sala de la escuela, no sólo se encuentran los escolares, sino también allí se han dado cita todos los vecinos del pueblecillo. Viejos y jóvenes todos comulgan en el mismo pensamiento: hoy al perder Francia, comprendemos lo grande que era nuestra patria. Monsieur Hamel ha preparado una de sus más hermosas lecciones. En todos sus ejemplos gramaticales brillaba el nombre de Francia y el nombre de Alsacia. Los esfuerzos del preceptor para llevar a cabo su cometido se quebraron, y dominándose a si mismo, conteniendo las lágrimas que pugnaban por salir, ahogando la pena que le congojaba, fué a la pizarra y con trazo firme escribió "¡Viva Francia!" La lección estaba hecha.

2o.) Valor.

Podría también, guardando todas las proporciones, establecer un paralelo entre las clases del maestro Quiroz que dejaron un recuerdo tan profundo en la memoria del niño de Campo, con motivo de aquella distribución de premios emotiva y humilde y tan lamentable a la vez por su imposible esfuerzo hacia la simulación de una ceremonia alegre, y esta última clase tan atrozmente conmovedora por su verdad, esta clase de los "Cuentos del Lunes" de Alphonse Daudet.

Tan corto relato, cual es la Última Clase, ha sido juzgada mercedamente por numerosos críticos literarios como la obra maestra del autor. Es un cuento que encierra una terrible verdad, escrito con un realismo lapidario, y expresante un patriotismo vibrante.

El autor francés, como más tarde lo haría también Campo, escribe imaginando que es el muchacho alsaciano que asiste a la última lección. En uno y otro autor se ve maravillosamente expresado el combate que se libra en el alma

del escolar entre la tentación del juego y hacer novillos y la solidaridad afectuosa que se estableció inconscientemente en el alma del niño, entre él, sus camaradas, su maestro y la vieja escuela a la que se llega amar como una prolongación del propio hogar. Pero mientras que en el cuento de Campo, el autor se ocupa solamente de presentarnos el contraste punzante entre el discípulo rico y el indigente, Daudet sabe ser a la vez que verídico en su descripción, humano en el estudio de los caracteres y admirablemente lírico en su arrebatado patriótico. Cuando el pobre maestro de escuela, arrojado de Alsacia, escribe por última vez en la pizarra "Viva Francia", no es la mano de un modesto pedagogo la que graba estos trazos, sino la propia patria francesa que alentó en el alma de este maestro rural.

ALPHONSE DAUDET.

Puesto que se puede establecer una analogía entre Angel de Campo y Alphonse Daudet en la literatura francesa es preciso recordar lo que fué el cuentista francés.

Entre los autores franceses de la segunda mitad del siglo XIX que escribieron inolvidables páginas de costumbrismo y de realismo lleno de emoción y belleza, se destaca particularmente Alphonse Daudet.

Excelente novelista, Alphonse Daudet obtuvo un éxito muy merecido durante su vida y supo, sin alcanzar un puesto de primera fila en la literatura de hace poco más de medio siglo, escribir con una verdad y un talento que aun en nuestros días le hacen un autor justamente estimado.

Alphonse Daudet fué un escritor de fina sensibilidad. Escribe con una emoción arraigada, pinta personajes de la vida real, con una verdad y una sinceridad perfecta, a tal punto que nos damos cuenta que se trata de seres que han vivido realmente y han sufrido como nos aparecen a través de la obra. Influyeron en A. Daudet los escritores de su tiempo, especialmente E. Zola y los Hermanos Goncourt.

Aunque sus personajes sean sacados a menudo del ambiente popular, sin embargo nunca son tipos vulgares. Sabe ser realista sin chabacanería. Mientras que los Goncourt fue-

ron impresionistas hasta la exageración, y Zola realista hasta la brutalidad, Daudet, por el contrario, supo permanecer fiel a sí mismo. Su originalidad y su "sugestión" le corresponden totalmente.

En medio de un mundo literario en que las teorías y las escuelas ocupaban tan gran lugar, A. Daudet supo permanecer novelista de gran talento. Merced a su genio espontáneo pudo darnos novelas seductoras y extremadamente conmovedoras.

Lanson aprecia así la obra de Daudet: "Todo lo que se encuentra en su obra, impresión personal y vivida, es no solamente cosa vista, sino cosa sentida, que ha hecho vibrar a su alma de un modo doloroso o delicioso, todo ello es excelente; se ha superado en la descripción de todo lo que inspiraba simpatía".

Nada en la obra de Daudet tiene la frialdad impersonal de un estudio científico, sino al contrario ha podido trazar y marcar objetivamente las sensaciones, analizar sus emociones y describir con exactitud lo que le hacían sentir. Su obra siendo muy objetiva es no obstante muy impersonal. Se encuentra en su obra el espléndido sol de Provenza, toda la sensibilidad de la "Mireille" de Mistral así como personajes sólidamente reales como 'Roumenstan' o caricaturesco al extremo como Tartarin.

A. Daudet conocía muy bien por haber vivido en ese medio a la clase media y a la popular, tanto la de París como la de provincias, sobre todo la de Lyon donde residió mucho tiempo. Estos medios le eran conocidos y comprendía sus alegrías y sus penas. En una sociedad cuya reciente evolución industrial dejaba un lugar tan insignificante al obrero y al pequeño propietario, Daudet supo describir de un modo emocionante y conciso todas las costumbres así como las emociones.

Ha logrado crear y ha sabido darnos con absoluta veracidad un dibujo fiel y exacto del francés medio de su tiempo, lo que hace decir a Lanson muy justamente: "Daudet posee la intuición psicológica y el buen método: ha sabido construir su obra con su propia experiencia íntima, aunque sin ostentar su propio yo". Hubo otros grandes estudios his-

tóricos sobre las costumbres de su tiempo, pero ellos presentan un interés mucho menor que el de las novelas de Daudet.

Sin embargo, a pesar de la parte exótica él narra fielmente la vida de sus contemporáneos, sus personajes tienen vida propia y a menudo son muy curiosos. En lo que afecta a lo grandioso nos da análisis conmovedores del fanatismo religioso en el "Evangelista" o de la tristeza de la vida de los príncipes en sus "Reyes en el destierro".

MI MUSA

El autor no escribe un cuento sino que hace un auto-análisis psicológico de su propia conciencia en busca de su musa. Escribe en el mismo cuarto donde pasó su vida de estudiante. Es una recámara en la que hay un enorme cuadro de la "Life Insurance Co" lo que denota gusto poco refinado. Si es verdad que, contrastando con este anuncio de droguería, hay un bajo relieve de La Fayette, un busto en escayola de Altamirano y una cómoda recargada de pinceles y demás instrumentos de pintor, pues el autor se presenta bajo la máscara de artista de la paleta.

Hay también heliotropos y margaritas, flores de transición entre las flores salvajes y de adorno. Y sobre todo no falta la jaula del canario en el quicio de la puerta, el inseparable compañero de nuestro autor.

No hay ser humano en su vecindad, pues la joven aspirante a soprano, para felicidad del autor, ya no canta.

La crónica tiene la forma epistolar de respuesta a un amigo que le hace la pregunta, ¿quién es tu musa? Va haciendo desfilar sus recuerdos de juventud y a medida que evoca figuras femeninas que impresionaron su alma de artista, las

desecha, pues tampoco aquellas eran su inspiradora. Y tras de larga eliminación, llega a concluir que su musa es la mujer desconocida, más aún la mujer que "yo espero sin que llegue... esa es mi Musa". Nuestro autor, como otros muchos poetas y artistas, estaba enamorado de una quimera de la feminidad que nunca alcanza a tomar forma real.

Caracteres

Ya decimos anteriormente que el cuento "Mi Musa" más que una obrita realista, es un examen introspectivo de la conciencia. Sólo al describirnos el cuarto estudiantil reaparece la vena realista. Pero más tarde cuando quiere ir descifrando "esas historias del corazón", hace un parangón entre las cinco vocales y los sentimientos humanos, viendo a "la *a* muy gruesa, la *e* cabizbaja, la *i* que es un palote degollado, la *o* próxima a reventar, y la *ú*, como consorcio que se divorcia".

Y sigue haciendo digresiones sobre el pensamiento y la ortografía, como si en el lenguaje escrito quisiera descubrir la autenticidad de sus pensamientos reveladores de su ignota musa.

En presencia del retrato "de un niño muy rizado con la cara espantada, el ropón mal hecho, los calzones largos y los zapatos muy brillantes" se pregunta: "¿Quién será este muchacho?" Y su asombro debe ser grande al responderle que es su propia fotografía cuando tenía seis años. Con esto nos dice como: "la memoria no siempre pinta con exactitud el pasado". Lo que le impide descubrir los perfiles de la mujer que evoca. Llega a sus años mozos y su memoria le trae las frases de fuego tropical: "besos quemantes, pupilas de fuego, encendidos labios, sangre ardiente". Pero tampoco en aquella Angel de Campo descubre su musa.

Todos los detalles, que sobre su conciencia nos va dando, languidecen por falta de fuerza al definirlos. El Angel de Campo escritor realista, pintor del mundo que le circunda, supera al Angel de Campo analizador de sus propios sentimientos. No llega a interesar ese tipo femenino que él nos quiere sugerir y hasta lo esfuma en exceso, envolviéndole de calidades externas que no le dejan ver. Véamos su propia

perplejidad: "Y tengo Musa, yo la siento a mi alrededor: flota vaga, cambiante, pura... como el perfil de una nube blanca en el azul, hay momentos en que me habla de paisajes desconocidos, esos paisajes destacados en la palidez de un ocaso y formado por brumas que se desvanecen; otros, me cuentan cosas que me hacen reír, ocurrencias de colegiala traviesa; me desconoce a veces, y se pone seria y se ausenta por muchos días, en que, cosa rara, me siento mejor, puedo escribir; porque tú sabes cómo influye la cercanía de una mujer cuando se trata de pensar con calma, y ella me vuelve loco... es decir, romántico... Y no te figures que es seria, viste larga y trágica túnica de mujer griega, se desliza como una heroína por el foro... no, la he visto pasar por la calle, estoy seguro, me queda la reminiscencia de un traje negro, no sé qué palidez, pero todo tan vago que me ha parecido un sueño". Y al no poderla captar por inspiración o desfallecimiento nos dice que su musa es la mujer desconocida.

Lenguaje

Abundan las metáforas acertadas en este cuento, que parece haber sido muy trabajada por el autor. Las unas brotan espontáneamente con belleza y originalidad. Entre estas señalemos: "Violetas en el ánfora de cristal", y ésta "los palotes, gruesas rayas, disparejas unas, torcidas las otras, dan idea entre las dos pálidas rayas azules de la pauta de un ejército de ebrios". Hay de notar también el recuerdo que es como la "última ráfaga púrpura del ocaso".

Vuelven las violetas "que se marchitan, se mueren en el seno de una mujer". Y ésta: "un desamparado que llora en romance, suspira en décimas y se desmaya en un soneto". Frases como estas abundan y lo difícil es el espurgo.

Costumbres:

Pocas cosas nuevas sobre la vida de su tiempo. La chica que quiere ser soprano, el juego de novios en el que casi siempre las primas ocupan un lugar culminante, sobre todo en los caracteres tímidos que necesitan un entrenamiento para lograr la desenvoltura en el trato de ambos sexos.

MEMORIAS DE UN ESCRIBIENTE.

Tal vez nuestro autor antes de entrar en las oficinas del Ministerio de Hacienda estuviera trabajando como pasante o meritorio en el despacho de algún licenciado u hombre de negocios. En este cuento se nos presenta como modesto "chupatintas" en cierto despacho. Se está haciendo la mudanza de los muebles del escritorio de la planta baja al piso principal. La operación la dirige con intervención personal la señorita Irene, hija del dueño, asistida de su fámula o ama de llaves Luciana. La mudanza agrada a nuestro autor, pues no solamente mejora de habitación sino que por añadidura iba a tener por vecino en la pieza de junto el piano que haría sonar los afilados dedos de la señorita Irene.

El joven escribiente presencia la instalación, pero tímidamente se retrae en ir a ofrecer sus servicios. Tras larga meditación y aun temiendo que se le tome por confianzudo, se decide a brindar su ayuda. La señorita Irene montada en una escalera de mano de las llamadas "burro" está clavando una alcayata o escarpia para colgar el mapa de la República. Nuestro autor no hace ningún comentario de esta carta geográfica, pero sí, nos dice que no pudo divisar ni la "garganta del diminuto pie". Sigue la operación, instalando muebles y trastos hasta que, llegada la hora del almuerzo, nuestro autor que aquí lleva el nombre de señor Cebada se despide ceremoniosamente.

Viene luego una meditación para descubrirnos el fondo de su apasionada alma. El señor Cebada estaba enamorado, como un cadete, de la bella Irene. Pero he aquí que ella es rica y él es pobre, y ambos vivían en una sociedad en la que el amor todavía estaba confinado por las fronteras del dinero.

Un día del mes de mayo, mes de flores, el señor Burgos y su distinguida señora deciden dar una fiesta en honor de

su exquisita heredera la señorita Irene. La señora pide al pasante de su esposo que asista al sarao, pero no como un simple invitado, sino en una condición ambigua maestra sala y convidado modesto. El contraste de la satisfacción por hallarse cerca de "ella" en día tan señalado, y la humillación por el papel que se le asignaba, pugnaban en su alma. Allí estaba ella, es verdad, pero agasajada, cortejada por todos y sin que él pudiera revelarle el secreto de su corazón.

Tuvo que ayudar a los domésticos en el servicio, y allí ella cogió un helado sin darse cuenta que había sido él quien se lo ofrecía. ¡Ah, es usted, señor Cebada! Aquella indiferencia le hirió en lo más hondo de su corazón. Pero todavía tuvo que beber los heces de la amargura. Cuando solitario y triste se hallaba en un rincón, la señorita se le acercó, no movida por impulso cariñoso sino por sentimiento misericordioso.

"Está usted muy emocionado, todo lo sé... Por ahí una gente que yo conozco mucho lo trae trastornado.

Juro a usted... (con estupor).

No me lo niegue... ¿a que le digo el nombre?

¿Quién? (con un miedo cerval).

¡Lu...cia...na!... ¿Qué cree usted que no se sabe todo en esta vida?... Y es buena, señor Cebada, serán muy felices, le prometo hacerle buen tercio. Ya verá.

¡Pues señor... te lo mereces por imbécil, Cebada! ¡Esc es, llora, era lo único que te faltaba, no tienes vergüenza!

Pobre señor Cebada, a quien ya el autor había dado un nombre predestinado. Su ídolo adorado no sólo no percibe el rendimiento de todo su ser sino que para mayor sarcasmo lo cree enamorado de su propia criada.

Realismo

Minuciosas descripciones de cosas y personas. La mudanza está relatada con tal minuciosidad que no solamente vemos a la señorita Irene con una toalla en la cabeza para librarse del polvo, sino que también vemos los muebles y cachivaches moverse de un lado a otro.

El despacho que se le preparaba era, según nos dice, cómodo, pues no faltaba ni la blanda alfombra, ni el tapete para poner los pies, ni el sofá para descansar y algo a lo que el autor le concede gran importancia, las escupideras para las puntas del cigarro.

Para hacernos sentir la mejoría de la mudanza nos dice que su antiguo despacho era un antro oscuro y fétido, "con tablas comidas por la humedad y la polilla, cielo raso roto, manchado de goteras, colgante hasta el piso, y el papel tapiz que se desprendía con todo y pared".

Lenguaje

Algunas metáforas acertadas y de poco interés: "Las patas del bufete se rejuvenecieron". Al hacer un examen introspectivo de su sentimiento, empieza diciendo: "Me detuve ante mi conciencia" —Más adelante nos dice: "Las palabras, aunque parezcan viento, cristalizan lentamente en el alma"— y a continuación agrega "el dulce sainete del amor", y por último exclama con estoicismo: "Mi alma en esos instantes era algo sublime encerrado en el vil forro humano de un pobreton"

Caracteres y Sentimiento del Amor

Hay dos personalidades bien acentuadas en este cuento: el señor Cebada y la señorita Irene. Al primero le podríamos denominar el pretendiente tímido, así como a ella, le cuadraría el nombre de la hacendosa indiferente.

El señor Cebada, modesto oficinista, ha colocado en tan alto altar a la insignificante señorita Irene, que no se atreve a revelar su amor. El mismo se interroga: "Con qué derecho, me decía en un momento, en que a mi timidez de pobre se oponía mi orgullo de humano, con qué derecho, porque soy escribiente me he de sobajar al nivel de un perro, degradándome yo mismo, haciéndome incapaz hasta de sentir".

Temer ser desdeñado por la bella, no tanto por sus cualidades personales cuanto por su condición social. He aquí cómo nos define su amor: "El amor, que es para todos esa

suprema aurora que hace de la nube fantasmas de oro, canción del ave, urna de esencia de la flor y altar del corazón; el amor, que es para otros la sonrisa de la vida y la nota dulce que flota sobre el dolor humano, aunque éste se haya encerrado en el insulto y en la blasfemia, ese amor es para los escribientes como tú, no la esperanza, sino la desdicha”.

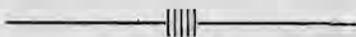
Esta interpretación reverente del sentimiento que más liga el hombre a la mujer queda expresado en la frase: “Me tendió la mano, y se la dí como si tocara una cosa sagrada”. Este pensamiento elevando la amada a obra divina, nos trae a la memoria el razonamiento de Calixto cuando acaricia el cuerpo de Melibea, en la Celestina, pues el osado galán afirma conocer la existencia de Dios por la perfección de su obra en el cuerpo de su amiga. Naturalmente el señor Cebada está muy lejos de los atrevimientos eróticos de Calixto.

La señorita Irene sabe muy bien limpiar los muebles, sacar el polvo a las lámparas, y hasta tal vez tocar el piano, mas no le adorna la perspicacia femenina. ¿Cómo explicarse que no se haya dado cuenta de que tiene junto a ella un tan rendido enamorado? O el psicoanálisis nos engaña o esta señorita es algo boba.

Costumbres

Dejemos a un lado lo poco aseado de nuestro amigo, él mismo nos dice que su sombrero “debe haberle dado asco tomarlo, tan viejo, tan empolvado, tan grasiento estabal”.

Lo que más impresiona, aunque no sorprende, es el abismo que las costumbres de la época habían abierto entre dos jóvenes por el hecho de su desnivel económico; pues el señor Cebada aunque carente de fortuna posee un espíritu elevado, un carácter noble y otros atributos morales que tal vez le hagan superior a la señorita Irene. Pero es una señorita rica, y él un muchacho pobre, ¡nada qué hacer en este caso!



¡SI LA NIÑA SUPIERA!

Trátase en este cuento de una familia en la que la madre hace pocos meses que ha muerto. Es por tanto un cuento con un carácter sentimental, los niños huérfanos; con unas notas costumbristas, los comentarios de la servidumbre; y de realismo de la vida, con la conducta del viudo.

Los niños no quieren ir a tomar su merienda en el comedor, para no tener que atravesar las habitaciones oscuras, especialmente la en que estuvo el cadáver de la madre, pues dicen que la habitación huele a muerto. Por tanto la merienda hay que darla en otro aposento, donde después de la cena los niños son acostados en sus camas respectivas. Los tres hermanitos, Adela, Marta y Luisillo, siempre oponen resistencia al acostarse. Las criadas han de discutir cada noche para convencerlos.

Estúpidamente las sirvientas hacen miedo a los niños con "cocos y viejos". Hay una evocación de los días felices en que la mamá Adela, después de dar la merienda a sus hijitos y contarles algunos cuentos, los desvestía y dándoles un beso les acostaba. La niña mayor que lleva el nombre de su madre es la que más se obstina en esperar la llegada de su papá, mas como éste regresa muy tarde en la noche, no se le puede complacer. Mientras que los pequeños duermen o fingen dormir, la servidumbre se ponía a roncar y "sin abrir los ojos se espantaba los moscos y se rascaba las pulgas".

El caserón es triste con sus grandes piezas vacías, el marido no puede soportar aquella soledad desde la muerte de la señora y busca fuera de casa los esparcimientos que en ella no encuentra. Un buen día, no pudiendo resistir la sonrisa que en su retrato de novia tenía Adela, decide retirar aquella fotografía por un grabado de cacería. Hay una descripción de la cena solitaria de este hombre, y después como se recoge a su dormitorio, pasando antes por el cuarto de

los niños a los que presta poca atención. Los niños comentan el que el padre no les hiciera ningún cariño.

En la segunda parte de este cuento se nos revela el secreto de toda esa conducta estrafalaria. El señor, según nos dicen las criadas y el portero, olvidó a la niña y está enamorado de una comedianta. Con ello queda explicado que llegue a su casa a horas tan avanzadas de la noche. Tomás el portero dice que dentro del coche que le traía a casa venía otra persona de la que el señor se despedía diciendo: "¡Adiós, tú...". Lo que hace exclamar a doña Ambrosita la cuidadora: "¡Si la niña supiera!".

Lenguaje

Es este un cuento gris. El asunto banal y el lenguaje trivial y desprovisto de las bellas imágenes que suele utilizar el autor. Encontramos algunos términos de uso local, como por ejemplo:

rebozo	por ...	toquilla
sudario	" ...	oración consagrada al difunto.
buró	" ...	mesa de noche.
güerita	" ...	graciosa, rubia.
cuidadora	" ...	ama de llaves.
haciendo figuras a	" ...	cortejar.
jalarles	" ...	tirar de.
dizque	" ...	dicen que.

Costumbres

El miedo, que sienten los niños por el recuerdo de la madre muerta, es un hecho corriente pero no natural. Seguramente si las domésticas no se dedicasen a despertar en las conciencias infantiles ideas de pavor asociadas a la muerte, estas criaturas no sufrirían la desazón del miedo. Es una comodidad de criadas y a veces también de madres atemorizar a los niños hablándoles de los "cocos y viejos" para que los niños permanezcan tranquilos y no molesten. En contraste

con esta conducta se recuerda la solicitud de la madre, cuando en vida acostaba a sus niñitos.

Las murmuraciones de la servidumbre criticando la vida del señor, es natural y seguramente eterno mientras haya amos y criados. No es tan natural que en una casa de gente acomodada la criada esté llena de pulgas como un perro flaco en la calle.

La vida truncada de un viudo joven que llega a su hogar y lo encuentra vacío, ya que al faltar la esposa queda desarticulada la vida de familia, se nos describe de un modo sucinto, nos dice que alejaba "con repugnancia una cena que olía a manjares entibados en el rescoldo". Esto es tanto como empujar al más santo varón a buscar el cariño de otra mujer.

Es una pincelada triste el acecho con que los niños espían el regreso de su papá, aguardando la caricia amorosa que casi nunca llegaba. El autor nos dice: "No, los niños no dormían, apenas pasaba, entornaban los ojos sin chistar, oían todos los ruidos, el choque del reloj en el mármol del buró, el caer de los zapatos, el mueble de noche depositado debajo de la cama y hasta el soplo que apagaba la vela, seguido del crujir de la cama. Solían decirse con un acento que helaba y en voz muy baja:

—Hoy no nos hizo cariños.

—¡Si la niña supiera!... solían decir las criadas".

Y más triste si cabe es la aflicción con que los tres pequeños se enteran por las murmuraciones de la servidumbre de que el padre "hacía figuras" a una cómica. "Si el señor se casara, pobres de estas criaturas. Ya no era tiempo, las tres criaturas, con los ojos azorados, estaban sentadas en las camas; no dijeron una palabra, nada comprendían de todo aquello, pero algo íntimo, algo instintivo los hizo que se soltaran llorando".

Moraleja

Contra las leyes de la vida es estúpida toda rebeldía. Por desgracia hay todavía mucha gente que, como en el cuento de Angel de Campo, se obstinan en cambiar la trayectoria

del destino. Para mejor poderlo hacer, recurren a fomentar un sentimentalismo cursi en el caso de unos niños huérfanos, haciendo ver que esos niños estarán mejor atendidos por criadas sucias que por una segunda mamá. Y en cuanto al viudo, y lo mismo si fuera viuda, no se les reserva otro destino que la vida monástica, como si el matrimonio fuese todavía una unión de vida y muerte.

Hay una observación sociológica que hacer en este relato. Las costumbres que en él se revelan tienen su origen más que en principios sentados por la alta sociedad, en las murmuraciones vulgares de la servidumbre. El viudo encubre su conducta ante el temor de la crítica de sus criados que vienen a ser un eco moral de la difunta, los correvediles de la pobre señora.

DURA LEX

En este cuento de violento realismo, nos relata "Micros" los últimos momentos de un reo que va a ser fusilado. Más que la descripción del arrabal, el autor pinta a la gente que ha sido atraída al lugar de la ejecución por una curiosidad mórbida.

Se revela Ángel de Campo contra la pena de muerte y pretende demostrarnos cuán injusta es dicha ley. Para el autor, al igual que para su contemporáneo el criminalista italiano Lombroso, el criminal es un producto antropológico y por tanto consecuencia fatal del medio en que vive, sin responsabilidad propia.

Igualmente describe con crudo realismo los pensamientos que torturan al soldado que ha de cumplir con su deber dando en el blanco del corazón del condenado, a quien tal vez conociera, quién sabe, si nacieron en el mismo barrio. La

emoción es profunda en casi todos los espectadores que "con dificultad tragan saliva". Es un contraste la calma del campo cercano, con sus ruidos apacibles, y los de la ciudad, que se despereza: el mugido de la vaca y el silbido de la fábrica.

Todo el relato está salpicado de hermosas frases y de un exuberante léxico mexicanista. La belleza del idioma contribuye a resaltar la tristeza de estos últimos instantes del condenado. En verdad "Micros" suele describir a los desdichados con suma veracidad, pues en este cuento se supera de tal modo, que pudiéramos creer que la pluma de Campo ha sido mojada en el tintero de Zola. Como lo veremos "Dura Lex" es el complemento y desarrollo del "Fusilado".

Lenguaje

Veamos algunas imágenes de este cuento violento por lo que describe y en que se dan los contrastes de expresión más profundos. La luz de la aurora es un "rosado tono, un matiz que sólo tiene en su paleta la mañana", formando "constelaciones de flores y de cada arena una chispa". Las panaderías "arrojan a la acera el olor caliente de la sabrosa hornada", las vacas "dulcemente echadas", "los dardos de la leche cayendo en el ahumado jarro de una criada que lo sostiene en cuclillas", los "altos muros de la cárcel aterciopelados por el musgo sombrío", "la luz del día se transforma, ya no es la onda de oro festiva que teñía los techos y los árboles", "parpadea la luz de un farol que se han olvidado de apagar", la "huella queda ahondada de los que no vuelven y hacen pensar en las tumbas sin ataúdes y en los nidos abandonados".

La luz "golpea materialmente en el patio", "trepados en la barda se miran los curiosos del vecindario". Saltó como "el animal descuidado que avienta una bala". El reo cae "con la mano semiabierta con el ademán del que pide una limosna". "Se oye un largo, monótono, desgarrador quejido que fenece a un segundo disparo". La muerte dejó "estereotipado un gesto de espanto".

En oposición he aquí otras imágenes de fuerte realismo y belleza casi repulsivas en su idea:

"Saturados de olor humano, el lépero que no se lava, la hembra sucia, el niño enlodado, inmundos recipientes de barro, perros que se espulgan". "la enamorada pareja trasnochada, que con un último resto de embriaguez, va sabe Dios a dónde". "La mesa ennegrecida por el roce de las monedas", vacas echadas sobre "plastas de majada". "El acre olor que se escapa del locutorio enrejado". El "breviario grasoso del sacerdote". "Un caño hediondo de líquidos amarillentos difunde su pestilencia." Un hombre frente a un paredón por donde huye una lagartija... tras el fogonazo cinco nubes de humo".

Vocablos

Esperezarse ..	Empleado por	desperezarse.
Lépero	"	" hombre de la clase humilde.
Vacada y ordeña	"	" alquería, granja.
Chicotazo	"	" latigazo.
Tocinero	"	" chacinero.
Bartolina	"	" calabozo.
Galeras	"	" lugar de galeotes, crujía de la cárcel.
Sudario	"	" rezo al muerto.
Amasia	"	" amante.

Costumbres

Dejando a un lado la patética costumbre de los fusilamientos públicos, cosa que en aquel entonces se hacía casi en todos los países, las costumbres que en este cuento se relatan son llenas de pobreza y desdicha.

A "Micros" le interesan los cuadros y escenas de los suburbios y se complace en señalar la falta de higiene y de orden moral con que se suele vivir en ese ambiente. Cuando entra a la cárcel a dónde está el reo, lo hace con un espíritu de observador que se esfuerza en cerrar su alma a todos los esfluvios de la compasión.

El ha ido allí a ver lo que sucede y cómo sucede. Va anotando minuciosamente hasta los más nimios detalles y

en cuanto al aspecto costumbrista, nos dice que allí se encuentran personas conocidas pero que no se saludan, pues sólo los lleva el deseo de conocer al reo. Dijérase que esa curiosidad morbosa les avergüenza y quisieran pasar desapercibidos los unos de los otros.

La figura primordial, el reo "es ese hombre vulgar de sombrero ancho, envuelto en una frazada gris, enciende un puro y tose". Propiamente este hombre tal y como lo presenta "Micros", es un inconsciente. Se conduce como quien no llega a darse cuenta del trance en que se halla. Uno de los empleados informa a los curiosos que el reo "cenó con apetito, durmió bien, comulgó con recogimiento, fumó dos puros que le regaló un señor Ordóñez, pidió agua, se ha paseado varios ratos, preguntó por sus hijos, escribió una carta a su amasia, no tomó en el desayuno más que media pieza de pan, precisamente una rosca, habló mucho con el padre ése, el que está hincado ante el altar con la frente pegada a los manteles, el del solideo".

Este hecho le sirve a "Micros" de pretexto para desarrollar a través de los pensamientos de un sargento, la teoría criminalista de Lombroso: "cómo la miseria, la ignorancia, las humillaciones, el hambre, como olas impuras, impelen del lecho del incesto y la mancebía, a un rebaño que vive en el fango, al hombre hecho animal por la pobreza con todos los instintos del bruto, degenerado, inconsciente". Y más tarde agrega: "Ese foco de corrupción donde el ebrio, el hambriento, el sifilítico, el ignorante, la perdida, el consanguíneo, todos depositan su virus para formar el instinto depravado de esos infelices hereditarios, para los que, no lo saben, pero es un gran consuelo la muerte".

¿Es responsable el delincuente? Para Angel de Campo, no, para los penalistas de su época tampoco. Pero para los legisladores y los jueces de todas las épocas y países, todo delito exige una sanción. Nosotros no vamos a examinar este tema.

Hemos dicho al principio que no todos comparten la misma emoción, los hay, que sin duda a fuer de hábito llegan a presenciar estos hechos con rara serenidad. El sacerdote que con cara serena sólo "toma un aire trágico

cuando se acerca el reo". El miembro de la Sociedad Católica "que no descansa un punto, da órdenes, todo lo prepara" y que llegando el momento "dobla cuidadosamente una servilleta que va a servir de venda".

En el aposento "no reina ese fúnebre silencio de las novelas", sino por lo contrario, hay inquietud. Tampoco parece muy conmovido por el lugar ni la situación el oficial que relata a los presentes anécdotas de un antiguo presidente.

El que aparece más nervioso y que quizá sea el autorretrato del autor, es el repórter que tal vez haya ido en cumplimiento de su deber. "Le tiembla el pulso, le castañetean los dientes; en un sobre roto (y también sucio) "va tomando los datos que dió el empleado. Asimismo expresa un sentimiento de profunda piedad la vendedora de legumbres que "rezó un sudario entre dientes".

"Dura lex!... ¡sed lex!

UNA CORISTA

Es una historia tan trágica como verdadera, la eterna vida de la viuda pobre, con niños menores. Doña Refugio es una viuda joven pero marchita por la miseria en que vive. Tiene varios chicuelos revoltosos que desconocen los apuros de la madre. Esta ha de ganar el raquíptico sustento de toda la familia, cosiendo de día y de noche. Llegó un momento en que el reuma le atacó a las manos y hubo de dejar su trabajo manual.

Se notaba en esta dama, dice el autor, que era oriunda de una familia distinguida, así lo revelaban sus modales. En el gran hormiguero de la casa de vecindad, sólo se trataba con una señora discreta y beata, llamada doña María y un caballero formal y dado a la música.

Cuando por razones del reuma hubo de dejar los trabajos de aguja, la miseria se acentuó en su casa. Los niños que por toda cena tomaban una taza de té con un panecillo de a centavo, quedaron muchas noches con esa cena frugal.

No sabemos si fué por consejo de don Manuelito, pero lo cierto es, que la señora viuda de Montalván, después de haber recurrido a las viejas amistades implorándoles dádivas, acabó por contratarse como corista en la ópera. Ya el autor había notado ensayos hechos a "sotto voce" durante la noche y que le habían traído un maniquí de carrizo con vestidos carnavalescos.

Cierta noche en la ópera, al enfocar sus gemelos quedóse atónito nuestro autor al ver a una ridícula corista vestida de egipcia. No era otra sino la honorable señora doña Refugio, viuda de Montalván. Un crítico severo para el arte y despreciado para la caridad, publicó en su revista una acerba crítica contra la presencia de tan vetusta dama en la escena, dando por resultado su expulsión del teatro. Aquella noche, concluye el relato, no fueron llamados los niños a la hora de la cena, ni se oyó el ensayo acompañado por la vihuela de don Manuelito.

Lenguaje

Carece este cuento de imágenes bellas con la abundancia que suelen darse en otros. Señalemos sin embargo algunas: "el velón de llama inquieta y mustia", y esta: "un clavo de cigarro, a lo lejos agujeraba las sombras". Es la misma imagen que encontramos en "Dos Besos".

Mexicanismos

Escuintle por niño y perro callejero (etimología significa natural de Escuintla, Guatemala).

San Miguelito, un juego de niños.

cuarta... por látigo.

escalera de palo por de madera.

mesa de palo... por de madera.

afocar... por enfocar.

"la voy a coger en mi próxima revista", el verbo coger en este sentido sólo se utiliza en tauromaquia.

En la edición por nosotros manejada, Morelia 1905 hay tres faltas ortográficas que atribuimos al tipógrafo:

havían... por habían.

tezón... " tesón.

vacante.. " bacante.

Realismo

El valor de este cuento estriba en su dramático desenlace, a la vez que en la exacta descripción de numerosos retratos de los personajes. Recojamos los más destacados: "doña María", vieja del segundo patio, rezandera y retráda, don Manuelito "señor de fieltro y plaid a cuadros que tocaba bien la vihuela". El coro del teatro todo él está descrito con dos brochazos para cada persona:

"Salieron de entre las bambalinas en tropel. Una moza de contornos americanos, recargada de pulseras de bronce y adornos de oropel encabezaba las filas; me movió a compasión una tísica de ojos azules y piernas de cigarro varco; otra cuyos brazos no guardaban proporción con las pantorrillas regordetas; aquella otra que parecía una bacante con sus manchones de pintura de suelo en los carrillos, la de más allá que conocía como devota y se empeñaba en fingir una sonrisa mundana y seductora, que más parecía desesperada; los varones con trajes egipcios en la mente del dueño del teatro solamente, un jayán que parecía aparecido junto a un tuerto que no presentaba al público más que el perfil, un chiquitín, un italiano de caricatura que se empeñaba en estar siempre en primer término y abría la boca más que todos, y al aplaudir daba las gracias pretensiosamente; el de al otro lado quería llamar la atención, accionando a la alta escuela, en tanto que un flaco descolorido que no abría la boca y se conformaba con extender la mano automáticamente, parecía haberse dormido de pie; pero doña Refugio, la viuda vieja, pintarrajeada, dejaba ver por el escote el esternón vigorosamente acentuado, los tendones, las venas hinchadas, la epidermis pergamínosa em-

badurnada de no se qué menjurge; réame de los flacos brazos como los de una Parca, y las piernas, ¡qué falta de vergüenza! eran dos canillas de esqueleto en medias de color de carne, ¡y luego aquel peinado!

La descripción de doña Refugio, es una pareja digna del caballero de la Triste Figura, don Quijote. Y en el nombre mismo de doña Refugio podemos ver un símbolo de amor maternal.

Aparece en este cuento de nuevo el tenor italiano y una vez más "Micros" se manifiesta desdeñoso con la fatuosidad del divo, a quien acaba de llamarle "el meloso hijo del Tíber", tan antipático para doña Refugio que revela haya sido él quien le denunciara al cronista desdeñoso.

Costumbres

Las de la casa de vecindad, ya nos han sido dadas a conocer en distintos cuentos, indiquemos sin embargo las molestias que un escritor tenía que sufrir con el "retozar de los chicos, el voltear de la bomba, los martillazos del carpintero de abajo, que trabaja con luz artificial, o una disputa, la eterna disputa entre las Garay y las Silva que estaban de pique, y de portón a portón todas las noches y por un quitame allá esas pajas, se ponían como nuevas".

Los niños son traviosos, molestan mucho, pero Ángel de Campo tiene siempre para ellos un sentimiento de ternura. La disputa del exiguo condumio es un cuadro triste en demasía. La mamá es buena pero ha de imponer su autoridad repartiendo coscorrones. Revela una situación desoladora para la mujer honesta en la sociedad de aquel entonces. Pues agotados los objetos que se pueden empeñar, "¿de dónde sacar para estas cuatro bocas: las de sus hijos? aflictivo problema difícil de resolver para una viuda sin atractivos en este país en que la conquista del pan para la mujer es casi la conquista del imposible". El autor pues no nos dice cómo la situación se alivia cuando se trata de una viuda con atractivos.

Se ha dicho con frecuencia que la miseria más triste es la de aquellos que se avergüenzan de la pobreza y no pue-

den mendigar la caridad. Nos imaginamos el padecimiento moral de doña Refugio, cuando ya presa del reumatismo tenía que "salir a ciertas horas contra su costumbre para hacer visitas a gentes pudientes y pedirles limosnas, lo diré de una vez".

Las costumbres de la vida teatral nos eran ya conocidas por "Un Olvidado" pero ahora se explana más el autor en sus descripciones. La tertulia de los cómicos durante los ensayos constituye un cuadro de gran realismo. "El tenor, de paletó, ofreciendo caramelos a la soprano absoluta con sombrero de grandes flores rojas, la contralto parecía encantada con un perrillo chihuahueño que lloriqueaba entre los dobles de un abrigo, rodeado por las coristas que no cesaban de cosquillearle el diminuto y aguzado hocico. Las coristas reían conversando acaloradamente, los varones alternaban con ellas y los maquinistas a la carrera, dando empujones, pidiendo paso a gritos, corrían bambalinas, desenrollaban fondos, preparando la decoración para la noche".

La llegada de doña Refugio, cuando ya todo el mundo ha leído el artículo del crítico teatral en que se la condena es de una muy viva emoción, por el dolor que a ella ha de producir la noticia y la indiferencia con que sus compañeros y compañeras parecen contemplar el hecho. Gente egoísta, es la del teatro, y también envidiosa. ¿Pero acaso no son así todos los seres humanos?

"YES"

Este cuento podría denominarse con más exactitud: "El sí de las niñas" título de una comedia española. No se nos alcanza la razón del porqué se titula "yes", y no oui, ya, o más sencillamente en buen español sí, pues ni el enamorado ni la enamorada son de lengua inglesa. Pero en verdad lo

que menos importa en este interesante cuento es el "yes" con que la joven señorita contesta a la carta del poeta.

Lo que da valor al cuento es la descripción que su autor hace de la espléndida y popular plaza del Zócalo de la ciudad de México. Pero no nos describe los soberbios edificios que la forman sino la vida que anima este gran panorama urbano. El poeta enamorado atraviesa el dilatado espacio de la rectangular plaza con la obsesión de ir a recoger la respuesta a una carta de amor.

Contempla la hora en un reloj que debía existir en Palacio y aturdido, sigue su marcha. Aprovecha el autor este paso fugaz del lírico enamorado para decirnos lo que más sorprendía en el Zócalo de antes. Veámoslo: el ir y venir de los coches, la llegada de trenes, pero uno y otro tirado por mulas. Como en cuentos precedentes, a nuestro autor le impresionan mucho los sonidos y ruidos. —Recordemos las notas de un piano en "Oyendo Romanzas", y los silbidos de las locomotoras en el "Fusilado"—. Para él la acústica forma parte del paisaje. ¿Cuáles eran estos ruidos en nuestra vieja plaza ciudadana: "las bocinas, los cascabeles de las mulas, los campanillazos del conductor anunciando la partida y el chirrido de las ruedas en las curvas". No podemos decir que hoy hayan aminorado, pero sí que son distintos.

Como ayer vemos todavía los puestos de vendedores, los focos "iluminando crudamente el pobre follaje de los arbolillos", pero sabido es que los árboles de que habla "Micros" fueron posteriormente sacrificados por su mayoría.

No se ven hoy los artesanos con paraguas, tanto porque el artesanado tiende a desaparecer como que el impermeable destierra al paraguas. Las estrechas callecitas de aquel entonces se han transformado en las amplias avenidas de hoy. Siguen los viejos y hasta los jóvenes sus disputas político-religiosas en las mismas bancas de hierro. Aguadoras nos ofrecen todavía las "turbias aguas frescas" y el mendigo sin piernas no ha desaparecido.

La calle llamada de Plateros en aquel entonces, —hoy Francisco I. Madero— sigue desbordando gente que circula contemplando los esplendentes escaparates. La dama encapotada ha trocado su capota por el sombrero parisino o new-

yorqués. Vemos aún los lechuginos, aunque les llamamos de distinta manera.

Con mayor abundancia se ven correr en nuestras vías los chicos que venden periódicos. La gente pobre forma bola ante una joyería, mientras que los ricos en el interior compran las alhajas. Un personaje importante, el viejo verde, que, "abriéndose paso con andar rápido", seguía a una costurera. Era un "viejo de capa con vueltas púrpura, secretario de una sociedad Católica". El eterno Susana y los viejos. Los funcionarios de Palacio y del Ayuntamiento continúan llevando rollos de papel, bebiendo en las cantinas y hablando recio. Ya no se ven grupos de señoras que van al teatro, pues hoy suele irse en automóvil; y sobre todo no llevan flores en la cabeza ni abrigos de color. Las modas femeninas son muy inconstantes.

En los meses de verano, la acción debía ser en verano, sentimos aun hoy el soplo del vienteillo aunque no habitualmente mal oliente. Entonces, por lo visto, los enamorados se besaban pegaditos a la pared. En esto hemos adelantado, hoy se besa pegadito a la pared y en medio de la plaza. Tal era la plaza de entonces en contraste con la de hoy.

Lenguaje

A los papeleros "les sirven de alas los periódicos" imagen que les asemeja a unos gorriones. "La gente pobre formaba bola" expresión acertada para expresar una aglomeración de público. A la manceba que hace mercado de su amor la llama: "mosca desvelada de tapalito". Y termina el cuento con una metáfora de alta belleza, pues la carta que traía el sí era: "leída con el alma por la primera vez". ¿Quizá sería el primer amor del poeta?

Vocablos: llama carátula, mexicanismo, esfera de reloj.

banca por banco.

salir de madre por desbordar, se usa sólo hablando de ríos. Señalemos el uso de chiflar por silbar y de voltear por doblar.

Costumbres

Aunque hemos señalado ya algunas costumbres, indi-

quemos todavía la manera en que expresa el autor la intensidad de vida en los soportales del Zócalo. A notar también: "Dándole una peseta con aire vergonzante, como se da el dinero a los médicos" dice el enamorado joven cuando da la propina a la criada alcahueta.

Relación con A. Daudet

¿Qué cuentista no habrá tratado de cartas de amor? A Daudet consagra a este tema el que lleva por título: "Quemando cartas de amor". Pero en ambos autores no hay en verdad gran relación en este caso, el asunto es distinto y también la manera de tratarlo.

EL RELOJ DE CASA

Este es el cuento del reloj. Sabido es que existen cuentos como el del pájaro enjaulado, el del reloj y el del violín o del acordeón; estos son los tres temas muy queridos por los cuentistas de la época de Angel de Campo. Con acierto trató de Campo al canario cautivo, también lo hace al hablar-nos del viejo reloj familiar.

En el viejo gabinete de trabajo de su padre hay un gran reloj que constituye como el alma de la habitación. Era un reloj de caja con redondo péndulo y dos pesas de cobre. Con su "tic-tac" monótono y el sonar de sus horas, no sólo reglamentaba la vida de la casa, sino que alegraba o entristecía los distintos momentos del día y de la noche.

Cuando los niños eran recogidos para dormir, el "tic-tac" del reloj les arrullaba, anunciándoles además el feliz momento en que la mamá había de venir a cubrirles y darles el beso de despedida. Entonces las campanillas del reloj decían "hogar, dulce hogar" (home sweet home).

Pasaron los años, nuestro autor regresó a su casa infantil. Han desaparecido sus padres, pero lo demás todo está lo mismo. Lo mismo no, pues el reloj que estaba vivo también ahora está muerto. Penosa reflexión hace Angel de Campo ante este viejo mueble de su hogar paterno. No pudiendo conciliar el sueño, se decide al fin a ponerle en movimiento, pero aquel "tic-tac" antes de amor familiar ahora le repite "no está, no está".

Realismo.

Tenemos en esta breve historia la descripción del aposento en que se encuentra el reloj, es un despacho-biblioteca vetusto. Encontramos estas imágenes: "el polvo parduzco, que es el sudario de los papeles viejos", la vela que "se había puesto amarilla con el tiempo", el tintero que adquiriría "los tonos verdosos del cardenillo". Dijérase que nos describe algo que fué y que ya no existe. Sentado a aquella mesa evoca el autor a su padre con un libro en la mano iluminado por un "chorro de luz".

Describe asimismo un retrato histórico de un señor con facciones feudales. Caballero grave de quien una leyenda latina nos informa de sus proezas.

Una escena tierna que hace recordar los cuadros de Madame Lebrun, nos presenta el autor en el beso de las buenas noches que la mamá da a los niños.

Pero el personaje primero del cuento aquel que es descrito con más minuciosidad es el reloj, el "viejo reloj que tenía en su eterno tic-tac, medroso, monótono, algo del latir de un corazón". "Era altísimo, parecía un nicho de barnizada madera". Sus manecillas señalaban "los minutos de un centímetro, las pesas de cobre, el péndulo oscilando con tranquilo vaivén". Era el reloj "el abuelo de los muebles", un "maníaco anciano" que con sólo dos palabras, tic-tac, conmueve a toda la casa.

Lenguaje

En primer lugar señalemos el derroche de cromismo en todas las descripciones: el velador verde, los rótulos do-

rados, el reflejo pálido, el barniz opaco, la vela amarilla, el tintero verdoso, el paño rojo y negro, el forro azul, la luz amarillenta, el marco desdorado, las carnes rojizas, los botones dorados, la madera barnizada, la red gris, el cristal verdoso, la luna amarillenta, las novicias vestidas de blanco, la luz pálida, las cosas brillantes, la sombra, y hasta los sueños blancos.

Esta visión pictórica de las cosas de nuestro autor son rasgos característicos de su sensibilidad.

Entre las imágenes poéticas de su lenguaje encontramos: "las telarañas, esas canas de las cosas", "morían los ruidos", el reloj es "el corazón de la casa" y también un "paralítico al que se forzara a mover los miembros inertes".

Caracteres

Tres caracteres o personalidades encontramos en este cuento que citados por orden inverso son: el caballero del retrato, la mamá cariñosa y el reloj. Ocupémonos sólo del reloj, al que Angel de Campo infunde un alma humana. Podría decirse que es el reloj un desdoblamiento de la personalidad del padre del autor. Así como viejos señores parece que dilatan su existencia en un fiel perro, en este caso es la máquina de "Cronos" la que hereda el espíritu del anciano padre. Ya nos dice el autor que aquella caja mecánica tiene algo del latir de un corazón, que es el "abuelo de los muebles", que con sólo dos palabras infundía tristeza o alegría en el hogar. Se llega más a la identificación de este trasto viejo y la personalidad del padre, pues el autor nos dice que cuando pasados algunos años regresa a sus lares "todos, todos habían muerto, hasta el reloj, condenado eternamente a señalar las dos y cinco minutos, que por terrible coincidencia había sido la hora fatal para nosotros, para los huérfanos". Es el reloj el tótem de su anciano padre.

Y cuando el autor agitado por el insomnio quiere mover de nuevo aquella máquina, se siente como si en realidad profanase la mansión de los muertos. "Jamás olvidaré el áspero crujido de la maquinaria cuando la moví, el sobresalto que me causó el rumor de la cuerda y la impresión indes-

criptible del tic tac, la misma que hubiera hecho el oír lamentarse a un muerto, y aquel muerto reloj parecía lamentarse". Y aquel "cadáver" que forjada mano hacía marchar, lo hacía con las "ansias de la agonía, como si fuese un parálítico al que se forzara a mover los miembros inertes".

Llega por último a recobrar su movimiento mecánico, pero más que ser vivo parece que se trata de un fantasma resucitado de ultratumba para en tono lastimero repetir al hijo que acaba de regresar a la casa de su padre "no está, no está".

Paralelismo entre "El Reloj de Casa" de Angel de Campo y la "Pendule de Bougival" de Alphonse Daudet

El cuento de Angel de Campo que evoca el viejo reloj paterno, nos diseña la apacible felicidad familiar, y el hogar querido en el que este reloj viene a ser una a manera de alma y símbolo vivo.

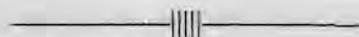
El cuento de Alphonse Daudet, "El Reloj de Sobremesa" dentro del marco que le es habitual en sus "Cuentos del Lunes", relata nuevo incidente de la fatídica guerra franco-alemana de 1870 que le sirve como panorama en todos estos lindos relatos. Al hacerlo llega a través de la narración de un incidente insignificante en sí mismo, al ponernos en relieve la diferencia enorme de caracteres y tradiciones que median entre estos dos pueblos, que entonces, como hoy, y como otras muchas veces en la historia, se afrontaron en duras guerras.

Pero en el fondo, ¿qué es eso del Reloj de Sobremesa de Bougival, y qué es lo que Alphonse Daudet nos refiere en su cuento? Trátase de un maravilloso relojito de sobremesa, coquetón y caprichoso, seductora creación del gusto francés. De un trabajo fino y elegante, una verdadera joya, aunque, a decir verdad, no tiene la pretensión de ser muy exacto para marcar las horas. Al contrario, se caracteriza por la más loca de las fantasías y la irregularidad más absoluta; no cumplirá su misión de reloj, pero tiene tal encanto, es tan atrayente, que todo se le puede perdonar.

De modo que esta "chulería" de reloj-joya corrió la tradicional suerte de todos los relojes franceses en tiempos de guerra. Es decir el Teutón de entonces, como su nieto de 1914 y su bisnieto de 1940, (esperemos que por vez última) al invadir Francia consideró como un derecho indiscutible la adquisición del botín, llevándose cuantos recuerdos les eran posible. Nada más portátil y cómodo de llevar que un relojito de sobremesa. Con lo que nuestro caprichoso reloj de Bougival hizo su viaje a Alemania y se encontró un buen día en casa de la muy respetable familia del ilustre Herr Doctor Professor Otto von Schwanthaler.

Pero sucedió un hecho extraño; el adorable relojito francés contagió a la austera familia bávara mucho de su frivolidad, tardando muy poco tiempo para que nadie de la familia del distinguido herr doktor no se ocupase más de aquello digno de ser tomado en serio en la vida. El aturdido relojillo que representaba tan bien el espíritu francés, comunicó su personalidad e incluso su atolondramiento al grave conquistador, como sucede frecuentemente después de cada conquista y ocupación, que el vencedor queda insensiblemente más sometido a la manera de ser del vencido, que no éste sumiso al prestigio de aquél, basado únicamente sobre la ley del más fuerte, lo que, contrariando la opinión del fabulista no es nunca lo mejor.

Retengamos el hecho común a ambos relojes, el de Angel de Campo y el de Alphonse Daudet, en la circunstancia de que los dos poseen vida propia, llegando a ser verdaderos personajes, pero personajes principales y casi tiránicos que imponen su carácter, y su temperamento a quienes se les acercan, y por último digamos, que si el relojito de Bougival es un alocado y vagabundo a pesar suyo, el inmutable reloj de Angel de Campo representa por el contrario la formalidad y la estabilidad del hogar feliz.



POR LOS LLANOS

Decididamente Angel de Campo se mete en los arrabales y desentraña todo lo que en ellos hay de espantoso realismo. No es éste un cuento novelado sino un cuadro espeluznante de la vida en los más bajos fondos de la capital. Aunque nuestro autor escribe habitualmente sin hacer uso de su creación imaginativa, creemos sin embargo, que en este relato ha cargado en exceso los tintes inhumanos. Nos es difícil aceptar que en un México, capital de principios de siglo, sucedieran los hechos que nos son relatados.

Una vez más brilla en su ausencia el humorismo en este episodio de las "Semanas Alegres". Se describen los llanos tristísimos que rodean la ciudad de México. Todo en ello son basura, el autor repite este vocablo con frecuencia: "aspecto de basura", "basura de una fauna", "basura humana", "carretón de la basura", "montículos de basura", "refugio de todas las basuras".

Este es el escenario en el que van a desarrollarse una serie de hechos repulsivos. Agréguese para mayor conocimiento del lugar, algunos detalles. Es sitio tan inhospitalario, que en él no viven más que la araña, la hormiga, las moscas y demás "bichos asquerosos".

Los seres humanos que por allí transitan, son los desechos de la ciudad. Vemos:

I.—El ciego de barbas caprinas, que marcha remolcado por una chiquilla que apenas contará nueve años. Esta pareja constituye la primera tragedia. Pues se nos dice que el viejo barbudo y ciego es el "marido de la chicuela". "Si señores, con su marido el ciego de profesión, el santero, el saludador, el brujo, el pordiosero, que la compró para lazarrillo un domingo, poco después de la Oración, allá por la Candelaria de los Patos, y dió por ella a su suegra en amasiato, dos reales en efectivo, una caja de cigarros y tres copas de refino con itamo".

II.—**El gandul mitad indio**, mitad azafranado, descendiente de amores fugaces de un conquistador con una india. Este individuo es al parecer el asesino de una infortunada cuyo cráneo fué partido en dos.

III.—**La arrastrosa vieja** de diente verde tira de la mano a un chiquillo de 11 años escasos. Este niño es su "hombre", el hombre que se robó en el mercado de la Merced hace un año.

IV.—**Una mujer** que cubre media faz con el rebozo. Está allí al acecho de algo que sucede en un ventorrillo próximo. Debe ver allí algo que afecta a su vida marital. El autor nos dice que tal vez sea la que cuatro días más tarde arranque a su rival toda la oreja de un mordisco.

V.—**El hombre de sombrero de palma**, el que da un silbido coincidente con la fuga de tres a caballo.

VI.—**Llega una pandilla de chiquillos**. El mayor ha cumplido quince años, ellas y ellos se conducen del modo más licencioso y perverso. Llegan en sus disputas a provocar en riña hasta el extremo de llegar a una pendencia de la que el uno sale herido a muerte con navaja.

Estos son los personajes que vivían en los llanos de México allá por el domingo 8 de julio de 1906.

Lenguaje.

Recojamos las imágenes que se destacan por su belleza o realismo:

"La vegetación grisácea, erecta, que de lejos vista, sugiere la imagen de un cepillo sucio y viejo".

"El polvo sutil que encamece las ancas de los asnos, en harina las lanas de los perros trahumantes".

"Los perros claudicantes".

"La manta pediculosa".

"El sombrero con troneras de alas caladas".

"Caseros fabricados con madera de muebles robados".

"El mendigo que se espulga en día de fiesta".

"Los famélicos perros, las gallinas desplumadas".

"El manto leproso del salitre".

"El gandul mitad indio mitad azafranado".

"La vieja arrastrosa de diente verde".

"El huizache enano digno de sustentar en sus ramas trágicas el cadáver de un bufón ahorcado".

"Las mejillas escaldadas por el llanto".

"El canto agudo de mujer".

"En el horizonte blanquea un vellón somero y se mueve un gusano de cabeza negra y cuerpo de colores, el ferrocarril".

"Los niños tratan con desprecio otomano a las mujeres".

"Saben bajarse de angelito".

Vocablos

jacal	choza
mamey	fruta
cacle	especie de sandalia tosca de cuero
cuchara	paleta de albañil
rebozo	chal
huizache	árbol mexicano
viña	muladar
hampona	abultado
maguey	ágave
canicas	bolitas
chabacano	árbol parecido al albaricoquero

Los animales en "Por los Llanos"

La zoología ocupa un lugar preeminente en la literatura de "Micros". Son frecuentes sus citas de animales, pero por lo común se refiere a animales domésticos o que viven en relación con el hombre. En este relato de "Los Llanos" nos encontramos con "el polvo sutil que encanece las ancas de los asnos", y "enharina las lanas de los perros trashumantes, entristece a los cerdos, envenena a las vacas, ahuyenta a los pajarillos". Pululan y procrean, la araña, la hormiga, las moscas. Vemos también una "manta pediculiosa" "gatos muertos", "famélicos perros", "gallinas desplumadas, un caballo amarillo", el "ir y venir de las hornigas", un "gusano de cabeza negra".

Costumbres

Hemos dicho anteriormente que consideramos exagerada la posición del autor al relatar las costumbres de aquel entonces. En primer lugar, la falta de higiene que sin duda es un hecho veraz, recobra en este relato aspecto de una execrable inmundicia.

Las relaciones bisexuales están tratadas con un desenfado, no ya amoral, sino de indignante corrupción. Sería necesario remontarse a siglos muy pretéritos para encontrar formas estables de uniones entre ancianos y niñas de nueve años o entre una vieja de "diente verde" y un muchacho de once años. Estas aberraciones no son negadas, lo que sí es inadmisibles es la forma normal de esta relación en el cuento "Por los llanos". La sociedad de muchachos y chicuelas que alardean de personas mayores en sus vicios refleja un fondo sincero pero llevado a una depravación difícil de comprobar. Se puede admitir que por afán de snobismo se alardeen y se aumenten defectos que en el fondo no existen. El gran pintor Diego Rivera, gloria mexicana y de toda América, nos quiso demostrar en su conferencia del 13 de agosto de 1943 que la antropofagia era un signo de superación en las sociedades. Con ello quería demostrar que los antiguos habitantes del Anáhuac eran de una jerarquía moral superior a los Incas, por ejemplo, que no eran antropófagos. Dejémoslos de comentarios a cosas geniales.

SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS

El tema escolar se repite en los cuentos de Campo, lo hemos encontrado ya en el "Chato Barrios" y en el "Cosas de Ayer" y muchos otros cuentos, lo que prueba lo mucho que nuestro autor se preocupa por las cuestiones peda-

gógicas, a la vez que la influencia que debía ejercer en su espíritu los años de su escolaridad. Es muy posible que estos cuentos de vida escolar no sean sino recuerdos barajados de su infancia, ya que encontramos en ellos cierta similitud y hasta nombres que se repiten, como Quiroz que se nos presenta ahora como autor y en el "Chato Barrios" como dómine.

Asunto

Como en los dos otros cuentos escolares, también en éste se trata de un reparto de premios, en esta ocasión es la "Amiga" o escuela de niñas de Doña Petrita Alemanizco. Nos cuenta la calidad de los alumnos, los que pagan y los gratuitos. La generosidad con que se dan premios a aquellos que pagan, la torpeza o ignorancia de los alumnos, y termina diciéndonos que los alumnos de hoy saben más que los alumnos de antes.

Lenguaje.—Nos encontramos con un nuevo género de cuentos como luego veremos, es el tipo humorista, esto hace que el léxico y la construcción literaria cambien bastante en lo que hasta ahora veníamos examinando como estilo de Angel de Campo. Las imágenes pierden fuerza descriptiva para ganar expresión punzante. Véamos algunas de éstas: "La capa era verde por las injurias del tiempo". La metáfora es acertada pero atrevida. Hay "gentes de libros tomar". La expresión tiene su antecedente en el lenguaje cotidiano, pues se dice tratando de personas agresivas que son "gentes de armas tomar". "Dar tres manos de azarcón al piso" Propiamente no es metáfora, sino una simple exageración. "Era un bebé casi de Milo porque le faltaba un brazo", esta expresión es de mal gusto. "Retrato calumnioso del Castísimo Patriarca". Bien se comprende que alude a San José, esposo de María y padre putativo de Jesús, pero no comprendemos en qué consiste la calumnia. Una buena expresión humorística, el piano es denominado "cetáceo musical"; antes le ha llamado "reptil vertical". La zoología le sirve al autor de metro para sus comparaciones.

"Alemán del repertorio" da a entender que es un alemán clásico tal como se imaginaba en México el tipo alemán. Observemos que el nombre de la profesora es "alemanizco" que puede significar procedente de Alemania.

"Mesita estorbo" o sea un mueble que no tiene utilidad práctica. "Fénix de sabiduría" quiere expresar cuán vastos son los conocimientos del inagotable Cangas.

Vocablos.

"De gorra" por... gratuito.

El autor hace una disgresión sobre el origen de éste término, considerando que procede del uso de la gorra por los alumnos que no pagan; el hecho es muy discutible.

"Bella mañana" ... galicismo por una hermosa mañana.

"Saco" por ... chaqueta

"Tepetate" ... por cierta piedra blanca

"Reprobar" por ... suspender en los exámenes

"Maitre d' Hotel" por Maestresala.

"Afanadura" por ... despensa

"Fungir" por ... desempeñar el papel de...

"Rabonera" ... bandeja, fuente

"Malvones" por ... geranios

"Maderería" por ... almoneda o prendería

"Ahuehuetes" por ... árbol semejante al ciprés

"Banca" ... banco

"Hotentotes" ... bárbaros

"Calabrote" ... calavera, hombre informal.

Humorismo.—En el humorismo es preciso distinguir lo que constituye humor duradero y lo que es chiste o gracia del momento. En el cuento que examinamos hay muchas expresiones que por aludirse a situaciones coetáneas, debieron ser en aquél entonces ingeniosas y hasta provocadoras de hilaridad, pero hoy cambiadas las situaciones, se nos escapa el sentido de la frase graciosa. Recojamos las habilidades del sastre Regalado que, como ya su nombre indica, es el típico sastre a quien no se le paga, y que por añadidura pone "los forros, botones, hebillas, ribete, engrudo, tintura

negra y demás necesarios". Es el conocido "sastre Carrillo, a quien no se le paga y además pone el hilo".

Los niños con sus rudimentarios conocimientos, confunden la gramática, la moral, la geometría, el catecismo, la geografía, todo esto es diversión inocente. Ya hemos dicho que la escuela pobre estaba formada de una sala y de una alcoba, y para mayor desahogo, como en las comedias chinas, la misma habitación se divide convencionalmente en partes distintas de una vivienda.

"Del mapa de Asia para allá, era salón de actos; del Corazón de Jesús para acá, estudio de Gramática y oratorio; del perro disecado (que quisieron tanto las Alemanizco y se pudría, mal empajado, en una columna) hacia la derecha, Dirección y del retrato de Tulitas, Maitre d'Hotel Alemanizco, refectorio y afanaduría, quedando en consecuencia para dormitorio, cancha, ruedo taurino, palestra, circo ecuestre, gimnasio y calabozo, la alcoba mencionada".

Por el trato que da al pianista, y el que dió en otros cuentos al tenor italiano, Angel de Campo se nos presenta afirmando su espíritu adverso a toda afectación. El mismo sentimiento no lo encontramos en el programa de la recepción: hay una obertura de "Macarroni", y una romanza "Turroni". Encontramos también un dúo Foscari que tiene la particularidad de ser un dúo de tres personas.

Y como no puede por menos, tenemos la composición poética francesa y por último, la frase conocida de "peinar muchos años", sobre la cual el autor hace un comentario bromista por aludir a persona de cincuenta y siete años, sin duda cuiva.



PASCUALES

Propiamente no es un cuento lo que vamos a examinar, sino más bien un cuadro de historia local de México, en el que se nos describen viejas costumbres, hoy ya desaparecidas, y que deben remontarse a época anterior a la Reforma.

Nos cuenta el autor como en aquel entonces se festejaban los días de la Semana Santa y Pascua de Resurrección. Todos los detalles que nos da tienen para nosotros el más vivo interés por descubrirnos un mundo que, no obstante estar tan cercano a nosotros, conserva rancio sabor medieval.

El concepto medieval, ajeno en la historia nacional mexicana, es la herencia de los siglos coloniales. Sabido es, que hasta muy recientemente se han conservado en España algunas de las costumbres relatadas en este episodio. Señalemos como hecho primordial el lavatorio de pies a los pobres que se hacía en Palacio Real de Madrid por los Reyes. Cuenta el autor cómo sus abuelos guardaban con estricta severidad los días de la Pasión del Señor.

"Se dejaban crecer la barba, le echaban al clavicordio doble llave y preparaban a la servidumbre para cumplir con la iglesia; previos, a manera de instrucción elemental, no pocas pláticas doctrinales y rosarios y aprendizaje lírico de lo más urgente del Ripalda".

En cuanto a las damas, su disciplina no era menor, sobre todo las que se encontraban en estado de semi-gracia, las cuales "hacían aguas de colores, doraban naranjas, echaban fuera del baúl de vaqueta el uniforme del tío General, para depositar en el hondo mueble unas muñecas húmedas de barro, sembradas con trigo".

¡Cuán minuciosos detalles sobre la vida de entonces! El autor explica y descifra el valor de cada uno de estos ritos.

La ceremonia a pesar de su carácter piadoso, sin duda veñían visitas a contemplar el altarcillo, tenía también su agasajo ofreciéndose chía y horchata. A partir del Domingo de Ramos, en que se ponía la palma bendita en el baúl, se acababan toda suerte de diversiones domésticas, hasta el coche quedaba encerrado con gran asombro de las acémilas.

Los altos quehaceres de una familia "bien" de aquel entonces consistían en pasar "una buena parte del día en las iglesias y en el costurero para dar una última mano a los severos trajes de luto propios para la Señá, las Siete Casas las Tinieblas, las Siete Palabras, el Pésame y demás ceremonias".

Y sin embargo todo no era luto, llanto y aflicción. Nos habla el autor de unos puestos de aguas con "samaritanas de dos trenzas" que tenían brazos desnudos demasiado voluptuosos para aquellos días de mística meditación.

Una de las ceremonias más importantes consistía en el lavado de pies, que hacía el Padre Alfonso y otros religiosos seguramente. A semejanza del relato bíblico, aquellos a quienes se les lavaban los piés recibían los nombres de apóstoles. Con gracejo refiere el autor las peripecias preparatorias de esta escena. Para ser apóstol se necesitaban, andar con pantuflas, lavarse los pedestales cada tercer día, sentado el paciente en una silla de costura".

Con el fin de que los pies llegasen hasta la Iglesia con la pulcritud debida a los apóstoles, se les ponían medias de seda y chanclos. Mas se les recomendaba muy discretamente que no se revelara al padre besapiés que las medias son de su hermana Luz y los choclos de su tía Pilar, para evitar sin duda pecaminosas asociaciones de ideas.

Como recompensa recibíase un "Judas" que debía ser un monigote lleno de dulces y chucherías. Cuando llegaba el Día de Gloria, los vecinos agrupados en balcones y azoteas aguardaban tan solemne momento, que debía manifestarse con gran algarada y "corriendo la pólvora", pues nuestro autor nos informa de que esperaban el momento dramático de la gloria, anunciado por un perro que huía como alma que se lleva el diablo.

También doña Corzuelo se cuidaba de poner a salvo sus "clarines" y termina el autor con una nota de sal gruesa diciéndonos que de aquellos no queda más que el recuerdo, y que a él personalmente le queda también "el efecto tremendo de un bacalao a la vizcaína con pimientos morrones. Nos hace una digresión ingeniosa sobre el bacalao y las sardinas y sus propiedades gastronómicas para terminar declarando sin rodeos que "lleva bebidos varios vasos de agua de naranja con crémor".

Lenguaje

Encontramos frases ingeniosas, pero no aquellas hermosas expresiones de los cuentos de naturaleza, por ejemplo:

"samaritanas de dos trenzas"

"lavarse los pedestales"

"el presunto apóstol parecía enfermo de reumas con el material rodante sobre un cojín".

"¡adiós camarones secos que no parecéis cosa de comer, sino curiosidades del museo, enjutos, demacrados, ojerosos, momias con camisetas de pergamino y relleno de polilla marítima! ¡Adiós!".

"El bacalao, como la sardina, es un acróbata que ha perdido la cabeza: en vida no hay otro más juguetón y callejero, digo nadador; es un pez del género chico "... es decir popular.

Vocablos

"Estado de semigracia" por encinta

buró ... mesita de noche

chfa ... bebida mexicana

charrito ... por joven charro

haiga ... por haya

licenciado ... uso irónico del título

pedestales

pedales ... humorismo, por pies

enchinarlo ... mexicanismo, por rizarlo

haces mal modo ... por te conduces mal

pieles ... por fieles (probablemente errata de imprenta)

clarines ... por pájaro cantante

lo mueren ... por lo matan

LOS NACIMIENTOS

Otro cuadro de costumbres del viejo México. Carece de trama novelesca y en él se relata una costumbre que el autor considera ya perdida, consistente en construir unos pequeños "nacimientos" o "Belenes" para recreo de los niños y también de los mayores. Como es sabido, estos nacimientos simbolizan el Portal de Belén, con motivo del nacimiento del Redentor. Tanto en Francia como en España, la costumbre persiste, y se construyen en casas particulares y en las iglesias. Sin embargo, en Francia como en muchos países de la Europa Central, los nacimientos son substituídos por el árbol de Navidad.

En el relato Angel de Campo nos describe la confección del Nacimiento de la tía Restauración. Minuciosamente nos da la relación de todas las figuras y diferentes adornos que animan y embellecen el Belén. Ironiza nuestro autor sobre todas estas imágenes inocentes, ora por lo desproporcionado en su escala, ora por lo anacreóntico. Así nos dice:

"En seguida, de entre el heno, al borde de lagos de espejo y procelosos ríos de hilos de plata, oropeles, papel de estaño y escarcha, se levantaba una ciudad maravillosa de cartón, madera y hoja de lata: palacios-pureras, chozas rústicas, una estación de ferrocarril, una cabaña de colores vivos con un arbolito muy verde y su nieve muy blanca; cerca de ahí, corderos más grandes que las vacas de palo, un elefante de la misma alzada que una familia de ratones de pasta, enormes patos nadando en un plato de agua; en honda bandeja, un barco de vela y peces de colores de los que se atraen con imán. Por el mismo camino, el que al parecer llevaban los Tres Reyes, de bulto, una locomotora echando humo de algodón con un letrerito: Made in Germany".

¿Pero que es esto para las miradas absortas de los crédulos y de los niños? La fe y el entusiasmo hacen ver en todas estas representaciones una versión fidedigna de la Historia Sagrada.

Lenguaje.—Ni una sola imagen poética en toda esta narración; de Campo no busca hacer frases bellas, sino dibujar con máxima exactitud un nacimiento. Encontramos sin embargo las metáforas ya conocidas "parece un dulce", y una alusión a las "Mil y una Noches" al citar la Linterna de Aladino como sola explicación de lo maravilloso que era el Belén de la tía Restauración.

Vocabulario

Extraordinariamente rico es el vocabulario de esta obra, y no sólo por la abundancia de términos mexicanos que tienen la virtud de no haber envejecido, ya que en la vida cotidiana, tanto en el lenguaje hablado como en el escrito, se usan en nuestros días, sino que además utiliza el autor en este pequeño relato un léxico puramente español y de valor literario. Así por ejemplo:

"Pretina, atrabancar, proceloso".

Como vocablos mexicanos hemos encontrado: "tejamanil", por lámina para cubrir la techumbre.

"charola" por ... bandeja

"gata" ... por joven doméstica

"canelone" por ... serpentina

tepalcate ... por el tiesto o trasto de barro

tejocote ... fruta parecida a la acerola

ocote ... por especie de pino

capelo ... por fanal

maistrito ... por maestrito

burro ... escalera de mano

purera ... caja de puros

hule ... goma

nana ... niñera

azogado ... baño de estaño

Costumbres

Independientemente de la que sirve de base al cuenio, o sea la confección de nacimientos, encontramos otras costumbres, algunas que se conservan hasta nuestros días, y otras que no sabemos si han desaparecido.

Pedir y dar posada es una costumbre, de alta cordialidad, que persiste en todos los medios sociales de la vida mexicana. Por lo visto tiene su origen en ir a visitar las casas donde se hacían nacimientos. La vanidad de la gente grande "no se entretiene con la Letanía que ya no encuentra chiste en la ruptura de la piñata". Es lo mismo entonces que hoy, personas ricas para quienes todo lo popular, tan querido por nuestro autor, es infecto e inmundado, "basura de la plebe, y ellos de gustos refinados que se regalan con extradry".

El carácter de tía Restauración con su amor a la infantil tradición, es verdaderamente encantador. Esta señora conserva de un año para otro todos los cachivaches que le sirven para embellecer su nacimiento. No se nos dice si tiene familia o vive sola, pero nosotros nos inclinamos a pensar que sea una solterona.

El tapicero Roldán, artista y arquitecto de aquella construcción, es personaje ingenuo con espíritu de sacristán. Tiene la convicción de estar haciendo una obra que bien puede competir con la Capilla Sixtina de Miguel Ángel.

"¡Hombres, no entren! Atranca la puerta; si no, no tiene chiste. La gracia es el golpe de vista".

El dictamen de los vecinos es punto crítico muy estimado por la señora. ¿Qué decir del muchacho que lleva sobre un cojín al Niño Jesús? Ese Niño que durante el año se guarda cuidadosamente bajo un fanal de cristal. "¡Dios mío, qué horror si hubiera caído!"

Destaquemos que las imágenes de los santitos proceden de Guatemala, lo que hace exclamar a una vecina "cada día se acercan más las buenas esculturas de Guatemala".

Como nos dice el autor, en aquel entonces, los niños de las escuelas estudiaban la Historia Sagrada, y al visitar los Nacimientos veían de bulto lo que ya conocían por las estampas del Catecismo.

DE LA NOVELA NACIONAL

En cinco páginas hace el autor una crítica ingeniosa de las costumbres de México en que vivió. No es un cuento, tampoco es un artículo costumbrista ni una descripción de caracteres. Propiamente, Angel de Campo nos hace con hábil maestría un estudio de la técnica novelesca.

El motivo que sirve de inspiración es el comentario de un turista norteamericano que se queja de que los escritores de México "no producen novelas dignas de ese nombre, sino tal o cual libro, reflejo de literaturas extranjeras".

Cuando se esperaba una crítica sobre las novelas mexicanas, nos sorprende el autor con una exuberante y graciosa crítica de lo que impropriamente se ha denominado la imaginación de los pueblos meridionales. A juzgar por lo que se nos dice, México pudiera llamarse propiamente un "Tarascón" pues, como vamos a ver, la psicología descrita por Angel de Campo, se asemeja en alto grado a la del héroe de Daudet.

No es cierto que en México no haya novelas, "cada uno de nosotros lleva su novelita en la cabeza; pero la inspiración se nos va por el pico y no hay que buscar las obras de nuestro ingenio en los folletines, en las librerías o en las bibliotecas, sino en las cantinas, cafés, pasillos, redacciones, oficinas, visitas de confianza y sobremesas".

Aquí el término novela cambia de significado. Deja de ser una obra literaria para transformarse en fantasías más o menos realistas de los individuos.

"Respiramos la novela" el ambiente, las costumbres, las supersticiones del pueblo mexicano, todo es pura novela, juegan a la "lotería de cartones" y a la del "sesenta mil", hoy dijérase del millón. Se cree en la clave de los sueños y en las respuestas de los oráculos. La ciudad está infectada, cual si fueran edificios estratégicos, de pulquerías, can-

tinaz, cascas de empeño, etc., que son otros tantos centros en los que se cultiva la famosa novelería.

Unas gentes que se nos presentan tan crédulas para la superstición nada tiene de particular que continúen siéndolo para las aventuras de invención que le cuenta un cualquiera. No sabemos si estos falsos narradores de aventuras, a la imagen de los vecinos de Tarascón, terminan por creerse ellos mismos las mentiras que tanto han repetido.

En las calles se ofrecen al transeunte relatos amorosos de la más baja alfarería, amor "cazuelero" la vida ejemplar de un bandolero honradísimo "afusilado", "quién llegó a la muerte sin vendarse, con un puro de perilla en la boca, y su traje de lujo...".

Pero no es sólo en la literatura callejera donde se da el espíritu novelesco de este pueblo, sino que al parpadear la tarde, dos o más contertulios se reúnen en los bancos de los paseos para hablar de política empírica. Delicioso país es éste donde "los curanderos se enriquecen en dos semanas", donde para consultar a una adivinadora (hoy se llaman profesores de psicología experimental), se forma cola como para adquirir comestibles en tiempo de guerra.

La violencia de su convicción se encuentra en hechos como el no afirmar nunca sin "palabra de honor", un juramento solemne besando la cruz.

Pero se encuentran también caracteres andaluces y provenzales en su manera de faltar a la verdad: "mentimos con la mano en la cintura o en el pecho o en la sisa del chaleco, sin escrúpulo ni remordimiento".

Atribuirse heroicidades, no es sólo patrimonio de los portugueses, sino también de los mexicanos de "Micros".

Las ambiciones de grandeza se deben dar en alto grado, pues así como "en otras partes del mundo muere un sujeto de categoría sin que se pueda decir gran cosa de maravilloso en su parrafito necrológico", en México sucede todo lo contrario, y el autor aconseja que los periódicos pongan la advertencia "para defunciones y obituarios, búsquese nuestro folletín en la cuarta plana".

Es también virtud nacional el creerse émulos de Don Juan Tenorio. Pues todos aseguran haber tenido una suerte

loca con las damas. Poder relatar una aventura amorosa que podría haber salido premiada, la aventura, que se destaca siempre como un incendio entre un "amor puro" y una "fatal caída de la mujer casada". En fin que las aventuras amorosas se dan en México como en la Roma Renacentista, al menos imaginativamente. En cuanto a valor personal, no hay nadie que no sea descendiente directo sino del Cid Campeador, o por lo menos de Hernán Cortés.

Ahora bien, ese valor puesto a prueba se manifiesta en hechos de menor gloria, como "el asalto por tres tocineros en un ejido, el robo con horadación; silbido de bala junto a la oreja, en una bronca nocturna, en Veracruz; innumerables encuentros con enseñanza práctica del pugilato y de la estaca".

La serenidad ante el peligro es patrimonio común a todos, que se hable de incendios, terremotos, coches desbocados, siempre hay un contertulio que ha sido actor y protagonista y lo sabe describir "con colores de tarjeta postal". Incluso tratándose del tema de las enfermedades, la novela llega a tal punto que nunca falta quién presente un caso clínico "que desconcierta a los médicos", a tal punto, que ya en los tratados se habla del tifo, "forma Mendoza".

Envuelve en misterio los hechos acaecidos cuando de velatorios se habla. Hay quien cita el caso de un difunto que tosió en el ferétero, otro que le rechinaban los dientes, y así continúan contando cada cual un caso más espeluznante.

Como pueblo que lleva en su herencia parte árabe, cree también en los fatalismos, "la mala estrella", "la cadena de fatales contratiempos" y la confabulación de los poderosos para perseguir al malhadado".

Como puede ver el turista americano o el lector de Campo, no faltan en México asuntos para llenar volúmenes. Donde quiera que un espíritu observador fije su mente, puede comprobar esta verdad. "Al ajustar una criada, al cortarse el pelo, al contratar un sepelio, al repeler un jaque, es fuerza escuchar algo de las vidas ajenas, vidas no paralelas a la vulgaridad, sino excéntricas, fabulosas, rebosando interés".

Claro está nos dice Angel de Campo, que muchas veces oye uno contar sucesos, que aquel mismo día o la víspera,

los habíamos leído en cualquier publicación. Aprovecha el autor esta circunstancia para dar algunos alfileretazos a autores de su época, a los que disculpa no piadosamente, sino con ironía.

La crítica de la sociedad de su época está hecha con agudeza y aunque la exageración aletea en ella, no por eso deja de tener un profundo sentido de observación. Nada tenemos que señalar por lo que se trata del lenguaje o del vocabulario.

LA COBIJA

Este cuento que lleva por tema un verso que ensalza a la cobija, pudiera llevar también el famoso proverbio castellano "una buena capa todo lo tapa", pues más que cuento o narración de un hecho activo, es un elogio a los diferentes abrigos y de modo peculiar a la manta o cobija mexicana.

"Cobija es para unos la manta dobladillada, para otros el pedazo de alfombra o de costal, para éste la frazada color iacre, para aquél el poncho pachón, para muchos niños vagabundos el último periódico que no les han comprado".

Hace una clasificación de los distintos indumentos que en su época se usaban para preservarse del frío: la capa española, la dragona, el paletó y la cobija. Desdeña el plaid y la bufanda por estimar que se hallan en los lindes de la extinción.

A la capa española, "venerable prenda de sacerdotes y cristianos viejos" le da el autor una alta jerarquía sin duda procedente de la tradición peninsular. Es sabido que hasta muy recientemente, en los pueblos españoles, la capa era prenda de autoridad, se revestía para ceremonias solemnes,

como por ejemplo las procesiones, entierros, manifestaciones cívicas, etc.

En México usaban la capa también las personas graves "cargadas de familia", las que salen a medianoche en busca del médico, las que "velan los mortales despojos del pariente y amigo". Nos revela que el uso de la capa estaba reservado para gentes pudientes, pues "es raro encontrar en los empeños una capa española".

"La dragona, prenda mitad civil, mitad militar, distintivo de músicos, gente de trote y gente de trueno, abriga y deja las manos libres". Como bien se ve su cuerpo procede de los cuerpos militares montados llamados dragones. No la usaba gente distinguida, sino los barrenderos y aurigas. Se usaba con la pistola y el sombrero ancho, y según Ángel de Campo, aunque salva del tifo, predispone a la enterocolitis infecciosa.

El paletocito, más que prenda de abrigo, es una ficción, "sirve para aparentar que no se tiene frío; pero si un buen sastre". El autor le llama "especie de funda para arpa de pedales". No es típico mexicano y no ha llegado a adoptarse en el país.

Y por fin, se nos habla de la cobija o frazada que es la típicamente mexicana "hasta los flecos". La cobija se utiliza en México para todo. Sirve de techo, de paredes, de portieres, de lecho, de petate, etc. . .

Prenda tan adaptable es imprescindible para el pobre. Su uso exige cierta maestría que sólo usan los que en ella han nacido. A unos les sirve de capa para jugar al toro, a otros de escudo para salvar la vida, y a muchos de sudario para dormir en paz.

Es consuelo de los humildes. Si uno se siente enfermo, se recoge a un rincón (como dicen que hacen los elefantes para morir), y, después puede uno "sentarse en el suelo en la actitud hieroglífica de los monarcas aztecas, replegarse en su cobija, hundir la cara en el embozo, bajarse el sombrero e invocar a los santos de su devoción".

Cualquiera que ha tenido ocasión de viajar por las aldeas y campos de México ha de reconocer la exactitud de

esta escena de recogimiento del indio dentro de su cobija, encogido como un caracol en su cáscara.

Así como en nuestros días cuando hay un accidente se disputan en presentarse la Cruz Verde y la Cruz Roja, en tiempos de "Micros", "si un hombre cae en la calle presa de un accidente, lo resguardan con ella; si un albañil se desbarranca de lo alto de un andamio y se aplasta y se muere, aunque sea cadáver, antes que el confesor pidan ¡su cobija para taparle la cara!"

Si la capa española por pertenecer a personas de posición desahogada no era nunca empeñada, la cobija tampoco lo es, pero por motivo diferente. Su dueño se siente tan identificado con su frazada, que no se desprende de ella, como nadie se desprende voluntariamente de un miembro de un organismo. Si el uso y el tiempo, las lluvias e inclemencias, la ponen descolorida y rotita, se divide en mitades: una para envolver al infante, otra para extenderse en la mesa de planchar.

Es decir, que aun sus despojos más modestos tienen una utilidad en el jacal del pobre. "Y el pelado la ama como si fuera carne de su carne; al embozo le cuenta sus rencores. y sobre el embozo lanza la mirada camina encendida en odio contra el transeúnte a quien "se la tiene sentenciada".

Es decir que no es la cobija una parte cualquiera en la vida del pelado, es una jerarquía elevada que llega a confundirse con su propia conciencia, es su confidente.

Esboza la biografía de la cobija en un párrafo de no fácil interpretación: "Los cabritos de la obra recogen de encima del hacinamiento de cubetas, esa prenda íntima, y antes de la raya es arma que azota en el juego, en el retozo; el trapo miserable tiene entonces la alegría de una inculta y tosca niñez; pronto servirá en una noche de frío o de lluvia para cobijar a dos: al dueño y al amigo del dueño, al valedor por quien se podría dar la vida, al valedor que será enemigo irreconciliable por "cosas" de esas que se dicen por detrás cuando se toma con gentes de dos caras".

Un mes más tarde, nos dice el autor, y esta vez con frase paladina y de muy sencilla comprensión "en el rincón.

tenebroso, cubrirá un dúo, hará un bulto de dos enamorados que se pegan a la pared y hablan al oído".

Desempeña la cobija una alta función social, pues sirve a menudo de tálamo para los enamorados y a veces de tienda nupcial. Recuerda de Campo el gesto histórico en las sociedades primitivas de someterse al guerrero toda mujer que entrase en su tienda. Este acto en el pasado, presente, futuro, tendrá siempre la misma significación, que sea la tienda del guerrero o el cuchitril de un estudiante. Pero tratándose de manta, señalemos el rito nupcial hebreo del que se conservan reminiscencias en el rito católico. Y en el matrimonio árabe hasta se le tapa la cabeza a la esposa durante veinticuatro horas.

En lo que se revela el alto grado de mexicanismo así como la triste ironía del autor, es al decirnos: "¿Qué es un hombre sin alcohol y sin cobija en una noche de las de a dos grados bajo cero, en el arrabal, en la plazuela, en la calle extraviada?".

Y en un párrafo lleno de sarcasmo nos identifica el alcohol, la cobija y todos los afectos humanos.

La cobija o frazada es el todo para los humildes, y el autor acaba diciendo que cuando se habla de haberse "repartido cerca de tres mil frazadas a otros tantos desabrigados, esa noble dádiva equivale al obsequio de un número igual de casas amuebladas".

Repitamos una vez más la asociación de ideas ya señalada entre la cobija y la casita del caracol.

Lenguaje.

Más que imágenes bellas encontramos definiciones contundentes y a veces de amargo realismo.

"Sombrero de pelea". "El invierno suelta de noche sus dos perros hambrientos por las calles, el perro blanco del frío y el perro hosco del tifo".

Al viento de este valle de Anáhuac le define diciendo en lenguaje figurado: "el vientecillo que entra como estriete por las narices, sale en menos de siete días por los labios áridos en forma de suspiro postrero".

Esto podría recordar cierto conocido adagio madrileño: "El viento del Guadarrama es tan sutil, que mata a un caballo y no apaga un candil".

Y acaba el autor con esta imagen que alcanza el valor de poética: "Hondo como los cántaros del pueblo es el verso del charro del Bajío":

"¡No me quites tu querencia,
Negra de pestañas chinas,
porque me dejas más probe
que un probe sin su cobija!"

Vocablos.

Cobija ... manta

Sarape ... alfombra, manta.

Cuaco ... rocín

Cacle ... especie de sandalia tosca de cuero.

Porcho ... soportal.

Comal ... disco de barro para cocer las tortillas.

Camino de hierro ... galicismo, por ferrocarril.

Tilma ... manta de algodón que se lleva al hombro.

Bartolina ... cárcel.

FABRICA DE JUDAS

El único humorismo que encontramos en este relato, es el que ha tenido el autor situándole en la colección de "Semanas Alegres".

Es otro cuadro de costumbres, volvemos a los ya conocidos arrabales, pero esta vez no se trata de presenciar un hecho patético, sino una visita a don Teófilo, fabricante de

judas. Son pocos, dice nuestro autor, los que en México conocen los suburbios de la ciudad "lugares pintorescos, lugares arrabalescos, sin asfalto, sin vía eléctrica, sin vendedores de diarios, sin casas de dos pisos, ¡vamos!, hasta sin empedrado de a media cuadra y aviso de emulsión en la esquina".

Nosotros conocemos ya estos panoramas urbanos por las repetidas descripciones que de ellos nos hace "Micros"; por allí se refugiaban entonces y también hoy esas industrias de apariencia absurda, como fabricar muñecos de trapo, decorar almohadillas, recomponer instrumentos de cuerda, etc... Podríamos agregar, molinos de viento, juguetes de madera, dulces de fruta... y demás mercancías callejeras.

La sociedad que allí habita es sumamente heterogénea: chiquillos desnudos, cerdos trashumantes, abuelas de cuento de espantos y aparecidos, sórdidos viejos, que duermen en los murales, perros que parecen vestidos con lanas sucias de segunda mano, lavanderas "claridoscas", chiquillas que velan su incipiente pubertad con una camisa calada por la incuria y una falda con más claros que un harnero".

La presencia de un caballero rasurado y bien vestido es tan exótica en aquellos parajes que el guardia le saluda respetuosamente creyéndole agente de policía secreta o delegado de salubridad.

La casa de Don Teófilo está en una triste calleja, es un corralón como un arca de Noé en que viven confundidos: "borrego, lechones, perros calvos, un asno viejo, gallinas y tres gatos". Es además vasto almacén de las más variadas mercancías, barcinas de papel viejo, copia de basuras y sobre todo los artefactos de su fabricación. Don Teófilo es persona sesuda y el autor temeroso de inspirar desconfianza, se presenta cual sobrino del señor cura de San Marcos Pepetla, y que viene a adquirir juegos de artificio para una conmemoración. A tal punto quiere dar la impresión de veracidad a sus palabras que "apunto, para no traicionar el incógnito, en el puño de la camisa, mojando la puntilla del lápiz con saliva. De otra suerte me tomaría por sospechoso".

Tras esta introducción el pirotécnico va mostrando al visitante sus monigotes.

Se ven "como pelotas de yeso y un montón de cabezas feas, asimétricas, deformes, horripilantes, parecen cortadas a cercén en un Patio de los Milagros, sobre ellos corretean las ratas asustadizas". No se nos dice qué misión desempeñan los roedores en aquellas industrias. Aquellas cabezas están predestinados a unirse con cuerpos más o menos estrafalarios. Todo ello junto formará el gracioso y repulsivo Judas. Allí están "esos descomunales muñecos que brocha ruda convierte en tipos raros; unos estrábicos y chatos, causan repulsión; otros de nariz larga y frente deprimida, inclinan a la risa; estos de cráneo pequeño y cuello ancho, retratan el idiotismo", aquellos, de grande mollera y pescuezo largo, suscitan el recuerdo de un prófugo de hospital o de manicomio".

Estas cabezas del apóstol falso, todas ellas caricaturizan los tipos más raros de la especie humana.

Don Teófilo, mezcla de artista e industrial, se jacta de su obra a la vez que se lamenta de la incredulidad de los mexicanos que van olvidándose de celebrar las fiestas más señaladas del santoral, "ya México se volvió judío, ya no respeta a sus santitos".

Trabajan para esta industria, sobre todo los niños, "un aprendiz saca al sol un enorme Judas: representa a un tocinero con su vasija en la cabeza, y la vasija sustentando un cono que embadurnan de blanco. Un chiquillo desmeдрado, destrenza al sol podridos cordeles. Una niña de ojos vivarachos ataca de pólvora cilindros de carrizo y de papel, y sobre sucios periódicos arrastrosa Parca acomoda en hilera hasta quince enanos de piernas curvas: los Juditas. Se antoja una bruja infanticida".

Satisfecha su curiosidad, Angel de Campo dice que compró un Judas por dos reales y marchóse no sin que la chiquillería mendigase para su pan. Las comadres y vecinas llenas de asombro ante la presencia de aquel personaje exótico, hacen sus comentarios. Don Teófilo las tranquiliza que no es de las contribuciones ni turista, ni médico ni gente "perjuiciosa", sino el sobrino del señor cura de San Marcos Pepetla.

Ante esta aseveración, los niños se le acercan a besarle la mano.

Lenguaje

Nuevamente nos encontramos con frases de crudo realismo y discutible belleza:

"Cerdos trashumantes", "abuelas de cuento de espantos".

"Perros que parecen vestidos con lanas sucias de segunda mano".

"hembra de labio leporino"

"un gandul flojo y semi-dormido, canturrea mientras lo espulgan".

"se antoja una bruja infanticida"

"Adultos microcefálicos"

"ovejas, suplicando devotos, al besarme la diestra".

Vocabulario.—Gendarme por policía

Tlapalero: por hojalatero

Chinampas: ... por islotes en las lagunas de Xochimilco.

Salubridad: ... por Sanidad

Voltear: ... por dar la vuelta

Hembra ... por mujer

Perjuiciosa ... por perjudicial

Gringo ... expresión despectiva por estadounidense.

LAS ANTIGUAS VERBENAS

Nos encontramos con una fiesta castiza de barrio, una de esas verbenas bullangueras que se celebran o mejor dicho se celebraban en México. Con espíritu metódico se nos va describiendo desde el toque de diama todas las facetas

porque atraviesa esta fiesta popular. Nos va presentando la plazuela en la que se levantan los barracones y tenderetes. "Cuando la luz crecía, difundíendose, comenzaban a precisarse los contornos de las cosas: la plazuela, ocho días antes solitaria, polvorienta, fétida, despertaba convertida en una especie de campamento de gitanos: en heterogénea copia de quitasoles de estera, improvisadas casas de campaña, hechas de podridos petates, jacalones de tablas viejas, galerías con tarima y paredes de manta, parasoles rotos, empavonados con mástiles de carrizo y, dominando todo ese conjunto de refugios para una hora o para un momento, el templo, armado sobre vigas, arreado con cortinas de punto, sobrecamas floreadas, bombas azogadas, banderolas, flequerías, tapetes de desechos prestados por el baño y hasta un espejo oval, igualmente cedido por la peluquería".

Los vendedores se afanan en dar remate a la instalación de sus comercios, mientras los vecinos y vecinas acababan el adorno de las calles y viviendas. Va llegando el público predispuerto a gozar las delicias de aquel día.

Mientras unos se disponen pagadamente a las comilonas del festejo, otros más comedidos entraban al templo para tomar la primera Comunión, pero no se crea que estos últimos, acabados sus deberes religiosos tenían una conducta más prudente que los primeros. Diríamos más, llevando al templo el polvo del baile y el aliento de las bebidas alcohólicas, realizan un sacrilegio.

Las personas de alto coturno se manifiestan muy respetables, van a la iglesia para oír la misa de tres padres. En el balcón de la escuela se ven personalidades con sombrero puesto y hablando como en actos solemnes.

Ya llegan los músicos, ya se inicia el jolgorio, los vendedores atruenan el aire con sus pregones:

—Pase el amo, pase la niña. . .

—Pasen, charros, que aquí hay agual

No pueden faltar los desahogos e injurias, algunos de ellos verdaderamente graciosos, si bien acaban en una perniciencia entre dos mujeres, espectáculo a todas luces poco edificante. Una de las mujeres, "cae en efecto, con un pe-

dazo de oreja menos". El público con ese salvajismo que le atribuye Angel de Campo, palmotea.

Han llegado los "gringos" —somos nosotros quienes lo decimos—, pues el autor les llama "Gentleman que lleva un botón definitivo en el hojal, se pone en facha y toma varias instantáneas. Compran hasta tres pesos de platos, jarras y otras alfarerías de Cuautitlán".

Se terminó la fiesta y he aquí el balance: "Algunos fieles se van quedando dormidos en el interior de la iglesia, pero en posturas profanas, tumbados contra un confesonario al sesgo en el peldaño de una escalinata, al amor de un plinto, traicionados todos por el bochorno y las digestiones laboriosas. Algunas damas se confiesan en voz alta, se les subleva lo piadoso, se acuerdan de sus muertos, y entre un hipo profano y un sollozo espantoso, recitan muy adulterados fragmentos de plegaria".

Por desgracia estas costumbres se van perdiendo, "las oportunidades de delinquir que en sólo un mes tenían nuestros pobrecitos haraganes, tan borrachos e insolentes como piadosos". Las personas sensatas —según nuestro autor— dicen que todo decae con el olvido de estas costumbres curiosas.

Tal es el asunto de este cuadro denominado "Las Antiguas Verbenas".

Lenguaje

Abundan las metáforas poéticas, así como las expresiones realistas. Copiemos algunas. "El sol inflamaba todos los azulejos de la cúpula".

"Músicos con sus armas" (en vez de sus instrumentos)

"Formaban marejada frente a la barandilla del comulgatorio".

"Señoras, hongos animados de los templos".

"El estómago como si lo columpiara un gato".

"Se reían sardónicamente las cabezas de carnero".

"Señoras gordas de dos trenzas".

"Niñas casaderas de caracol".

"Charros con paraguas".

"La pleyade áurea de bujías encendidas".

"Un naufrago cándido de pavo".

- "Un adiposa matrona".
 "Centros de matanzas clandestinas de bestias humanas".
 "Cráter de disputas".
 "Mendigós titulados".

Vocablos

- Jacalones ... por cobertizo W
 Embarrar .. mexicanismo por llenar de barro
 Pulque ... bebida mexicana
 Tule ... por tul, especie de junco
 Cobija ... por manta
 Atole ... alimento de harina de maíz
 Planchas de moneda ... por fichas
 Coche de sitio por ... coche de punto
 Enchilada por ... comida con salsa de chile
 Charola ... por bandeja
 Tortilla ... por torta de maíz
 Chilacos
 Refritos
 Tamales ... por varias comidas mexicanas
 Rebozo ... por bufanda y por chal
 Guajolote ... por pavo
 Taco ... por comida mexicana típica
 Verbenear ... por ir de Verbena
 Boletero ... por cobrador
 Baño de sol ... por parihuela
 Torito ... nombre de un juego de artificio.

Costumbres

Destaca nuestro autor con inexplicable voluptuosidad el ambiente sucio que envuelve la vida popular de México. Al describir esta verbena nos señala que la plazuela es fétida, los petates podridos, los toneles embarrados de cieno, manos puercas, ropas apestosas, manos llenas de ampollas, haraposas enaguas.

No nos detengamos a examinar los estragos del alcoholismo que constituye la esencia primera de este cuento. El carácter pendenciero de las mujeres es sorprendente si bien

está expresado con bulla ingeniosa. Una de ellas acusa a su rival de haber quedado "tuerta que le quebraron el ojo por espiar lo que no le importaba". Es la eterna mujer de Roth. La otra le replica "Ya estará, pata de araña, chueca, floja y torcida por andar corriendo detrás de los hombres casados; ¡le cambio mi ojo por su muleta! Entre la tuerta y la coja se entabla una lucha de gladiadores. El público sí que interviene, pero no para separarlas sino para hacer apuestas "yo le tengo apostadas a la tórtola cinco reales! Ganó mi gallo".

La gente que se considera piadosa porque va a la Iglesia, no lo hace ciertamente con un espíritu muy religioso, ya que se refugian en el templo para dormir sus asquerosas borracheras. "Algunos fieles se van quedando dormidos en el interior de la iglesia, pero en posturas profanas, tumbados contra un confesonario". Algunas damas se confiesan en voz alta y "recitan muy adulterados fragmentos de plegaria".

La cantina, figón, pulquería, tepachería, etc., que de todas estas maneras se puede llamar el lugar donde la gente se embriaga, es "un cráter de disputas, riñas, aclaraciones, pendencias, reconciliaciones, contratos, compadrazgos, venganzas".

LOS RUIDOS DE MEXICO

Nos señala el autor de esta narración los ruidos de la ciudad en 1906. Aún cuando de aquel entonces a hoy la acústica callejera haya variado, se encuentran no obstante los ruidos precursores de la ensordecedora vida de hoy. Cuáles eran los sonidos típicos de aquella época? Angel de Campo los va enumerando, y estos son: sonido de campanas,

silbato de fábricas, silbato de locomotoras, ruido de las ruedas de los trenes, el ruido de las herraduras de las bestias, de la máquina cargada de hierro, de la carretilla de mano, del monociclo del afilador, timbres, campanillas y cascabeles, la bocina de automóviles, las cornetas de los ciclistas, el chiquillo que sopla una llave, zumbidos de elevadores, bomba eléctrica, máquina de escribir, el piano, la pianola, las construcciones de hierro, los motores de las grúas, las máquinas parlantes, la indita vendedora ambulante, las interjecciones, la copla del ciego, la riña callejera, la gritería para encubrir la fuga de un ratero. El ¡Arre burro! dicho no sólo a la acémila sino también por el guapo a su coíma. A lo que se agrega todavía el rebuzno del pollino, el gruñido del cerdo, el mugir de las vacas y el ladrar de los perros.

Como en todos estos relatos agrupados en "Semanas Alegres", en este de los ruidos tampoco existe acción novelesca; es un examen costumbrista hecho desde el punto de vista particular del autor, muy conocedor de la acústica de la ciudad. Las observaciones están hechas con verdadero acierto y leyendo estas páginas nos imaginamos fácilmente el bullicio del México de entonces. Y no ocultamos nuestra envidia, pues aunque a Angel de Campo le parecieran atronadores, a nosotros, infelices humanos de la época de la radio, se nos antoja el silencio grave del desierto.

"Cada ciudad tiene una voz propia", nos dice el autor, y por esa voz se puede conocer el carácter y vida que la anima. "Las ciudades como los individuos cambian de voz a medida que crecen en edad", establece una similitud entre las edades del hombre y el crecimiento de las ciudades.

Nos dice que hubo un sordo que recobró el oído al cabo de 30 años, y que su primera observación fué que pudo darse cuenta de la profunda mutación en los ruidos anteriores y posteriores a su sordera. No nos dice si las observaciones fijadas en el relato son las del sordo, aunque suponemos que estarán mejor hechas si exclusivamente Angel de Campo se ha fiado a su espíritu perspicaz.

Al sonar de las campanas les encuentra una variedad de expresión, las unas suenan a música celestial, las otras a timbre femenino.

Claro es que en el ruido de campanas se pueden encontrar unas mayores notas diferenciales, desde la campana de gloria, la campana de la independencia, la campana de vísperas o la campana de muerte o de incendio. Naturalmente "Micros" no podía conocer la campana que suena la alarma de aviación.

Los silbatos de fábricas y locomotoras son para nuestro autor "chorros esbeltos de sonidos", o "florón de lamentos". "La sinfonía tosca de las ruedas" se propaga por avenidas y plazuelas; "las ruedas de los trenes y las herraduras de las bestias se combinan para imitar los tumbos y ronquidos de las cataratas". Examina los diferentes medios de transporte que circulan en la ciudad, desde el carromato cargado de barricas de pulque hasta "la calesa venerable dentro de la cual niñas pálidas, vestidas de negro, se dirigen al colegio de las Madres".

Al afilador le dedica una frase recordando la "fermata en caramillo de madera". No olvida las carretillas de mano, desaparecidas en nuestros días, y establece antagonismo en la variedad cacofónica de los diferentes coches de alquiler, el que lleva llantas de hierro que quiebra las piedras, y el que las lleva de hule y parece llevar babuchas.

Aparecen los automóviles —el vehículo cuya existencia en aquel tiempo más nos ha sorprendido—, pues recordamos que en el museo Churubusco se presentan como ejemplares raros los coches automóviles de Don Porfirio y de Don Venustiano.

A Angel de Campo, hombre amante de los arrabales, no debía hacerle mucha gracia esta innovación en medio de locomoción, ya que nos dice que la bocina de los autos recuerda el gruñido porcino. De todos es sabido que el coche merece opinión distinta según vayamos a pie o montados en él. No con mayor simpatía trata a las cometas de los ciclistas, cuyo estridente sonido compara al "alarido arrancado en un consultorio médico-quirúrgico o en la poltrona de un dentista con dolor".

El chiquillo que sopla en la llave asemeja un clarín de órdenes y la máquina parlante es la que batió el record. Señalemos que por dos veces utiliza Angel de Campo la expresión máquina parlante y no el vocablo fonógrafo o gramófono que parecen términos de mejor aceptación. Seguramente al obrar así lo hace por no utilizar palabras que habían sido adoptadas como marcas de fábrica.

Otro mecanismo moderno que inicia su reinado en 1906 y por el que Angel de Campo no expresa gran predilección, es la máquina de escribir. Y sin embargo, en nuestros días no podemos concebir un trabajo intelectual o comercial sin ese instrumento de labor. Al autor le llega hasta molestar el leve sonido de la campanilla de previsión en la máquina.

El ruido doméstico ha pasado por distintas fases, "Micros" nos dice: "A la época del viejo reloj y de la rueda, siguió el buen tiempo de la máquina de coser; estamos ahora en franco período mecanográfico ¡Laus Deo!".

El piano, por el que tanta veneración ha mostrado en diversos cuentos, le pone sin embargo nervioso en esta ocasión, por ser un piano mecánico. La injuria no sólo va al instrumento musical, sino también a sus fabricantes "Quién toca el piano en ese almacén donde venden lengua estofada, jamón sin hueso, ternera ahumada y otros Smith y Johnson en lata? "Entre la pianola eléctrica y la ya citada máquina parlante, enloquecen al autor, quien afirma que "hallará Ud. dos mil repartidas, para popularizar el oído de la música de tarjeta postal, en carbonerías, zapaterías, agencias de inhumaciones, fábricas de féretros y demás negociantes de abundante parroquia".

¡Qué ternura siente por la indita que pregona sus verduras! Nos hace sugerir el viejo México de aquellos tiempos que por ser vistos a través de una lejanía heroica nos parecen llenos de misteriosos encantos. "Y como voz venida de muy lejos, de un remoto pasado; como voz evocada de una ciudad surcada por canales poblados de canoas, como voz evocadora de un México reviejo, ¡qué bien se destaca y qué limpia y qué grata la de una indita vendedora de legumbres! Hay indias que al vocear lanzan notas que va-

len más, mucho más, que las de ciertas sopranos ligeras... en abrazar la profesión".

Lenguaje

Cómo imágenes poéticas y expresiones realistas hemos encontrado en este cuento las siguientes: "música celestial" en verdad una frase hecha; "esquilas de timbre femenino", "chorros esbeltos de sonidos", es una hermosa imagen así como "florón de lamentos".

Otras imágenes que hay que señalar son "las locomotoras dialogan hilando sus vellones negros de humo denso", metáfora que une lo poético y lo realista, "sinfonía tosca de las ruedas", "tumbos y ronquidos de las cataratas".

De las barricas llenas de pulque nos dice que son "cargas de homicidios y riñas".

"El parsimonioso guardarropa blanco en que se mudan los pianos". "Los coches de alquiler con ruedas de hule se antoja que portan babuchas que no les vienen". Del antiguo coche de las niñas nos dice que es "calesa venerable". De las mulas nos dice que son "cerrereras", y de un cerdo "que ha sido telescopiado". Esto nos parece un galicismo con la significación de chocar.

Nos habla también del "poder de una mala palabra". Y luego de la niña "con aspiraciones de contrato".

Vecablos mexicanos

Encino por ... encina
guayín ... carruaje
huacal ... especie de mochila
mecate ... cuerda de maguey.
fierro ... hierro
hule ... caucho. En España sólo se dice tela de hule,
babucha, palabra del árabe que pasa al español
calandrio... por coche
implemento ... por "instrumento, utensilio"
desentrapear por ... dejar el trazo
atarjea por ... cloaca

cacle ... sandalia de cuero
machetear ... por amachetear
lépero ... por miserable
tilma ... por chulo
gendarme... por guardia

LOS PETATES

Hemos visto en uno de estos ensayos precedentes la importancia que en la vida humilde de los mexicanos tiene la cobija. Ahora nos vamos a entretener con otro utensilio típico de la población modesta, y que, juntamente con la cobija, parece constituir el compendio del ajuar de una familia india.

El indio sólo usa el banco, silla o sillón en las grandes solemnidades de su vida. En lo cotidiano, se sienta en una estera de junco cuyo origen remonta a tiempos precortesianos y que ha recibido el nombre de petate. La palabra petate es de uso corriente en español, pero su sentido difiere, ya que se usa para designar el lío de ropa de un soldado o marinero. "Hacer su petate" es una frase hecha que expresa marcharse o en el ejército obtener la licencia.

El indígena mexicano rehuye del confort de los asientos modernos y prefiere tumbarse o recostarse sobre su petate envuelto por frazada cobija. Ni en la iglesia, ni en la hacienda, ni en la tienda el indio no acepta el banco que se ofrece al peregrino, prefiriendo siempre "tumbarse con todo y huacal contra el muro o a la sombra de un árbol, teniendo por alfombra la tierra suelta, removida por pezuñas y patas".

Es nuestro aborigen de una parquedad extrema en la exigencia de bienes para vivir. La naturaleza le ha dado el maguey, la tortilla, la tuna y el tule, y con ello se basta para

vivir "de poco ' menos que de cáre, de meditaciones y de recuerdos". No sabemos si esta vida interior que atribuye "Micros" a los indios responde ciertamente a un hecho verdadero, pues a nosotros siempre nos pareció que son espíritus aletargados que no se esfuerzan en pensar.

¿Qué es el petate? Es un "mueble simbólico, una de esas cosas cuyo origen nadie sabe y cuya extinción nadie puede barruntar; el petate es uno de esos fetiches baratos que influyen por manera hondísima en ciertos grupos humanos.

No quiero referirme nada más a las esteras tejidas con palma, a las que pudiéramos llamar tapices persas del jacal, sino al petate pesado y grueso, al auténtico, al de tule".

No es tan difícil buscar una historia al petate, ya que se encuentra en casi todos los países cálidos, si bien confeccionado con la materia vegetal del lugar. En España la alfombra vegetal que allí se llama estera, se hace por lo común de esparto o palma trenzada. Exactamente igual que la hacen los moros de toda la costa mediterránea.

Con ocasión del material que se utiliza preferentemente por los indios para hacer sus históricos petates, el autor nos da a conocer las calidades del tule y de las plantas que con él dan carácter a la fauna de este valle, el nopal y el maguey.

El tule no tiene un empleo limitado sino que también manejado por las diestras manos de los aborígenes sirve para hacer con esta fibra vegetal objetos de filigrana que guardan cierto parecido con los recuerdos que se ofrecen a los turistas de plata en filigrana en Venecia y en otras ciudades del Adriático. Tiene también aplicaciones prácticas, seguramente las más importantes, como cestas propias para tortillas calientes y se usa también para la trama de los sombreros que a la de los tompeates. En todo hogar pobre el petate desempeña múltiples funciones: "durante la noche es lecho; a ciertas horas del día sustituye a los manteles; en la siesta, presta sombra, y si el aguacero se desencadena, resguarda del diluvio cobijando al matrimonio de la casa y a la pareja de animales que un consorcio de desheredados puede mantener".

La personalidad de esta estera se ha introducido de tal modo en las costumbres populares, que ha dado origen a numerosas frases corrientes para expresar las más heterogéneas ideas. "Levantar el petatito" dicese para dar a entender que ha sido el último a abandonar el salón de reunión. Dejar el petate, en este caso, da a entender que todo lo que se recibió como herencia no vale un bledo.

"Nació en un petate" expresa un origen tan pobre al venir al mundo, que podría compararse a la cuna de Nuestro Redentor.

Un "don Petate" que quiere decir un don Nadie en oposición a don Algo. Este don Petate, dice Angel de Campo, que es "un ser picado por todas las pulgas, mojado por todas las humedades, barrido por todas las escobas, olvidado en todas las intemperies, destramado, apestoso, infeliz, bueno para arder en medio de una calle, formando luminaria, para que sobre ella salten los pilluelos".

Petatearla o "licar el petate", se emplea en forma de cruel humorismo para expresar la muerte sin intervención del médico ni auxilio religioso.

Termina este cuento con una consideración de tipo político y social, estableciendo la incompatibilidad que existe entre la actitud rupestre del hombre que vive en cuclillas o por los suelos, y la posibilidad de asimilar una civilización progresista. He aquí como lo expresa: "Hay indios cuyo sólo bien consiste en un petate, y como nada separará tanto a las gentes como su manera de dormir, de comer, de sentarse, resulta que mientras ellos están perpetuamente en cuclillas o por los suelos, nosotros en pie o en un triclinio, no podremos entendernos hasta que no los obliguemos a que se levanten, ofreciéndoles la diestra para ello, enseñándoles desde chiquillos cuál es la postura civilizada: perdido el miedo a las bancas de la escuela, lo demás ni lluvia necesita, como dice el dicho".

Lenguaje

Señalemos unas expresiones acertadas: "el nopal sufrido y generoso", "el maguey, esa planta simbólica que tiene forma de corona para justificar que reine sobre el Valle de

Josafat y cuyas hojas terminan en punta, como las chavetas para recortar que ahí nacen las pependencias”.

El maguey recibe en España el nombre de pita o ágave y se da en toda la cuenca mediterránea; como es sabido, esta familia de cactus tiene su origen en México.

El tule, nos dice el autor, es “cosmopolita y libre pensador”, no se nos alcanza por qué siendo una planta típica mexicana se la denomina “cosmopolita” y menos se nos alcanza la denominación “librepensador”.

“Mulita de Día de Corpus” Con eso el autor se refiere a la tradicional costumbre mexicana “Vestales del Comal”, el comal es el utensilio para hacer la pasta de las tortillas, y estas vestales son nuestras modestas tortilleras.

“Tía fingida” evocación de la novela corta cervantina.

“Espera un polvo” por instante, sin duda la metáfora tiene su origen en los granos del reloj de arena.

“Cabe toda la ropa de una Malinche”. Expresa poca cantidad de ropa ¿Pero qué concepto tiene nuestro autor de la inteligente india colaboradora de Cortés? En esta frase se siente cierto desdén que no creemos justificado. “Los holgazanes que no dejaron más huella en la vida que una oñia caliente en sus colchones y cojines de sibaritas”. La frase no es poética pero tiene gran fuerza realista “Expuesto a ser automobilizado” El verbo automobilizar resulta excesivamente atrevido.

Vocablos

Huacal ... cesta

tuna... fruta del cactus

jacal ... choza mexicana

baño de regadera ... expresión acertada para evitar el galicismo “ducha” que emplean los españoles.

jamelgo de tiro y de pica, por caballo viejo. El término jamelgo se usa también en España pero sólo en sentido popular.

cuarto de los triques ... por de los trastos

encompadrear ... por ser compadre

triclinio ... por trípode

petatero ... vendedor de patates

LA BUENA INTERVENCION FRANCESA

Bajo este título publicó Angel de Campo uno de sus mejores artículos de las "Semanas Alegres" del "Imparcici" el domingo 14 de julio 1907.

En el nos hace un cuadro de la honda influencia que el espíritu francés ha ejercido en el México de su tiempo, desde los juegos infantiles hasta la formación del gusto y de las ideas en el hombre maduro.

Dice nuestro autor que su primer "juguete decente" fué una caja de soldados franceses. Describe con cariño las figuritas de plomo, todas ellas encerradas en un cuartel cuyo tapa llevaba la cabalística palabra "Paris". El nombre de la capital francesa encierra para el niño innumerables misterios; es una ciudad símbolo de cuantas cosas agradan e interesan a los niños. Desde ser el lugar donde las mamás encargan a los hermanitos hasta proceder de allí los más delicados y sugestivos juguetes, "la caja de pinturas —sans danger—, las estampitas recordatorias de la Primera Comunión, el buey sobre ruedas que, merced a un invisible mecanismo, movía la cabeza parsimonioso y emitía blando mugido, los bellos libros con cortes dorados y tapas llenas de arabescos, destinados a la repartición de premios, y aquellos estuches con cristal guardador y lecho de algodones para los ánades y peces que podían flotar en la fuente y obedecían al mandato de una varita imantada".

Y el autor acaba con este grito que le sale del alma: "Cuánto debieron a París los niños de mi tiempo".

Nos hace la declaración que: "No hubo etapa en mi vida que no tuviera relación con el bello país de Francia en general y con París en particular".

Esta "Intervención Francesa" no es particular de Angel de Campo, sino común a todos sus amigos y coetáneos. Espiritualmente hace de Francia y especialmente de París

un país limítrofe de su patria. Esculpidos en su corazón estaban "las abejas imperiales, los lises heráldicos, las lilas bohemias y el anacreóntico y venerable río donde se copia Nuestra Señora de París".

Ya mayorcito ejercen influencia sobre nuestro autor los hijos de Perrault a los que llama sus amigos, juntamente con los animales personificados por el genio de La Fontaine, que sin ningún género de duda influyeron mucho en de Campo. Toda su imaginación infantil esta llena de cuentos y leyendas francesas. "Su imaginación navegaba con bandera francesa".

Ya adolescente el gusto por lo francés persiste si bien inclinándose hacia otro género de literatura. Nos cuenta como una biografía de la "Juventud de Enrique IV" editada en folletín mágico le atraía por sus empresas osadas y galantes. Vino más tarde la influencia de los Tres Mosqueteros que como dice el autor eran cuatro. Las aventuras de caballerosidad y galanteo de d'Artagnan y sus amigos llenaron el alma del joven mexicano.

Al fin, cierto día, descubre "la música de la palabra, lo que llamaban belleza y ensueño las gentes grandes, con sólo sentir una poesía de Lamartine".

Y llega a sus quince años, a esa edad en que el bozo sombreó ya el labio, son los años platónicos de la primera novia, la que evoca la canción de Siebel y la música de Gounod, y aquellas canciones francesas que fueron "archipopulares" en las calles de México de aquel entonces.

Y él mismo se pregunta: "¿Cómo no sentimos franceses si la omnipotencia de esos amables civilizadores deja sus huellas hasta en el lenguaje familiar?" El oído se regala al decir "bébé" al niño, "mon amie" a la amada, "¡Toujours!" a la incrédula y "¡Au revoir!" a los que se alejan.

Para de Campo Víctor Hugo tiene las más elevadas emociones, y nos revela que en la biblioteca de los intelectuales de México se encuentra siempre abundante profusión de obras francesas.

Establece de Campo un contraste entre la intervención política y la intervención intelectual francesa. Y aunque para aquella no tiene frase acre, para esta sí tiene los más deli-

cados elogios, pues de un modo poético y metafórico da a entender que no sólo la cultura greco-latina, la italiana y la inglesa, sino incluso "nuestras rosas de Castilla" las ha puesto en vasos de Sévres.

Y continúa descubriéndonos los pliegos más íntimos de su conciencia, y cuando piensa en un soldado recuerda a Napoleón, si la vida estudiantil al barrio latino, si oradores Mirabeau, si a pecadoras Margarita Gauthier, si elegancia y refinamientos a los Luises, si pasiones amorosas a la Carmen de Mérimée y Bizet, y hasta al caballero Don Quijote que lo ve nuestro autor en los perfiles que le hizo Gustavo Doré. Un grito desgarrador se le escapa del alma "Vive la France".

EL JARRO

Nuevamente nos encontramos con una descripción de costumbres. Viene a formar este cuento la secuela de los "Petates" y la "Cobija", así como el que posteriormente veremos, el "Jierro". Cada uno de estos enseres tiene su personalidad dentro de la sociedad humilde de México, y el autor con ese cariño patriótico que le caracteriza nos los presenta revelándonos toda la gracia y vida que hay dentro de estos objetos para un mexicano.

Toma por motivo una copla popular como en la "Cobija" y en el "Jierro" que veremos después. He aquí la quintilla que da origen al relato:

Cuando muera, de mi barro
hágase, comadre, un jarro:
si de mí tiene sed, beba;
si la boca se le pega,
¡serán besos de su charro!

Efectivamente, la canción se presta a diversas meditaciones; pero limitémonos a las observaciones de "Micros". Siguiendo su norma nos va presentando ejemplos diversos en los que el jarro desempeña papel preeminente. Son estos: el mendigo de verdad; los presos; la mujer solícita; los pobres a la puerta del hospital; los novios de la verbena; don Atenógenes el cochero, los visitantes de la ranchería; la vecina anónima; los chiquillos que destetan. Analicemos de manera sucinta cada uno de esos episodios:

1) **el mendigo de verdad**, es un pobre viejo cubierto de guñapos, que ha disputado a los perros en el muladar, posee un jarro, atezado, desportillado, adobado como único ajuar y que le sirve por "la mañana de cigarrera, al mediodía de alcarraza, en la siesta de vajilla, en la primera noche de crátera y durante el sueño —envuelto en los mismos repliegues que el lirón— de cerrada escarcela".

Este jarro, en verdad, es hermano de la jarrilla del ciego, del Lazarillo.

2) **el jarro de los presos**.—La policía lleva una redada de presos a la cárcel. Entre ellos "hombres y hembras demacrados, abotagados, cenicientos, extenuados por la vela en la comisaría; unos, llenos de cardenales en la cara; otros, hechas jirones las ropas; otros, sin sombrero; aquél con jaquet pero sin corbata y con hombreras de fango". Estas gentes que parecen sin familia, no lo están, ya que entre la muchedumbre de las vías populosas surge siempre una mujer que lleva a la cárcel cigarras, cerillas y un jarro, para que tranquilice las fauces y apague el sinsabor de los acíbares de la justicia.

3) **el jarro de la mujer solícita**, es un cuadro encantador de la vida de todas las grandes ciudades, y también de la vida de los campesinos en las heredades. A la hora del refrigerio, cuando el obrero afanoso abandona el andamio o el tajo de la obra, abatido por la fatiga, las manos cariñosas de una mujer le ofrecen el jarro que sacie su sed y vigoriza su cuerpo. Pero como estamos en México, no es agua cristalina lo que ofrece a su "hombre", ni vino generoso, sino pulque envenenador.

4) **el jarro para los del hospital.**—Las gentes ignorantes sufren muchas supersticiones sobre el trato que los enfermos reciben en el hospital. Es inútil que el médico, las enfermeras o las monjitas hagan reflexiones a los familiares que van de visita a ver a sus enfermos. Las mujeres enjugan el llanto con el rebozo, mientras alguien "con ademán trágico alargó al paciente un jarro, un jarro para su atolito" ¡Pobres gentes, creen que ocn atolito van sanando al enfermo!

5) **El jarrito de los novios.**—Los enamorados que recorren la verbena beben refrescos y comen naranjas. Se detienen ante un puesto de loza, examinan las figurillas caprichosas de cerámica y los cacharros de utilidad. Necesitan comprar algún recuerdo sencillo, y ambos "conciuerdan en elegir nada menos que un jarrito de forma gallarda".

6) **El jarro para el cochero.**—Don Atenógenes a pesar de su nombre de estirpe helénica, es un modesto cochero y no un filósofo de la antigua Atica. Tiene su punto en la esquina de la casa en que vive la viuda del pobre Nemesio. Entre el auriga y la matrona se entabla una relación sentimental basada por el pequeño Eros. Nos encontramos en plena Grecia clásica. Pero la viuda de Nemesio ha querido expresar su gentileza a Don Atenógenes el cochero, y sacó un "jarrito muy cuco", dijérase una anforita griega, pero no es preciso ir tan lejos. El jarrito es de Guadalajara, ciudad de mujeres bonitas, de jarritos lindos y de un nombre muy feo en árabe.

7) **El jarro de la ranchería.**—El caminante que llega al umbral de un rancho en el que los perros ladran, cacarean las gallinas, crepitan los ocotes en el hogar, y las mujeres palmotean haciendo tortillas, nunca falta un alma generosa para ofrecerle un jarro de agua, "eso nunca se niega ni al mayor 'enemigo'".

8) **El jarro de la vecina anónima.**—Es una observación que conviene retener, que si al acercarnos a una casa en pleno campo, pidiendo agua, se nos ofrece en vaso, debemos proseguir nuestro camino; mas si la chiquilla de la casa os ofrece, cual moderna Samaritana, el jarro familiar para que saciéis la sed, podéis dormir en aquél jacal, con la seguridad de que al daros albergue se os acoge del modo más fraternal

"nadie os entregará así vengan tropas del Supremo Gobierno".

9) **El jarro de destetar a los chiquillos.**—Cuando el niño se desprende del pecho materno es "un jarro sin asa, sordo por las roturas, como cubierto de todo lo negro del humo del hogar" el que se le da en substitución del cálido néctar maternal.

Ante esta diversidad de usos de vasija tan simple, nuestro autor acaba diciéndonos que encuentra elocuente la quintilla del rapsodo caminero.

Lenguaje.—Hemos encontrado expresiones felices, pero sobre todo una gran riqueza de vocabulario, tanto en términos mexicanos como en palabras de uso selecto.

Suele suceder en los cuentos de Angel de Campo, que cuando la acción novelesca es menos sugestiva, el autor da valor a su escrito con una exuberancia de léxico. Señalemos las frases siguientes:

"Se viste de lumbre por todo su vidriado"

"Mendigo de verdad", "el oliscador de cocinas", "adorable infante sin apellido"

"Los hospitales son antesalas de las tumbas"

"Volarle los cascos a la viuda del pobre Nemesio".

"fuerte como una cotorra de castillo"

"jícara donde verter el licor de la amistad", "refresco de la hospitalidad"

"libaciones nupciales como en los tiempos paganos"

"el general cubierto de polvo y de gloria"

"la chiquilla de la casa ostentando nieve en la dentadura".

Vocablos mexicanos

charro ... hombre de a caballo

tapatío ... de Guadalajara

ranchería ... rancho

recaudería ... especiería

remisión ... entregar los presos

hembra ... mujer

rebozo ... chal

aplanchadora ... planchadora
chambelán ... pulverizador
palo blanco ... madera blanca
cuacos ... acémilas, caballos
ocotes ... árbol, pino de Norte América

EL JIERRO

Entiéndese por "jierro" el hierro por navaja. En el lenguaje popular se usa en España el término la "herramienta por navaja". Como hemos dicho, este cuento forma parte de la serie mal llamada "Semanas Alegres", en las que el humorismo no apunta en ninguno de ellos, si bien se encuentran salpicados de ideas punzantes y frases sarcásticas, y aún dentro de esta serie forma parte de un subgrupo con la "Cobija", los "Petates" y el "Jarro". Hubiera podido agregar nuestro autor, no sabemos si los escribió, y no figuran en esta antología, otros comentarios al sombrero de anchas alas y a la pistola, atributos estos con los que siempre nos hemos imaginado a un verdadero mexicano; y hasta hubiera podido galantemente consagrar otros dos relatos al rebozo y a las trenzas femeninas.

Como en cuentos precedentes, a éste le sirve de lema un cuarteto que dice:

Tu nombre, con mi jierrito
he grabado en un saúz...
¡Quiera Dios que no me sirva
para tajarte tu cruz!

La copla no puede ni ser más tierna ni más amenazadora. A la vez que con su navaja graba el nombre de la

amada sobre la blanda corteza de un sauce que puede ser llorón, va envuelta la amenaza brutal de que con el mismo instrumento es capaz de labrar una cruz para su tumba. Pero tumba que recogerá su cuerpo no de muerte natural, y a tal precio es muy posible que la mujer no ame a su esposo, pero se puede garantizar su fidelidad.

Según la técnica que ya nos es conocida, el autor divide el cuento según los usos más corrientes de la navaja. Y es curioso que entre estos usos no figura el que a nosotros nos parecería más adecuado, cual partir el pan (si comieran pan), rajar los frutos, mondar la manzana o naranja... Nada de esto; estamos en este ambiente popular de México que tanto seduce a Angel de Campo.

En él la navaja sirve:

- 1o. Para cercenar jazmines,
- 2o. Para grabar corazones y nombres femeninos,
- 3o. Para ser empleada como lezna improvisada,
- 4o. Para rasgar la piel cual acero de cirujano,
- 5o. Para labrar la cuna de un hijo,
- 6o. Para esculpir la cruz que ha de ponerse sobre la tumba de la mujer infiel.

Véamos como son interpretados estos diferentes empleos del "jierro". El vaquero de la guitarra, personaje que vagamente constituye el héroe del cuento, saca el "arma venerable" y con ella "en un dedo de doncella" cercenó hasta cinco jazmines fragantes... ¡Para las señoras! Hecha esta operación vuelve a guardar su "filosa" con gran parsimonia.

"Tal cual guardan sus relojes de dos tapas los señores políticos".

Sigue prestando su oficio como instrumento sentimental, cuando con ella se graban corazones o nombres de mujeres, ya en la corteza rugosa de un encino milenario. Tanto en uno como en otro caso, es la navaja como pluma de poeta lírico, cuya acerada punta revela las reconditeces de un corazón enamorado. Cuando en uno de esos cuadros agobiadores de la agitada vida de quienes llevan existencia soslayando las leyes, se oye el galopar de caballos con "tres carabinas cargadas y con orden de rematar como se pueda". En ese momento para reparar un desperfecto de la silla vaquera y

poder emprender veloz huida, la navaja presta el servicio de lezna improvisada.

Pero en el curso de la vida de un hombre, hay también plácidos remansos en que la bestia humana se dulcifica por la sonrisa de unos labios, o el contacto de un cutis. Es la tarde en la que la "deudora de vidas sirve para mondar una manzana, para cortar flores, para segar el pastito donde tanto rato se hablaron en voz baja". Envuelta en esta dulzura va siempre un recelo de desconfianza y traición. El hombre que mayor plétora amorosa cierra en su corazón, siente sin embargo un hipotético resquemor por infundados celos, al punto de permitir que ella toque la navaja.

El pendenciero que no aguanta la posibilidad de un rival, usa su navaja con habilidad de esgrimidor, "cual acero de cirujano rebana en una rúbrica, desde donde cuelga el escapulario hasta más abajo de donde ha dejado su huella pálida la opresión del ceñidor 'colorado'". . .

México es el país de los contrastes, las altas cumbres de las montañas se perfilan sobre inmensos valles. Así es también el alma del mexicano, arrebatado de violencias y ternuras amorosas.

La hoja de acero que sólo ayer privó de la vida a un hombre, es hoy cincel para labrar la cuna que recibirá en su día la blanda carne de un hijito. Se dice que la maternidad es un impulso natural, mientras que la paternidad es un sentimiento nacido de la bondad. Una observación somera en los bajos círculos de la sociedad mexicana nos descubre el hecho señalado por "Micros". El indio siente gran amor por sus hijos, y a semejanza del carpintero San José, el indio "Tacho" hace la cuna para el fruto de sus amores con la mujer cuyo nombre grabó en un saúz.

Por último, cual felino adormecido, brota de nuevo el instinto feroz de este hombre que ha elegido por símbolo de su pueblo y de su raza un nopal espinoso y un águila feroz. ¡qué nadie toque al indio!

Sólo el pensamiento de una infidelidad de su "hembra" sería capaz de impulsarle a hundir su muy querido "jierrito" en el corazón de la ingrata y serenamente después, amputar una rama, partirla en dos pedazos y hacer con ella una cruz,

para clavarla en el "lote eriazo que miran con cierto pavor, al pasar, otras enamoradas".

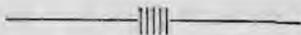
Lenguaje.—Todas las frases expresivas que encontramos en estas breves páginas, tratan de la navaja. Así tenemos: "el arma venerable, gastada, pavonada por el uso", "el arma se calienta a la temperatura del cuerpo de su amo y se pone fría tan pronto como él mismo la aparta del fajo abrigado y tibio".

"Todo, menos la navaja, que es el alma y el respeto del hombre de la casa, de la accesoría, del jacal".

"El siete de espadas" "Los siete puñales", "Los siete jierritos", como los nombrara "aquella mentada Candelaria, causa de tantas muertes en la Tierra Caliente".

Vocablos

- jierro ... hierro en sentido de navaja
- jalón ... por tirón o... trago
- ejtaj ... por estás, vicio de dicción
- na... por nada
- pa ... por para
- fuereño ... por forastero, término muy expresivo
- leperajo ... lugar de los miserables
- malpais ... por país malo
- mezquino ... por verruga (aceptación de la palabra únicamente mexicana).
- hora por ... ahora
- boyazo ... viene de cow-boy, vaquero.
- dizque ... por contracción de dice que
- Accesoría ... por habitación humilde



POBRE VIEJO

Es este un nuevo cuento en torno al Sr. Quiroz, maestro de primeras letras de nuestro autor. Empecemos por señalar que éste es un cuento verdadero, es decir, en el cual se desarrolla una acción que va acompañada de descripciones realistas y recuerdos de un pasado.

Ya hemos dicho en otro comentario la huella profunda que en el alma de Ángel de Campo dejó la personalidad de su maestro primario, y cómo en su memoria reviven con frescura los más mínimos recuerdos de sus años escolares.

Al Sr. Quiroz le hemos encontrado en muchos cuentos tal como: "El Chato Barrios", "Los Quince Abriles".

Por la coincidencia de los caracteres que se le atribuyen, tanto físicos, como moralmente, hemos de llegar a la conclusión de que se nos habla de un personaje real y no de una ficción literaria.

El asunto del cuentecito es el siguiente:

El autor llega a una casa en la que el tiempo parece no haber pasado. Todo en ella permanecía igual, aunque todo más triste por la lluvia que humedecía las paredes. En el arquitrabe de la puerta de destacaba un rótulo "Colegio para niños". En la escalera, una lámpara votiva iluminaba a Nuestra Señora de Guadalupe. Traspuesto el umbral de la casa, nuestro autor se encuentra en un angosto aposento que le era sumamente familiar "el mobiliario miserable de aquella sala pobre; las consolas sin pie; el sofá de cerda; el estante de libros viejos; la esfera terrestre; aquel diploma pegado a la pared... junto a un mapamundi; la mesa revuelta que le regalamos de cuelga el año de 70, llena de firmas infantiles y borroneadas". En el centro un catre de hierro con desnudas tablas sobre las que yace el cuerpo exhausto del señor Quiroz sin vida. Ni uno solo de sus alumnos le acompaña. Ángel de Campo sentóse en el viejo sofá de cerda sumiéndose en profunda meditación.

Por su mente van pasando en tropel, los amontonados recuerdos de aquellos lejanos días en que lloriqueando iba a la escuela. Con afecto nos va enumerando cuantas cosas envolvían el mundo de su escuela "aquel techo lleno de pelotas de papel mascado, las paredes con letreros y manchas de tinta morada, negra y roja; los mapas polvorientos, las muestras de dibujo, el sistema métrico-decimal; el Corazón de Jesús al frente sobre un reloj siempre parado...".

El material pedagógico era pobre, pero los métodos docentes del Sr. Quiroz eran sin duda más pobres todavía. Los niños no conservaban un recuerdo muy risueño de las monótonas horas pasadas en aquel cuchitril que más tenía de antro que de escuela. La aplicación de los escolares estaba muy lejos de ser perfecta, "Miguel Vilches, oculto por la tapa de la papelería, mordía un cuerno de roca; tras el antitaz de los catecismos platicaban Mejía y Méndez; leía en voz alta Zamudio, y Pepito López, inquietísimo, se deslizaba hipócritamente a lo largo de la banca (siempre era esa su disculpa) para pedir un lápiz a Marticorena o a mí, que con la vista vaga seguía el vuelo de las moscas que aprisionaba Crozco y pegaba con cera a soldados de papel".

La preocupación fundamental de aquellos muchachos era los juegos. Lo cual nos parece muy natural, teniendo en cuenta lo poco grato que era el colegio. Aprovecha la conjetura nuestro autor para alardear de sus conocimientos sobre el ritmo y diversidad de juegos infantiles, "todos los juegos tenían su temporada, cuándo se debía jugar a las canicas, cuándo al balero, cuándo concluía el reinado del trompo y comenzaba el de los huesos de chabacano, el piso y el burro...".

El señor Quiroz era hombre de austeridad. Aquellos momentos de asueto que los discípulos solicitaban levantando uno o dos dedos, fueron frecuentemente denegados con la proverbial frase "está ocupado". Pobre chico, no podía ni cortar sus bolitas o canicas ni hacer repetir al loro la palabra soez que tanto divertía a todos.

La escuela tenía incluso su penitenciaría, se conocía con el nombre de cachote, en español se diría más calabozo, era el lugar un "cuarto húmedo y oscuro, lleno de sillas rotas,

tinas desfondadas y ropa sucia, donde paseaban las ratas del tamaño de un conejo. Había alacranes y mestizos, que acobardaban a los más valientes". En este inmundo lugar, encerraba el honorable Quiroz a sus revoltosos discípulos, claro está que los muchachos preferían estar media hora de rodillas y en cruz y hasta quedarse sin dulce y fruta en su casa, antes que penetrar en aquella inhospitalaria habitación sucia y húmeda.

Constituía preocupación el contenido del bufete de la escuela, aquel cajón de sastre en el que según era fama metía la heterogeneidad de objetos secuestrados a los escolares: "muchas canicas, membrillos mordidos, pedazos de charamusca, soldados de plomo, juguetes de madera, pinturas, caramelos, baleros, trompos; la teja de plomo que servía para jugar al piso, pliegos de papel de colores para forrar libros y tapizar los cajones, armellas, ¡qué sé yo! era un tesoro".

Dijérase lo que seguramente no es verdad, que nuestro dómine tenía una formación prusiana. Primero por la rigurosidad con que anotaba en la lista las faltas de sus alumnos; y luego por lo inflexible que se mostraba en la ejecución de las sentencias punitivas. "¡Qué tristes aquellas tardes cuando estaba uno en la lista con dos o tres rayitas: cada una era media hora! Todos se iban a jugar al patio y uno se quedaba solo. Gritaba la criada: —¡Por el niño Mendoza! —Hasta las seis—, respondía muy serio el señor Quiroz. No valían ruegos, no valían pretextos. ¡Es la última señor! ¡Ya no lo vuelvo a hacer! Nada, era inflexible".

Y la tragedia no era sufrir la sanción física en la escuela, sino tener que afrontar luego en casa la sanción moral, "ya ves a tu primo Félix, pues nunca lo castigan" aquella era una vejación que ponía el alma por el suelo ¡qué duro era el señor Quiroz! acaso no eran así todos los maestros de aquel entonces? recordemos un viejo precepto pedagógico que dice "la letra con sangre entra".

En otro de los cuentos, el autor nos ha dicho que el maestro Quiroz tenía una palmeta para castigar, golpeando sobre los dedos. Esto era común a las escuelas de muchos países. Recordamos que en la novela de Blasco Ibáñez, "La

Barraca", el maestro pega brutalmente a los chicos, y hasta en la libre y democrática Inglaterra se usan hoy las disciplinas para enderezar las faltas escolares. ¡Cierto es que para los niños de su colegio, el señor Quiroz "era un inquisidor". A pesar de todo esto, el preceptor tenía un tierno corazón, nos lo dice su alumno" [Era bueno, sí, el día que acabé el libro de Mantilla y dejé el colegio, cuando yo usaba pantalón corto, no lo olvidó, me regaló una estampa con un San Luis Gonzaga, y, conmovido, llorando, se despidió diciéndome: "que logre verte hecho un licenciado. . ." ¡y entró con los ojos húmedos a explicar los denominados por partes añucotas! Y agrega esta frase llena de emoción: "No puede ser malo el que muerto tiene cara de santo". Siguiendo a de Campo hemos de concluir con el fabulista francés, Jean de La Fontaine, que los crueles y malos son los niños "cet age est sans pitié".

Estos niños al llegar al zaguán de la escuela y enterados de la infausta noticia de la muerte del maestro, saltan festivos y riendo y contentos como la mañana, porque... ¡no había colegio!

Lenguaje

Como tiene un contenido novelesco, el lenguaje fluye espontáneo, sin necesidad de recurrir a la confección de frases ni empleo de vocablos desusados. Por esta razón son pocas las observaciones que tenemos que hacer con relación al lenguaje. Sin embargo señalemos: "En la bolsa de clase dormían la pizarra, el libro de Mantilla y el Padre Ripalda", escribía con caracteres que parecían "patas de mosca", expresión más relacionada con el francés, pues en español se hubiera dicho "patas de gato" o "garabatos".

"Pararse de gallito... por plantarse como un gallo.

Vocablos

"Pelona" ... a quien se le ha cortado el pelo

"Regalar de cuelga" ... obsequio por el santo

"Zacate" ... planta gramínea

- "Canicas" ... bolitas
- "Balero" ... juego de niños
- "Chabacano" ... árbol parecido al albaricoquero.
- "A la ama" ... por el ama.
- "Jeremiqueando" ... metáfora por llorando como Jeremías
- "Cachote" galicismo por calabozo
- "Charamusca" ... confite en forma de tirabuzón
- "Popotes" ... paja que sirve para tomar refrescos.
- "Garnuchos" ... papirotazo
- "Enfullinar" por enfullar o hacer fullerías.

No pasemos en alto la frase que condensa el ideal de todo escolar, expresado por el deseo del Sr. Quiroz al despedir a su buen alumno Ángel de Campo, "que logre verle hecho un licenciado".

EL PINTO

Es la historia de un perrito que nació dichoso y murió desventurado. De los cuentos que tenemos examinados, nos atrevemos a considerar "El Pinto" como el más acabado. Su valor no radica en el lenguaje, hemos encontrado otros cuentos con mayor riqueza de términos y de imágenes. Estriba para nosotros el mérito de este cuento en la emoción contenida que alienta en todo él y que mantiene despierta una atención intrigada por el desenlace. Es un cuento de verdad en la forma realista peculiar de nuestro autor, de un realismo crudo, a veces brutal, pero siempre dentro de los límites adecuados a este género literario.

Desde el momento de iniciar su lectura, evocó este cuento en nuestro recuerdo otro similar de Guy de Maupassant, en el que el autor francés relata la triste aventura de un perrito

muy querido por dos viejas hermanas solteronas, quienes por motivos precarios se deciden con gran repugnancia a desprenderse del animalito.

Alguien se encarga de arrojarle en una sima donde habitualmente se tiraban para matarles a los perros y gatos del pueblo. Una circunstancia fortuita hizo que el perrito no muriera y quedase encerrado dentro del profundo pozo. Enteradas las viejas del hecho, sentían un remordimiento atormentador y todas las noches con el sigilo de quien ha cometido una acción fea salen embozadas del pueblo y atravesando los campos llegan a la boca del pozo para echarle comida a su perrito. Transcurren varios días, y cierta noche sus oídos quedaron aterrados; de la profundidad de aquél agujero salía la voz bronca de un gran perrazo. La tragedia tomaba caracteres patéticos, pues era necesario alimentar al perro grande para que dejase comer al perro chico.

Volviendo al "Pinto" cuyo destino si no es tan lleno de tristeza, sí es por lo menos acongojador, con el estilo biográfico de quien va a narrar la biografía de un gran héroe, empieza Angel de Campo por darnos los antecedentes familiares de su protagonista. "Chilindrina era una perrita poblana, gordita, muy lavada, muy blanca, con su listón azul al cuello".

Pertenece a Doña Felicia, quien la prodiga ternuras que sobrepasan a las maternas. No sólo se cuida de la salud corpórea de su perrita, sino que también es causa de desvelo la pureza virginal de la misma. La naturaleza que es más fuerte que las pragmáticas morales, hizo que Chilindrina pecase en amores clandestinos con el "Capitán", escuincle horroroso de un zapatero vecino". Fruto de estos amores licenciosos fueron tres hermanitos: "Diana" "Turco" y "Pinto". Es sólo la historia de este último la que preocupa al autor, y para destacarle nos hace su retrato perruno. "Era un perro de pueblo, enteramente flaco, de orejas derechas y agudas, ojo vivaz, hocico puntiagudo, grandes pelos laacios y cerdosos, patas delgadas y cola pendiente; era de esa clase de perros de raza indígena que tienen una semejanza con los lobos, de un color amarillo sucio manchado de negro, lo que le valía su nombre de "Pinto".

Se divide su historia en cuatro capítulos: el hogar, el cuartel, la calle, la vagancia. En los albores de su existencia pasada entre trapos manchados de petróleo, fué el "Pinto" solicitado por "Doña Petra" portera del 6 de Mesones, señora fea, que no teniendo quién la amara, amaba a los animales". Iba a ocupar el vacío y mitigar la pena causada por un gato que había desertado de la portería.

Fueron estos los días más felices de su vida perra. Se le daba "las migas de pan en leche al tierno niño". Se le arrullaba en el regazo y se le exponía al sol tibio de la mañana. Tuvo sus amigos de infancia con los niños del piso de arriba, los Angulito. Cuando estos regresaban del colegio le llamaban y acariciaban, hasta llegar un día a entrarle a su piso. Allí jugaron los tres como viejos camaradas. "Pinto" era un prodigio y hasta sabía jugar al toro. Los niños le trataban como un juguete, lo vestían de muñeco, le hacían tirar de un carrito de madera, saltar por encima del palo de la escoba y hasta actuar de verdugo cuando alguna rata infeliz osaba asomarse por la casa.

Pero no todo en el mundo es amor y buenos sentimientos. En aquel hogar donde todo sonreía y parecía respirar dicha inefable, moraba una arpa personificada en la criada, mujer descolorida y de carácter sulfurado. Cierta día con fingida falsedad y astucia hipócrita, la perversa criada llamó al perrito con voz dulce. Y una vez que "Pinto" traspuso el dintel, la pérfida mujer le agarró por el pescuezo y en un rincón del pasillo le restregó el hocico contra un ladrillo sucio. El animalillo aulló y con sus ojos candorosos repetía "Yo no he sido". Para nada le valieron los lamentos, aquella mocetona despiadada le pegó duro sin cuidarse de si estaba cometiendo un error judicial. Y así quedó iniciada la penosa carrera de nuestro desventurado "Pinto", sin que sepamos por qué la portera de la calle de Mesones lo abandonó. Da principio a una existencia vagabunda dando trompicones, cayendo unos días en manos cariñosas y otros muchos recibiendo puntapiés odiosos.

La amasia de un albañil le lleva junto al andamio donde recoge alguna piltrafilla de carne. Pero esta mujer inconstante cambia de amante y ahora le ha tocado el turno a un

soldado. Nuestro "Pinto" se introduce por este medio en la vida militar y cuartelera. Allí comió vil rancho y tuvo tratos con gentes malignas. Al marcharse el regimiento volvió "Pinto" a quedarse abandonado. Fueron días duros hasta que vino a dar con un mendigo que se fingía ciego.

Pasó su noviciado de lazarillo implorando la caridad a las puertas de las iglesias. También esto se acabó. El ciego fingido vino a dar en la cárcel a cuya puerta quedó el "Pinto" después de recibir un culatazo del centinela.

Otra vez fué errante y vagabundo por las calles, alimentándose de los desperdicios que se arrojan a la alcantarilla o de las sobras que revueltas con ceniza y polvo se encuentran en los cubos de basura.

Fué desgraciado nuestro perrito hasta en el amor, pues dos veces que estuvo cerca de lograr su ideal fué bruscamente atropellado. La primera por un señor "alto, moralista tal vez, que lo espantó pegándole un bastonazo". La segunda porque "un Terranova, abusando de la fuerza, le arrebató a la que tanto había soñado. ¡pobre "Pinto!"

El desdichado "Pinto" no supo del amor más que en sueños y aún este espureo, puesto que fué su Dulcinea, "Diana" su hermanita.

Acabó la existencia de este con como suelen acabar otros muchos de su especie en las ciudades que se dicen civilizadas. Un señor más cruel y malvado que la criada de marras, le obsequió pérfidamente con un cachito de carne en que iba la ponzoña. Tras dolorosas convulsiones, se desplomó. Un carro al pasar le trituró la pata. Los mandaderos "con la canasta en la mano se entretenían en picarlo para provocarle largos estremecimientos convulsivos. La cabeza caída, los ojos inyectados fuera de las órbitas; los blancos colmillos descubiertos; la lengua de fuera; el hocico abierto y babeante; la respiración de un sofocado, y las patas agitando en nervioso desorden. ¡Y aún en su agonía lo azuzaban y se reían de sus contracciones de epiléptico! Ni una queja, ni un ladrido... los niños Angulo pasaron y se detuvieron, sus ojos infantiles lo vieron con gran tristeza, y los oyó murmurar: —Pobrecito, y se parece al Pinto".

Lenguaje.

El autor, sabedor de la emoción de su cuento, no se ha creído obligado a recurrir al ropaje poético. Hay que señalar no obstante unas palabras:

Escuincle ... por perro guatemalteco

Tronarle ... por hacer castañetas

Accesoría ... por habitación modesta

Mecate ... por fibra textil.

EL CARAMELO

Así como en las fábulas los animales cobran los caracteres humanos, para expresar con mayor soltura las emociones de los hombres, de igual manera muchos autores han recurrido a dotar de alma los objetos inanimados. Pudiéramos asociar este cuento al de "El Reloj" en que también es un objeto, aunque con movimiento, el centro de la acción. No son sin embargo del mismo género los que hemos examinado sobre "la Cobija", "El Petate", etc., ya que en estos el objeto no deja de ser objeto de uso para el hombre, mientras que en el "Reloj" y en "El Caramelo" que vamos a examinar, los objetos viven independientemente del hombre.

"En un cornete azul de cristal de Bohemia" hay un caramelo que fué predestinado para deleitar un paladar refinado. Las circunstancias han hecho que acabado el festín el sabrosísimo dulce haya sido olvidado en un juguete de tocar.

"El Caramelo", como una mujer vanidosa, se siente herido por el desdén con que lo han tratado. El festín se acabó, la mesa en desorden muestra los restos del ágape, las moscas se enseñorean de los restos de manjares. Es ésta una es-

cena que ya nos dió a conocer Angel de Campo en la "Mesa Chica" donde vimos a las moscas disputarse el botín de la batalla sobre los manteles.

Pobre caramelo que esperaba endulzar unos labios rojos, sentirse triturado por unos perlados dientes, para verse ahora arrojado en el suelo con riesgo de ser pisoteado.

Tiene este caramelo, ya no la vanidad de una preciosa, sino el orgullo de un hidalgo. Se jacta de haber sido elaborado en una dulcería francesa y desprecia injurioso a la humilde charamusca a la que increpa llamándole "miserable indio de la raza de los dulces" "Hijo del plebeyo piloncillo" ¡habráse visto pretencioso y tonto! Cuantos hay a quienes su necia egolatría les lleva, como al caramelo del cuento, a olvidar que también en Francia hay un Alejandro Dumas y un José María Heredia que no se desdoraban por llevar en sus venas sangre del Nuevo Mundo.

Claro está que nuestro autor como escritor realista reproduce hechos de la vida corriente sin concederles ninguna trascendencia y en otro cuento ya vimos un juicio peyorativo sobre la raza aborígen.

El camarelito presumido tiene la réplica adecuada en el razonamiento de la charamusca. Mientras él se siente desgraciado porque las gentes ricas le dejaron en olvido, la humilde charamusca se siente feliz y explica con argumentos convincentes la causa de su dicha. A ella no la codician gentes opulentas, sino los niños pobres que sólo pueden disponer de un centavo. La compran en un puesto callejero tenido por mujer harapienta, en el que se codeaba con "pepitas tostadas, las habas, garbanzos y arvejones, las alegrías y pepitorias".

El chiquillo que va al colegio se siente feliz al comprarlos, le guarda en su cartapacio al lado del pizarrín y del silabario, para una vez en los bancos de la escuela, comérsela con sigilo burlando la vigilancia de algún señor Quiroz burlioso. Y cuando disuelta en la inocente boca de un niño, muere como han de morir todas las cosas, baja a la tumba sin ocasionar daños. Nunca un médico ordena una purga para eliminar a una charamusca de un vientre infantil. Todo lo contrario sucede con el caramelo elegante y vicioso al que

la charamusca dice: "cuando sea Ud. engullido y apenas saboreado por cansados paladares, causará dolores, lo detestarán".

Lenguaje

Tenemos como en la "Mesa Chica" varias metáforas gastronómicas o relacionadas directamente con los placeres de la mesa y los manjares:

"Perfumado caramelo", "soñaba opíparos festines y se lamentaba".

"Aquél caramelo que parecía un rubí".

"Bilioso y flaco dómine" etc...

Costumbres

Destaquemos un hecho que no creemos responda a la realidad. Dice el autor a través del caramelo: "Ningún pobre se acerca a un luciente escaparate, temiendo que lo declaren ladrón". Más bien creemos que los niños pobres se consuelan viendo en los escaparates lujosos, los dulces y juguetes que sólo se hicieron para los niños ricos. ¿Quién no ha sentido el deseo de comprar a un niño pobre un juguete o un dulce que él nunca soñó poseer?

EL DOMINGO

Nuevamente nos aparece el autor bajo la máscara de enamorado tímido, como ya le vimos en otros cuentos especialmente en "Oyendo Romanzas".

No es este propiamente un cuento. En puridad, Angel de Campo no es un cuentista sino más bien un descriptista, un autor costumbrista que refleja en breves páginas escenas

del vivir corriente a las que agrega muy poco de propia creación y lazo dramático novelesco. Después de la lectura de uno de estos cuentos, cabe preguntar ¿Qué ha sucedido? La respuesta sería las más de las veces: no ha pasado nada. Quedan firmemente grabadas las escenas de la vida que forman el contenido, pero el hilo que enlaza los elementos de la acción es tan tenue que fácilmente se quiebra y no sabemos cual fué el asunto.

El objeto de "El Domingo" se limita a darnos un paseo por la ciudad de México en la mañana de un domingo. Los sucesos que se relatan son comunes a millares de pobladores de la capital, aunque sólo un espíritu observador como de Campo supiera aprenderlos.

Un estudiante que vive en su casa de huéspedes, despierta en la mañana del domingo. La claridad del cielo, el ruido de las campanas, el traqueteo callejero le van haciendo que se incorpore del sueño a la vigilia.

Entre estas emociones se destaca el arrullo de una voz femenina, la música de una bizcochería, y los cascabeles de un caballo. Nuestro estudiante empieza a asearse y vestirse acompañándose a sí mismo con el sonsonete de una letanía oída en un colegio de monjas.

Hay que relacionar la fuerza mnemotécnica que en nuestro autor ejerce la música, unida siempre a episodios trascendentales de su existencia:

El joven estudiante se considera dichoso si es verdad que para ello se exige poco; "Poco basta para ser feliz: tener dieciocho años y un amor". Pero ¿cuál es el amor que le hace feliz? No lo sabemos, pues no está muy claramente expresado. Es de nuevo una "mujer imposible" como lo vemos muy a menudo en los héroes de "Micros".

Mas antes de descubrirnos su secreto amoroso, nos habla de la vecina que cantaba "al compás de una máquina de coser", que precisamente se llamaba como "ella". Esta "ella" se parecía poco a las vecinas ya que éstas tienen un aire enfermizo, que hacía suponer a nuestro estudiante que "quizás sean virtuosas".

Se echaba a la calle y nos va diciendo la animación dominguera de la ciudad, los anuncios de teatro, los tranvías

que llevan gentes a los baños, las niñeras que pasean por la Reforma, el vendedor de globitos, el caballero grave que lee su periódico, "se adivina que es un número dominguero en los malos grabados, los renglones cortos de los versos y el papel menos ordinario". Seguramente en aquella hoja mal impresa se publicaban los cuentos inéditos de nuestro autor.

Entre aquella multitud no podían faltar las parejas enamoradas "el charro que llevaba la sombrilla de su "ella" y le acariciaba la mano, hasta el que en una esquina compraba una gardenia símbolo de sus afectos".

Nuestro enamorado tímido, aún teniendo también su "ella" —ya sabemos por Jorge Sand que no hay un "él" sin una "ella"— sin embargo no tenía a quien darle gardenias. "La amaba de lejos sin que una palabra o una carta le hubieran descubierto sus anhelos de estudiante pobre que se conformaba con verla en misa de ocho sin parpadear".

Es un cuadro de sencilla vida provinciana el del México de aquel entonces, las "niñas bien", acompañadas de sus mamás o sus dueñas, asistían al Oficio Divino todos los domingos a media mañana, su velo cubriéndoles el rostro, su libro de oraciones en la mano y el rosario enlazado entre los dedos.

Allí en la espaciosa nave estaban el "señor enfermo de la espina, la beata del vestido morado, la señora de mantilla y saya de seda con guantes grises embebida de Agua de Juvencio, las anémicas que vivían en Nuevo México, el coronel Delgadillo, robusto y risueño", entre aquella abigarrada multitud estaba "ella". En cuanto a "él" se petrificaba en el rincón más oscuro. La bella damita no tenía ni la más remota idea del asedio y rendimiento del joven estudiante; nunca llegó a manifestar sus tiernos sentimientos. Nuestro joven tenía los caracteres de un novicio que hiciera los ejercicios para ingresar en una orden monástica. Otros enamorados que estaban en el templo, tenían convenido un lenguaje íntimo. Si él tosía, ella, fingiendo componerse el polsón o el peinado, volvía la cabeza. Pero nuestro tímido estudiante nunca supo el placer que encierra el verse correspondido por su amada. "Yo tosía y me respondía un coro de viejos acatarrados, pero nunca "ella". ¡Qué desdicha!".

Terminado el oficio religioso, se trasladaba a la Alameda donde una banda de música amenizaba la mañana dominiguera.

La concurrencia era aquí otra, las nodrizas con enaguas nuevas, los hombres que leían periódicos o programas de toros, las señoras que se extasiaban viendo los surtidores de las fuentes, y sobre todo, la chiquillería ensimismada ante los tenderetes de juguetes.

Deliciosa sociedad de aquel entonces, y más deliciosa todavía las costumbres de apariencia tan candorosa. Entre la multitud que simula divertirse, deambula "una pareja triste, un ciego de vacilante paso que sombrero en mano se apoyaba en el hombro de una muchachilla pelona, harapienta y descalza, que metiéndose los dedos en las narices, veía con aire atento a los niños vestidos de seda y el flotante racimo de los globos de hule rojos o azules que paseaba un vendedor y no se cuidaba ni del gemebundo "Perdone por Dios" ni del seco "no".

Para nosotros este ciego y ésta chiquilla no solamente son escoria humana, sino que además sabemos por "Los Llanos" que género de sociedad conyugal forman.

Angel de Campo gusta presentar contrastes, y después de esta pareja miserable por su pobreza y por su concepción ética, nos presenta un grupo de bacantes que alegremente recorren el jardín, tomadas del brazo cinco o seis muchachas, dejando tras sí una ola de perfumes de pañuelo.

La desventura de nuestro estudiante era grande. " "Ella" no paseaba los domingos y tenía que buscarla en el teatro en la tarde" privado del placer de verla en el jardín, tenía que recurrir a la zarzuela u ópera donde habitualmente acudía ella con su familia.

Y de igual manera que durante el oficio de la misa, la señorita no reparó la insignificante presencia del retraído, así también en el tiempo que duraba la representación teatral, tampoco le hacía el menor caso.

Y cuando salido del teatro se refugiaba en su cuarto de casa de huéspedes, dormíase pronunciando muy quedo el nombre de aquella mujer que no podía ser ingrata porque nadie la requirió de amores.

Ha pasado el tiempo, en el mundo se ha cruzado uno con muchas mujeres, y "ninguna me interesa como aquella novela juvenil sin desenlace: ningún perfil de mujer me hace soñar como el de aquella a quien sólo le hablé con la mirada: fué la primera estrofa de un idilio que no ha concluído y por eso me entusiasma".

Lenguaje

Volvemos a encontrar imágenes elevadas para mejor expresar un sentimiento contenido. "Un sol que reía". "En el patio retozaba un enjambre de pilluelos".

"Me sentía poeta al pensar en el aire soñador de sus ojos negros que tenían la melancolía del ensueño y las ardentísimas languideces de la pasión".

"Encandecía su cruz, se veía en la sombra la pléyade de los cirios".

"Alguien les decía con la mirada: yo te amo".

"El lánguido aletear de los abanicos".

"Acudían como parvadas de pájaros las memorias".

"Ese domingo que se llora cuando llega el lunes".

Como hemos visto, este cuento es rico en descripciones de costumbres.

LA RUMBA

Una vez más nos conduce el autor a esos arrabales inmundos que en aquel entonces rodeaban la ciudad de México. Las analogías descriptivas de este grupo de cuentos de suburbios son numerosas, y tenemos que mencionarlas.

Empieza el cuento describiendo la Iglesia del lugar, y lo hace con rasgos tan concisos que pudiera creerse que leíamos una página de la "Catedral" de Blasco Ibáñez, o "Notre Dame de París" de Víctor Hugo.

Pero pronto abandona "Micros" el área elevada de la arquitectura para entregarse al ambiente popular que tanto le seduce. Era "la Rumba" un tenducho, que o bien había dado el nombre a la plazuela, o por el contrario había tomado su denominación de la misma.

Allí se reunían, en plazuela y tienda, los maleantes, siendo temible guarida de asesinos y ladrones; una fuente seca servía de muladar y un chopo escueto falto de frondas y lleno de varejones estaba en la plazuela.

Había en aquella plazoleta, a más de la "Rumba" la pulquería "Los Ensueños de Armando", y la "Amiga Municipal", además una maderería, una forja, una zapatería, etc. . .

Eran raros los transeuntes, de tarde en tarde veíase al cura ir de la Parroquia a la tienda, a los soldados que daban agua a los caballos en larga pileta pegada a la tapia de la Iglesia, y los arrieros entraban a la pulquería dejando el rocinante a la sombra del chopo. También acudía a la fuente alguna mujer enmarañada que llevaba agua a la atolería. Los hombres que frecuentaban "La Rumba" tenían rostros patibularios, mirar siniestro y caras de convalecientes del hígado. Tomaban también parte de aquella sociedad los imprescindibles perros callejeros de nuestro Angel de Campo, que hurgan en los montones de basura.

Al anochecer, cuando el calor se calmaba y volvían los artesanos de su trabajo, se oía la melancólica arpa de un aguador y la vihuela del zapatero. Es ésta una nota romántica en la vida prosaica de "La Rumba". Otra nota todavía más bella y cara al autor, es la influencia de los chiquillos que salían a empellones de la iglesia. A estos niños les dedica una parte extensa del cuento. Los chicos que juegan al burro, a los soldados y al toro, y las niñas que hacen de madrecitas, duermen un muñeco, preparan comiditas y simulan visitas.

Parecía aquél un pueblo perdido en los arenales de un desierto, en las noches nadie se atrevía a cruzar tan siniestro lugar. Cuando llovía se transformaba "La Rumba" en lago en que flotaban cadáveres de animales. Cuando había luna se soltaba la chiquillería que invadía toda la plazoleta. Dentro de aquella suciedad se destacaban los reflejos que el as-

tro de la noche hacía en la torre de la iglesia, en las ramas del chopo y aún en las guijarras del muladar.

Había entre aquellos chicuelos del barrio una rapazuela que no gustaba de jugar. Es "Remedios" la hija de Don Cosme Vena, el propietario de la herrería. Esta chicuela precoz en su desarrollo es una de las víctimas que han de engrosar en las grandes ciudades las filas de las mujeres que nacieron para satisfacer las más bajas pasiones humanas" era muy niña; pero en sus ojos de dulzura infantil cruzaban a veces esos relámpagos elocuentes, esas miradas de mujer que en nada se parecen al candor. Acentuábase el relieve de sus labios de sonrisa impúdica, acorde con la nariz picarescamente arremangada y el andar atrevido, el ademán provocativo de la muchacha, la más bonita del barrio. Era muy niña; pero ya el cura la detenía en el confesionario más tiempo que a las otras muchachas de la Doctrina; el tendero le tomaba la mano, se la oprimía largo rato, mientras ella reía como una loca, echando atrás sus opulentas y negrísimas greñas".

Como sucede siempre en casos parejos, se confabulan la naturaleza y la educación para empujar a estas jóvenes a los brazos del vicio. Ya hemos visto como era ella en su físico y en su carácter, y nos falta agregar en qué ambiente se había criado aquella flor silvestre. "Remedios" trabajaba como un hombre: su padre, el herrero, ebrio consuetudinario, la ocupaba en el oficio como a un oficial cualquiera; levantaba grandes barras, golpeaba con pesados martillos, mordíase la lengua, se bebía el sudor, pero no daba tregua al golpear constante de barandales y pies de cama. En aquel antro había crecido sólida como aquellos metales, ardiente como aquellas llamas que hacían brillar sus pupilas como ascuas, templada como el acero para el trabajo, y muerta ya bajo la suave ternura de su pecho la poesía de la virgen, pero con la cabeza poblada por los caprichos de la mujer".

Constituyen sus diversiones preferidas contemplar a los pasajeros que circulaban en los tranvías y con tenacidad examinaba minuciosamente a las mujeres bien vestidas. La dureza de la vida que llevaba en contraste con el lujo de

otras mujeres, hacía germinar en su mente sentimientos de vanidades no satisfechas.

Gustaba ir a la ciudad con zapatos de tacón, enagua morada y tapalillo a cuadros. Deambulaba por las calles céntricas con su amiga Guadalupe que le había enseñado muchas cosas... Escuchaba con regodeo los soeces galanteos que le lanzaban los hombres. En su interior mugía una cólera oculta, una sorda rebelión contra su suerte. Este descontento le hacía odiar a las mujeres elegantes y a las "rotas" que visten de seda. De regreso a su casa junto a la fragua que sopla y ruge, aquella mujercita de cuerpo exuberante y de ideas aventureras, se decía para sus adentros "yo he de ser como las "rotas".

Lenguaje

Como en este cuento se inician varios relatos y el autor va pasando de uno a otro, abundan las metáforas y expresiones de un realismo ora poético, ora crudo.

Hay que destacar las de mayor acierto:

"El terciopelo del musgo bordaba las cornisas".

"Se perfilaba tristemente su torre sin campanas, en el incendio de la púrpura vespertina".

"Recortábase como una filigrana en el horizonte".

"Bocas de fragua parecían sus ventanas ojivales".

"Diríase que era una momia, oscura, con huellas de lepra".

"Pájaros en festivo grupo no alegraban el silencio del abandonado campanario".

"Los pájaros picoteaban el libro abierto que tenía en la mano un santo de cantería".

Un árbol de pirú lloraba sus frondas cargadas con racimos de coral".

"Alzábase carcomida sobre el enjambre de casucos miserables del suburbio".

"Arrojaba un penacho de humo la negra chimenea de la fábrica".

"El manchón rojizo de las ascuas".

"La delgada sombra del árbol, importunado por la negra nube de moscas".

"La puertecita de la escuela vomitaba una turba de muchachos".

"Retrozar en el polvo de la plazuela".

"El sol bajaba proyectando en el suelo la sombra enorme de la iglesia".

"La rubia transparencia del ocaso".

"Las fugaces siluetas de pájaros nadaban en el ardiente crepúsculo".

"Los borrachos cantaban gemebundas canciones de celos y profundo amor".

"La flama fuliginosa describía un círculo sangriento en el negror de tinta".

"Hacían un lunar de luz en los respiraderos".

"Daba perfiles diabólicos a los transeuntes".

"Se oía en el silencio el fatigoso resoplar del fuelle".

"El viento gemía medroso removiendo las basuras".

"Las parejas de amantes ocultaban en la sombra sus relaciones".

"Danzaban en los sucios charcos el relámpago de la fragua".

"Los menores barrigones, de piernas flacas, hirsutas greñas y completamente desnudos".

"En un lago de obscuro azul, bogaba dulce, lenta, la luna".

"Ardían los azulejos del campanario".

"Parecían espectros las mujeres vestidas con trajes claros".

"Lleno el cuerpo de dulces meneos".

"El relieve de sus labios de sonrisa impúdica".

"Hacían brillar sus pupilas como ascuas".

"Muerta ya bajo la suave ternura de su pecho la poesía de la virgen".

Vocablos

Pirú ... árbol hermoso de Centro América

Belén ... cárcel de México

Ayate ... manta rala que usan los indios

Gendarme ... por guardia

Elote ... por mazorca de maíz tierno

Rebozo ... chal

Ora ... por ahora

Accesorio ... pequeña vivienda

Tapalillo ... por prenda de vestir femenina

Rota ... por prostituta

Rocinante ... caballo de Don Quijote

Hay que apuntar también la frase: "Te voy a acusar con tu mamá" en vez de "a su mamá".

Una observación estilista: hay que anotar la forma más sencilla de construir una metáfora o sea la comparativa; en este cuento el autor usa y a veces abusa de este procedimiento, vemos por ejemplo:

"Como si fuera el rastro..."

"Como una filigrana".

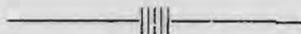
"Como una mancha amarilla".

"Como negro dibujo".

"Como un cono de lumbré".

"Como quien rasguea una guitarra".

"Como si soñara en voz alta".



CONCLUSION

Entre las críticas que hemos podido lograr sobre nuestro autor, es seguramente el prólogo de Mauricio Magdaleno a la edición de la Universidad Nacional Autónoma 1939, la que constituye un análisis más completo y certero de la obra de "Angel de Campo". En el curso de nuestro estudio han quedado esparcidos numerosos pensamientos recogidos en el prólogo de Magdaleno. Pero hemos procurado incorporar a nuestro texto únicamente aquellas ideas que nos han sido convincentes. Al escoger a "Micros" hemos encontrado en él desde la primera lectura un fondo sugestivo y un caudal de ideas esbozadas sobre el alma del pueblo mexicano.

Hemos procurado mantenernos objetivos en el estudio de la obra, destacando aquello que más nos impresionó y agregando breves y sintéticos comentarios a los hechos que nos han parecido de mayor importancia.

No quisiéramos terminar nuestro reducido trabajo sin poner de manifiesto un carácter que alienta en todas las páginas de nuestro autor: su interpretación poética de los sentimientos y de la naturaleza. Aún en aquellos casos tan frecuentes de un realismo cruel, encontramos como engarzada cual piedra preciosa, una imagen bella que nos habla de un color, de una forma de una flor o de un sentimiento, creando de este modo un contraste entre la realidad vulgar y el alma del poeta. Otro fenómeno que después de nuestra atenta lectura nos parece concluir de la obra de "Micros" es la pesadumbre que aletea tenuamente en cada uno de los pensamientos del autor. No ofrece duda de que se trata de un reflejo de su propia personalidad, que un psiquiatra denominaría de resentimiento moral. Angel de Campo, hombre superior a la sociedad de su época se encontraba disminuido dentro de un mundo de valoraciones materiales, y ello dio lugar a que de forma subconciente se despertara en él una

agresividad para las clases elevadas de su tiempo, buscando en un ambiente popular la compensación por los desengaños sufridos.

Se podría conjeturar que la predilección del autor por los temas de la vida miserable, tenía un objeto que tal vez el propio autor no llegó a percibirlo con claridad. Pues le servían para, a través del periódico donde sus cuentos se publicaron, llevar a la sobremesa del rico el eco de la miseria de los pobres. A no dudarlo sería mucha la gente acomodada que no tendría más referencia de los dolores de la plebe que aquellas que Angel de Campo les daba a conocer en sus cuentos.

No creemos que constituya una osadía hacer un llamado en favor de "Micros". Consideramos que cuando los caprichos de la moda literaria dejen paso a los legítimos valores de las letras, nuestro autor ocupará un puesto destacado, no ya sólo entre eruditos, sino que gozará del favor del público en general.



BIBLIOGRAFIA

- ANGEL DE CAMPO** "Pueblo y Canto". Bib. del Estudiante Universitario, tomo 9, México 1939.
"Cosas Vistas" por "Micros", Morelia 1905.
"Ocios y Apuntes", México.
"Cartones", México.
- J. Jiménez Rueda** "Historia de la Literatura Mexicana".
Ed. Cultura. México.
- Carlos González Peña** "Historia de la Literatura Mexicana".
Ed. Cultura. México.
- Gustave Lanson** "Histoire de la Littérature Française".
Librairie Hachette Paris.
- Joseph Bédier et Paul Hazard** "Histoire de la Littérature Française". 2 vol. Larousse. París.
- Alphonse Daudet** "Le petit chose". Ed Pierre Lafitte. París.
"Tartarin de Tarascon". París.
"Tartarin sur les Alpes". París.
"Lettres de Mon Moulin". Nelson Edinbourg, París.
"Contes du Lundi". Nelson Edinbourg, París.
- Federico Gamboa** "Mi Diario". México.
- Ortiz de Montellano** "Antología de Cuentos Mexicanos".
Calleja, Madrid 1926.
- Alberto I. Altamirano** "Influence de la Littérature Française sur la Littérature Méxicaine". Cosmos, México.
- M. de los Angeles Ramos Arce** "Influencia Francesa en Manuel Gutiérrez Nájera". Tesis. México 1942.
- Carlos Pereyra** "Breve Historia de América". México.
- Ezequiel Padilla** "El Hombre Libre de América". México.
- José C. Valadés** "El Porfirismo". J. Porrúa, México.

INDICE

	Página
Introducción	3
Datos biográficos sobre Angel de Campo.....	7
Valor de la Obra	9
Angel de Campo, cuentista popular.....	12
Humorismo en Angel de Campo	14

ESTUDIO DE LOS CUENTOS

Un olvidado	18
Un trozo	21
La Mesa chica	25
El fusilado.....	28
Oyendo Romanzas.....	31
El chiquitito	34
El Chato Barrios.....	37
Comparación con la Ultima Clase de Alphonse Daudet ..	40
Estudio de Alphonse Daudet.....	42
Mi Musa ..	44
Memorias de un escritor.....	47
¡Si la niña supiera!.....	51
Dura lex	54
Una corista.....	58
"Yes"	62
El reloj de casa.....	65
Por los Llanos.....	70
Solemne distribución de premios.....	73
Pascuales ..	77
Los Nacimientos	80
De la Novela Nacional.....	83
La Cobija.....	86
Fábrica de Judas	90
Las antiguas verbenas.....	93
Los ruidos de México ..	97
Los petates.....	102
La buena Intervención Francesa	106
El jarro	108
El hierro	112
¡Pobre viejo!.....	116
El Pinto.....	120
El Caramelo.....	124
El domingo.....	126
La Rumba	130
Conclusión.....	137
Bibliografía	139